

Bernardo Celis Parra

CARNE PROHIBIDA

Cuentos y Relatos



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Autoridades universitarias

- **Rector**
Mario Bonucci Rossini
- **Vicerrectora Académica**
Patricia Rosenzweig Levy
- **Vicerrector Administrativo**
Manuel Aranguren Rincón
- **Secretario**
José María Andrés Álvarez

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO

- **Presidenta**
Patricia Rosenzweig Levy
- **Coordinadora**
Marysela Coromoto Morillo Moreno
- **Consejo editorial**
Patricia Rosenzweig Levy
Marysela Coromoto Morillo Moreno
Marlene Bauste
María Teresa Celis
Jonás Arturo Montilva
Joan Fernando Chipia L.
María Luisa Lazzaro
Alix Madrid
Francisco Griosolía

COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico,
Consejo de Publicaciones de la
Universidad de Los Andes.

Los trabajos publicados en esta colección
han sido rigurosamente seleccionados y
arbitrados por especialistas en las
diferentes disciplinas.

COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Sello Editorial Publicaciones
Vicerrectorado Académico

Carne Prohibida. Cuentos y Relatos II

Primera edición digital, 2022

© Universidad de Los Andes Sello
Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico de la
Universidad de Los Andes
© **Bernardo Celis Parra**

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal: ME2022000191



Corrección de estilo:
Carlos Perdomo Ramírez

Diagramación de la obra:
Marysela C. Morillo Moreno

Diseño de la portada:
Ing. Pablo Javier Celis Vargas

Fundacelis – Mérida
Coordinación: Francy Ovalles
fundacelismerida@gmail.com

SELLO EDITORIAL PUBLICACIONES
DEL VICERRECTORADO ACADÉMICO
DE LA UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Av. 3 Independencia, Edificio
Central del Rectorado, Mérida,
Venezuela.
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com

<http://www2.ula.ve/publicacionesacademico>

<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los autores y
editores.**

Editado en la República Bolivariana de
Venezuela

COLECCIÓN DE EDICIONES ESPECIALES

Esta colección es especial en un sentido antonomástico. Se publican aquí obras cuyo contenido, por la especificidad que contienen, no están sujetas a ser clasificadas en ninguna de nuestras otras colecciones; ya sea porque el tema tratado no es afín a la doctrina de éstas, porque su presentación exige diseños y graficaciones muy particulares, o por ambas razones al mismo tiempo.



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

CARNE PROHIBIDA

(CUENTOS Y RELATOS II)

BERNARDO CELIS PARRA



**A: ADELIS LEON GUEVARA
TARCISIO BENAVIDES**

Dedico.

INDICE

CARNE PROHIBIDA RELATOS Y CUENTOS II

Prólogo	VII
Prefacio	XIII
Carne Prohibida	1
Vigeland.....	8
La Aldea de los Canosos.....	13
La Crueldad de la Longevidad.....	20
El Primer Gobierno Globalizado.....	28
Los Peñonazos de Loncho.....	36
La Lepra Paramera.....	43
Cinturón de Castidad y Burka	49
El Estrés del Limosnero.....	55
¡Hijos del Azar!.....	60
La Noche Larga.....	67
Crímenes Perfectos, tres.....	73
La Belleza de lo Estrafalario.....	80
Crisóstomo El Solitario	85
Genios o Mediocres	92

PRÓLOGO

LO REAL Y LO IMAGINARIO EN LOS CUENTOS Y RELATOS DE BERNARDO CELIS PARRA

Las más remotas producciones literarias de los pueblos indoeuropeos, primeras manifestaciones de nuestra cultura universal, aparecen en la India, en lengua sánscrita, (la más antigua evolución conocida de las lenguas indoeuropeas), hacia el año 2500 antes de Jesucristo. La religión, el culto y la sabiduría forman la temática esencial de estos antiquísimos escritos en los que campean una elevada inspiración poética y la evocación de un mundo mágico poblado de genios y demonios que cercan de un mundo invisible al hombre. El primer período de la rica literatura sánscrita, o india, es el llamado védico (derivado de la palabra *Veda*, “ciencia”), que se origina en el tercer o segundo milenio antes de Jesucristo.

En la literatura hebrea tenemos los libros sagrados del Antiguo Testamento, que es la primera parte del conjunto de libros que el Cristianismo denomina con el nombre griego de *Biblia*, y constituye la más impresionante obra literaria del pueblo hebreo, que lo llama *Torá* (“ley”), *Nebim* (“profetas”) y *Ketubim* (“escritos”). Textos sacros y revelados para la fe cristiana y para la religión judía, los libros que forman el Antiguo Testamento se han compenetrado de tal suerte con el espíritu, el pensamiento y la vida del hombre civilizado que a éste le es difícil enfrentarse con ellos en actitud puramente literaria, pues en cualquiera de sus páginas se impone siempre lo que los exégetas llaman el “sentido literal” (en su significación propia o en su acepción metafórica) o el “sentido real” (en sus modalidades típica, tropológica y anagógica). El hecho de constituir la verdad revelada y proceder de inspiración divina en el sentir de la inmensa mayoría de la humanidad civilizada, hacen que los Libros del Antiguo Testamento, a pesar de haber sido escritos en épocas remotísimas, se hallen muy inmediatos a nosotros, nos sean familiares desde la infancia y podamos acercarnos a sus páginas sin necesidad de un esfuerzo

especial. Esta singularísima circunstancia, no igualada jamás por ningún otro género de literatura, se da, sin soluciones de continuidad, a lo largo de la Edad Media y perdura hasta nuestros días (Historia de la Literatura Universal. Martín de Riquer y José María Valverde. Editorial Planeta S.A., Barcelona España, 1968).

Continuando con la historia de la literatura, nos remontamos hasta mediados del siglo XII, en que aparecen relatos que pueden considerarse como preludios de lo que serían las novelas y en las que se tratan temas como la Guerra de Troya, las Aventuras de Eneas, los infortunios de Edipo y de Antígona, y otros hechos de la antigüedad.

A Chrétien de Troyes, originario de la Champagne y quien vivió entre 1135 y 1190, se le considera el primer novelista moderno porque recogió las tradiciones literarias de su época. Conoció el latín y los clásicos, entre ellos el Arte de Amar y los Remedios del Amor de Ovidio. La primera novela que escribió, o se le atribuye, es *Guillermo de Inglaterra*, basado en la vida de San Eustaquio, en la cual mezcla naufragios, incendios, robos y piraterías, pero con toda esta trama, termina con un final feliz.

Más adelante Los Caballeros del Rey Arturo y La Tabla Redonda, Lancelot y sus amores con Ginebra, los príncipes caballeros y la búsqueda del Santo Graal y el mundo caballeresco como símbolo de lo religioso, tuvieron tanta influencia que pronto fueron vertidos, de su francés original, a diversas lenguas y enriquecidos con nuevos elementos.

Luego de este ligero paseo por los orígenes de la literatura antigua, llegamos a la novela caballerescas española que fue desarrollada con tanta intensidad y apasionaron tanto a sus lectores, que se convirtieron en su tiempo en las preferidas de todas las clases sociales. El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes y Saavedra es su máxima expresión literaria.

La novela tuvo eminentes cultores en la literatura española, de la cual Benito Pérez Galdós, escribió: *Imagen de la vida es la Novela, y el Arte de componerla estriba en reproducir los caracteres humanos, las pasiones, las debilidades, lo grande y lo pequeño, las almas y las fisionomías, todo lo espiritual y lo físico que nos constituye y nos rodea...* (Letras Españolas. Varios autores. Ediciones B., S.A. Madrid, 1982).

En Venezuela, el género novelístico ha tenido estupendos cultores, pero debemos ajustarnos en estas líneas al Cuento, que es la breve narración en prosa que desarrolla un tema que puede tener bases en la realidad o ser eminentemente fantástico, en hechos total o parcialmente ficticios o referidos a experiencias personales o de personas cercanas al autor.

Tal vez lo más original y vigoroso de la literatura de la América Latina se encuentre en los cuentos. Desde el siglo pasado la expresión de los grandes cuentistas latinoamericanos ha sido de extraordinaria modernidad y poder creador. Los caracteres más señalados de esa literatura se han manifestado antes que todo en su cuentística, y la más penetrante indagación de la originalidad de la situación del latinoamericano está en ella (Arturo Uslar Pietri. Los Ganadores. Seix Barral-Biblioteca Breve. Barcelona, España. 1980).

Bernardo Celis Parra fue un hombre polifacético pero, fundamentalmente, fue un enamorado de Mérida y de su entorno, de su historia, de sus costumbres, de sus gentes, en fin, de todo lo que constituye lo que hemos llamado la *merideñidad*.

Los estudios, monografías y ensayos publicados por Celis Parra en la plenitud de su vida, Masificación y Crisis (1986), Voz de Andino (1988), El regreso del cóndor (1991), Mérida, ciudad de águilas (1997), Ideología, Bolívar y los demás (2005), Historias que con cuentos y cuentos que son historias: diálogos entre los protagonistas de la historia (2007), citados en el Diccionario de Escritores Venezolanos de Rafael Ángel Rojas Dugarte y Gladys García Riera y editado por la Universidad Católica Andrés Bello en su 3ª. Edición Corregida y aumentada y publicado en Caracas en el año 2012, y la Ciudad que yo viví (2016), póstumo, reflejan sus inquietudes literarias y los diversos temas que fueron motivo de su preocupación de andino y de merideño.

Jorge Luis Borges anotó lo siguiente: *Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara* (Jorge Luis Borges. Obras Completas. RBA. Buenos Aires, 2005).

He citado a propósito al poeta argentino, porque Borges resume, en esta frase, lo que Bernardo Celis Parra dibujó en estos Cuentos y Relatos: El mundo, su mundo, y lo llenó de muchas y diversas imágenes, pero no sé hasta qué punto

trazó la imagen de su cara. Lo que si es cierto, es que evocó fantasmas, reunió hechiceros, conjuró espíritus, creyó en corazonadas, guardó amuletos e hizo realidades de la ficción.

Ahora Bernardo, cumplido su tránsito vital, nos entusiasma con estos Cuentos y Relatos que dejó dormidos en sus archivos y carpetas y que hoy despiertan gracias al esfuerzo de sus herederos, para disfrute de quienes tenemos la suerte de acercarnos a sus letras.

Sumergirse en estos Cuentos y Relatos nos envuelve en una aureola literaria, porque vuela la imaginación del autor y así nos lleva en un viaje que, en la tranquilidad de su estudio-biblioteca, seguramente le quitó muchas horas de sueño para luego despertar con la aurora de la realidad.

Total o parcialmente ficticios, remembranzas de hechos pasados y proyecciones de un futuro imaginario, es de admirar como Bernardo nos lleva a pasear por la bóveda celeste de sus quimeras, y así, de su mano volamos con Macario a la *Aldea de los Canosos*, asistimos con Calixto para ver *la Crueldad de la Longevidad*, nos abisma con el idioma computarizado del *Primer Gobierno Globalizado*, nos preocupan los *Peñonazos de Loncho* y la *Lepra Paramera* de Benedicto y su “mano e´ garfio”, nos admira con el machismo en el *Cinturón de Castidad y la Burka* y las explicaciones del tío Andrés a su sobrina María, nos acerca en el *Estrés del Limosnero* a la úlcera sangrante del mendigo Jerónimo, asistimos a la celebración y al brindis de Sultana, Emelia y Sabrina al sortear la paternidad de sus bebés en los *¡Hijos del Azar!*, acompañamos a Vicente en la *Noche Larga* con su soledad y su silencio y nos asustan los tres *Crímenes Perfectos* entre pirañas y venados vengadores, admiramos la profundidad del pensamiento de Ghandi en la *Belleza de lo Estrafalario*, nos angustia *Crisóstomo El Solitario* en sus diálogos con el espejo del bisabuelo y admiramos la moda de los graffitis en franelas y pantalones de *Genios o Mediocres*.

Solo en este último relato, *Genios o Mediocres*, Bernardo nos da una pauta de lo que pareciera un atisbo autobiográfico, en los demás da rienda suelta a su imaginación.

Lo real y lo imaginario surgen en cada uno de los Cuentos y Relatos. Se entrelazan algunos de ellos, otros surgen en solitario. Unos se aferran a la cruda realidad y otros nos proyectan a un fantástico futuro. Son vivencias y afectos, casas y jardines, automóviles y aviones, jóvenes y viejos, ciudades y campos, todo tiene cabida en este libro.

Es su mundo subjetivo y también pinturas de una realidad, emociones personales y también hombres y mujeres que se ubican en diferentes situaciones y que nos muestran sus enrevesados rasgos psicológicos.

Los temas son diversos, a veces tranquilos, otras veces agitados. En algunos apela a elementos históricos, en otros la ciudad que estamos viviendo. Envuelve a algunos personajes en un aura de romanticismo, a otros los hace crujir en una cruel y descarnada existencia con penas y recompensas por las actitudes asumidas. Bernardo Celis Parra con esta obra nos demuestra que había llegado a su plena madurez como escritor y quien sabe qué otras páginas hubieran salido de su pródiga imaginación si no nos hubiera dejado tan temprano, quizás presuroso por escribir en el más allá.

Carne Prohibida, pese a su nombre, que encabeza estos Cuentos y Relatos, no fue escrita para competir en el célebre concurso literario español de La Sonrisa Vertical que ganaron en sus momentos el venezolano Denzil Romero y la recientemente fallecida escritora Almudena Grandes. Es una relación de muy bien estructurados Cuentos y Relatos que nos ha legado Bernardo Celis Parra a sus innumerables herederos literarios y que se suman a sus obras publicadas en su tránsito vital.

Bernardo Celis Parra sigue en la búsqueda de *La Ciudad que yo Viví* en estos Cuentos y Relatos, que vienen a acrecentar el acervo intelectual de nuestra Mérida serrana.

Al agradecer a Marisí y a sus hijos María Carolina, Pablo Javier, Marianela y Bernardo Enrique, por esta iniciativa de rescatar del sueño de los justos estos Cuentos y Relatos escritos por Bernardo, recordamos con afecto al amigo cordial de los corredores del Colegio San José y de la Facultad de Derecho, al compañero leal de pensamiento socialcristiano y al empeñoso pescador de truchas en las lagunas y ríos parameros.

En Aguamontaña, en esta mañana del 9 de septiembre de 2022.

Álvaro Sandia Briceño

Prefacio

Estos discernimientos cuentos y relatos están presentados con la simplicidad que permite llegar más a la trascendencia de cada cosa por caminos más sencillos, con herramientas menos complejas y utilizando otras formas más ligeras, que toleran más amenas profundidades y que se vinculan al proceso existencial de cada uno.

La crisis que azota el mundo no sabemos si representa el final de una civilización o el inicio de otra, pero indudablemente estamos ante un inicio o un final extremadamente rápido y volátil que nos obliga a pensar, que no es una fase intermedia. Siempre hemos repetido que Venezuela es el comienzo o el final de la Cordillera de los Andes, depende de cómo usted lo quiera ver: si desciende por la América del Sur desde el norte, Venezuela estará al comienzo del ande, si remonta la América del Sur, el ande “final” estará en Venezuela. Lo trascendente es que somos parte del ande y no podemos separarnos de él. Todos somos y seremos una mezcla angustiada o serena de todo, pues contenemos ese todo, y esto es lo fundamentalmente humano.

El solo hecho de pensar, y como consecuencia de ello discernir, hace que seamos sobrenaturales, los animales pequeños o grandes no lo hacen, el hecho consciente de pensar no material es el que hace cierta la trascendencia del hombre, ese pensar que se potencia en “la metamorfosis” de Kafka. La frustración y la conciencia plena de la soledad en que se encuentra, no importa que sea fantasía o realidad, lo trascendente es que lo conozca y lo piense, lo sienta, independientemente de que se sienta arrastrado por una fuerza desconocida, lo trascendente es que sepa que lo conduce hacia allí.

Lo angustiada del siglo XXI es el monopolio de la tecnología y el bienestar, que hacen olvidar al hombre su imperfección por la limitación, la muerte, la tristeza, la utopía y la esperanza que son persistentemente los elementos que hacen la condición del hombre, y los que pueden humanizar realmente nuestra existencia.

Lo superior es la libertad y la autonomía, brutal como la de Bolívar, o equilibrada como la Octavio Paz, que “no pone su obra al servicio de la política”, como sí lo hace el gran Pablo Neruda, sacrificando su obra con esta verdad.

CARNE PROHIBIDA

Ocurrió con Adriano. Era él un excelente cocinero que mantenía su restaurante siempre repleto. El acoso de su popularidad era abundante y generaba estruendosos sonidos metálicos en sus ya ampliados bolsillos. Cualquiera día de mis visitas lo encontré turbado, Adriano había descubierto por primera vez la novedad que genera y anima la lectura de trozos de la Biblia. Lo había observado inquieto desde hacía semanas, descuidaba su esmerada y agradable cocina para leer los relatos de aquella singularidad milenaria, que él, sólo ahora descubría. Estaba muy turbado, no más me vio, inició su interrogatorio: –No puedo creerlo –dijo–, hoy he leído lo que la “ley de la pureza” en la parte de “animales puros e impuros” señala la Biblia por boca de Moisés y mandato de Yahvé. Yo ignoraba algo que se relacionaba tanto con mi oficio, con mi comida, y con la de ustedes, mis clientes. Estoy atónito, no sé qué pensar. He descubierto una nueva angustia para agregar al cúmulo de mis inquietudes existenciales. No todo lo que comemos se puede comer –me dijo alterado...

Yo le respondí ante su visible aflicción que tanto le preocupaba: –No te inquietes, Adriano, esto pudo separar a judíos y cristianos cuando la iglesia de Jerusalén, Palestina, la de Pedro y Pablo, pero hoy no puedes colocar a los animales que la Biblia permite o no comer dentro de un rígido esquema de purezas, los tiempos son otros, hay muchos animales en el mundo y en los secretos de tu cocina, que Moisés y Aarón no conocieron y por ello Yahvé los omitió para aquel momento tan distante en los milenios: animales de pezuñas, escamas, aletas y plumas. Debes recordar que estas cosas tuvieron más presentes en el siglo XII cuando la Biblia Bury recogió en su carátula un grabado de “Moisés diferenciando las bestias puras de las impuras”. Adriano, entiéndelo, el séptimo día de descanso de la semana (domingo) también ha sufrido modificaciones en el mundo, ahora puedes convenir un día jueves para que éste sea el de tu descanso. Hay cosas que vemos en la tradición y no son normales hoy, recuerda que el patriarca Abraham se casó con su propia hermana por parte de padre: Sara. Tranquilízate, Adriano... no todo es igual.

–Pero son señalados, taxativamente, nombrados –me respondió Adriano.

Yo afiancé más el consuelo que quería entregar a tan extraordinario cocinero y creativo gourmet: –Adriano –dije–, también los padres como Abraham tuvieron muchas mujeres y no por esto fueron condenados por Yahvé, fue después que se promovió la monogamia, son tiempos, momentos. Tu comida es deliciosa y sana. Yo lo he visto así siempre –le animé.

Adriano definitivamente estaba fuera de sí con su descubrimiento bíblico escrito hace milenios, y agregó –Yahvé señaló los animales que el hombre puede

comer y seguir siendo puro entre los terrestres y leyó: –“Todo animal de pie partido, pezuña hendida y que rumie, lo podréis comer, tendréis por impuros al camello, el conejo, la liebre que rumian pero no tienen pezuña hendida, el cerdo que tiene pezuña hendida pero no rumia. No comeréis sus carnes ni tocaréis sus cuerpos muertos; los tendréis por impuros.” Esto descalifica a decenas de animales que preparo en mis ollas y ustedes han comido animadamente –me dijo. Perderé el más delicioso plato: mi cibe de conejo al vino ¡se jodió!

–Todos los caballos que Europa ha consumido en sus embutidos de carne dulzona y el apetitoso jabalí, por citar sólo dos, no rumian. No quiero contar las ricas iguanas suramericanas, ni el alimento deseado de los indios amazónicos: el mono. Son impuros.

–Adriano, debes analizarlo en otra forma –insistí replicándole–, no te vas a comer tapires y rinocerontes porque tienen la pezuña partida y rumian –le agregué.

Él sonrió con hipocresía y desinterés mi rebuscado chiste. Y presurosamente respondió: –En la prohibición de Yahvé para los acuáticos todo es peor. Y leyó: –“Entre los animales que viven en el agua podréis comer todos los que tienen aletas o escamas, sean de mar o río. Pero los que viven en las aguas, tanto en los mares como en los ríos, serán impuros para vosotros si no tienen aletas o escamas. Os serán repugnantes, no comeréis su carne y evitaréis sus cadáveres. En una palabra, tendréis por impuro todo animal acuático que carezca de aletas y escamas”. Terminó de leerme lo anterior y su cara estaba bien cercana al pánico; sus ojos casi saltaban, cuando me señaló con un gesto apuntador de sus gruesos labios a una joven pareja que devoraban sus bien presentados platos: él, un pulpo gallego con abundante ajo; y ella, un cangrejo de carapacho blando que se percibía delicioso; en el centro de ambos tenían un platillo de alegres calamares rebozados y crocantes –Ya se devoraron más de dos docenas de ostras –me dijo pleno de preocupación. No tienen ni aletas ni escamas. ¿Qué hago, los dejo comérselos?

–Por supuesto –le respondí–, déjalos que los coman y después pásales la cuenta. ¿Cómo hubieran hecho tantos habitantes de las islas griegas con sus turistas consumidores de toneladas de pulpo, Adriano? La rana es severamente impura si a eso vamos y los deliciosos escargot, también y la langosta y los camarones estarían cuestionados pues sólo tienen cola, no aletas.

Al contemplar las mesas del restaurante, divisamos otra mesa: tres hombres devoraban unos succulentos navajas y erizos, percebes españoles, los grandes mules negros canadienses sacados de una abundante fuente; Adriano me miró con su angustia potenciada por la condena.

–Hay muchísimos animales prohibidos del agua, Adriano –lo volví a tranquilizar.

Pero él no abandonó su Biblia y su lectura; escucha esto, me dijo: –“Entre las aves tendréis por impuras y no las comeréis, por ser cosa repugnante, –leyó Adriano– el águila, el quebranta huesos, el aliheto, el milano, el buitro, el cuervo, el gavilán y la cigüeña en todas sus especies, el avestruz, la lechuza, la gaviota, el mergo, el ibis, el cisne, el pelícano, la garza, la abubilla y el murciélago”. Esto parece más normal –agregó. Pareció serenarse con la repelente lista, casi vigente, pero agregó decepcionado: –El avestruz es una novedad de excelente y sana carne roja que sirvo en pinchos, creo que Yahvé y la Biblia han sido injustos con él. Además, las regiones secas del África pobre se desarrollan ahora con sus granjas de avestruces –concluyó.

–Escucha, escucha lo de los insectos, lo que dice de ellos la Biblia: “Todo insecto alado que anda sobre cuatro patas os será repugnante. Pero podréis comer los que además de las cuatro patas tienen otras dos para saltar sobre la tierra. Podréis comer toda especie de langostas, saltamontes, caballetas y grillos. Todo otro insecto de cuatro patas será repugnante”.

Por primera vez vi desaparecer el asombro en Adriano, sonreía como el que gana la lotería: –Esto va más con mis creencias de cocinero –asentó complacido. No le respondí.

–Esos bichos no se comen aquí –dijo, y continuó hablando– pero lo leído no le gustará mucho a los consumidores de insectos mejicanos, ni a los asiáticos que devoran muchas especies de ellos, entre otras, las cucarachas bien fritas, ni a los industriales colombianos que producen “hormigas culonas”. Los indios venezolanos en su ecológica alimentación consumen también insectos y los gusanos de la palma que son deliciosos. Lo permisible de los insectos tampoco afecta tanto a mi cocina, pues yo no los tengo en mi menú ni he preparado jamás platillos con ellos. La Biblia es explicativa, también dice de la impureza “de tocar sus cadáveres”, no sólo de comerlos y transportarlos.

Y retornó excitado al viejo libro recién descubierto. Abrió de nuevo la Biblia y leyó: –“Entre los animales que se arrastran sobre la tierra tendréis por impuros, la comadreja, el ratón, la tortuga en todas sus especies; –la de mar es una exquisitez, interrumpió él en su lectura– el musgano, el camaleón, la salamandra, el lagarto, el topo. El que toque sus cadáveres quedará impuro hasta la tarde. Todo objeto sobre el que caigan sus cuerpos muertos, sea de madera, paño, cuero o saco, es decir, todo objeto que sirva para algún uso deberá ser lavado y quedará impuro hasta la tarde, después será puro... horno y hornillo serán destruidos, porque son impuros y como tales los tendréis... Si uno de estos cadáveres cae sobre semillas destinadas a la siembra, la semilla seguirá siendo pura, pero si cae cuando la semilla ha sido humedecida con agua, será impura”.

–Insiste mucho lo escrito –agregó el gran cocinero Adriano y leyó: –“Yo soy Yahvé, vuestro Dios y vosotros debéis sacrificaros y ser santos, porque yo

soy santo; no os contaminéis con ningún bicho de esos que se arrastran sobre la tierra. Pues yo soy Yahvé, que os he sacado de Egipto para ser vuestro Dios”.

Adriano estaba perplejo, había descubierto la Biblia y en ella algo que desconocía y que había empezado a corroer su existencia de extraordinario chef y preparador de manjares. Llevaba muy adentro vivencias secuenciales de ancestros similares a él en el arte culinario. No concebía cómo no comerse unos deliciosos chicharrones de puerco, fritos en su propia grasa; había vencido “los lavados de cerebro” de su cardiólogo y hasta había logrado que éste se le uniera algunos domingos para tomar unos vinos, unos chicharrones y una succulenta parrilla de lomo con tocino de cochino tierno, venciéndolo en su atropello terrorista del colesterol, ¿cómo podía enfrentar ahora el aviso bíblico de repudiar esas carnes terrestres y la delicia, aún por descubrir de los numerosos recursos del mar sin escamas y aletas? Adriano sabía que el mar esconde platos todavía increíbles que su imaginación creativa y alguna vez sibarita y glotona aún no habían descubierto. Adriano concebía animales de sabor increíble y su angustia se desbordaba en el recuerdo de que no tenían “ni escamas, ni aletas”. No le angustiaba tanto el rechazo a los grillos, al ratón, al topo, o a la culebra, tampoco quería ser un obcecado y riguroso seguidor de Moisés; a él le angustiaban las decenas de animales cuya carne deseaba; y ayer, precisamente ayer, se había enterado de que no podía deleitarlos en la tranquilidad de la ignorancia y el desconocimiento de antes de leer la Biblia; ahora sabía que sería impuro muchas veces al mes, y no sólo en la paz de la casa, o en la alegría diaria de su gran restaurante, también lo sería cuando fuera a París, New York, Miami o Madrid en sus incursiones a restaurantes y en sus visitas a las casas de delicatessen, sino que hasta sería impuro en los mercados donde tocaría los cadáveres prohibidos para hacer la selección diaria para sus clientes.

Me miró entristecido y me señaló: –Cuánto he añorado ahora la ignorancia de estas cosas, la culpa es de mi amigo Froilán que me regaló esta Biblia, complicando irremediabilmente mi paso existencial.

Con la mayor suma de seguridad que pude aglomerar le respondí: –Adriano –le dije–, debes saber que todos los israelitas han tenido sus propias creencias: consideraron siempre a los animales herbívoros como más limpios, “los carnívoros son para ellos más peligrosos”. El cerdo es muy contaminado tanto por el contenido de parásitos como por el riesgo de ingerirlo mal cocinado y por las capas de manteca grasienta que cubren como pátina milenaria indestructible nuestras arterias. Los israelitas no tocaban las aves de presa y los buitres y, extrañamente, también rechazaba la liebre y el conejo. En fin, Adriano, tú sigues cultivando tu deliciosa cocina y pasando tus jugosas cuentas, sólo así evitaras seguir siendo pobre y convertirte en un hombre pudiente de clase media,

en tu mesa, tu mercado, tu restaurante, en la cuenta de tu banco. No hay otra salida.

Adriano perturbado pero ya sonreído y más suelto, me dijo: –Gracias– y guardó su Biblia cuidadosamente.

Pero pude apreciar que Adriano no quedaba tranquilo, abría su congelador y miraba la cuantiosa existencia de comida “impura” que allí se almacenaba; miraba los excelentes platos de sus clientes y el recuerdo de otros restaurantes por él frecuentados llenos de “impurezas”. Todo era terrible para él a partir de hoy. Me despedí y salí del restaurante, mientras Adriano se fue a la calle buscando a su vecino y amigo Nasser, a quien le relató la ingrata experiencia que vivía y le pidió su opinión como practicante del islamismo. El musulmán sonrió por la vehemencia del condimentado relato y los divertidos ejemplos de Adriano en comparación de las comidas bíblicas con las actuales. Le discutía Adriano hasta el detalle de cuestionar si era o no aleta la cola nadadora de las langostas y los langostinos que, por supuesto, con toda su delicia no contaban con las requeridas escamas bíblicas.

Nasser abandonó su negocio y se adentró en la casa para reaparecer algún tiempo después con el Corán en su mano, su libro sagrado de musulmán. Allí también Alá, en sustitución de Yahvé, transmitía a Mahoma su palabra por medio del Arcángel Gabriel, un mandatario común de cristianos y musulmanes. Nasser abrió la fuente de su dogma y de la ley del Islam. Adriano, esperaba tenso.

Nasser buscó acucioso en las páginas de su gastado y grasiento libro.

–Aquí está, Adriano, –señaló Nasser, y leyó: –“Comed las cosas buenas, que os hemos proveído y dad gracias a Dios”. En esto el Corán es más sencillo, más genérico.

–Bueno –dijo Adriano–, esto es más claro y aceptable, al menos permite la racionalidad, la lógica y la higiene que debe acompañar al buen comer.

–No te adelantes –agregó Nasser–, escucha esto. Y leyó nuevamente el Corán: –“Os ha prohibido la carne mortecina, la sangre, la carne de cerdo y de todo animal sobre el que se ha invocado un nombre diferente de Dios”.

Adriano sonrió confundido, pero Nasser agregó: –¿Quién comería mortecina? Es una carne en mal estado. Nadie la come, sólo los buitres y el cóndor andino –agregó. No te apures tanto, no se refiere a la mortecina que hiede, se refiere por ejemplo a la luz cuando es mortecina, tiene falta de vida o de energía, no quiere decir que esté podrida, puede ser que esté mustia, que le falte el vigor de una carne fresca. ¡Podría ser la seca!

Adriano replicó: –Pero al final también podría ser una carne muerta y en este caso, la deducción nos llevaría a consumir sólo ostras, que son las más cercanas a ingerirse vivas –agregó concluyente.

Los dos rieron ante la ocurrencia.

Nasser agregó: –Bueno, sigamos. Y releyó el texto.

Adriano interrumpió: –Tampoco es habitual que la sangre sea ingerida, salvo en las riquísimas morcillas andinas*. Y el delicioso cerdo también es condenado como impuro por los musulmanes, a pesar que desde hace miles de años los pueblos asociaron sangre y demonio. El cerdo sí tiene un altísimo consumo en los jamones jabugo de España y en los deliciosos –el mejor jamón del mundo– jamones de San Danielle, y los de Parma en Italia. Más deliciosos y delicados que éste no hay. El cerdo es la base de la comida de tocinetas y salamis de los países fríos y, como el jamón cocido, es la aspiración diaria de los ingleses con su espléndido jamón de York y de los norteamericanos con su pretendido símil cocido. No hablemos del tocino y el “cochino frito” de los latinoamericanos que lo devoran sin más aliños que los de su propia “impureza”, retando a la cultura higiénica cardiovascular.

–Es cierto –dijo Nasser. Y le agregó sobre la prohibición: –“Sobre todo animal sobre el que se ha invocado el nombre de Dios”. A menos que sean los bueyes benditos por los sacerdotes católicos en las fiestas campesinas de San Isidro, en la América hispana, no veo otro animal que no sea el de los viejos sacrificios de terneros, corderos, etc., para el Dios de la antigüedad, que hoy no tendrían vigencia.

Adriano respondió: –Es cierto pero es igualmente verdad que el Corán de los musulmanes toca menos esto que la Biblia; en el Corán el problema de las comidas puras e impuras pareciera que queda como en el cristianismo, más en manos de una decisión personal, salvo ayunos y abstinencias pasajeras ordenadas, pero ya poco vigentes. Bueno, Nasser, no ocupo más tu tiempo, me voy lleno de más dudas y más problemas. Jamás me imaginé encontrar tanta generalización y carnes prohibidas. Espero que la modernidad proteja la buena fe que ha acompañado por siglos a los chinos devorando culebras, perros y cucarachas.

Ya Adriano salía, cuando Nasser le gritó – ¡Recuerda que los judíos no comen animales impuros como el cerdo y los peces que no tienen aletas y escamas, como los pulpos de las islas griegas; a los animales que se comen como los de pezuñas hendidas y ruminantes ellos señalan que se les debe sacar la sangre totalmente y que no puedes tomar carne y leche a la vez. ¡Ojo Adriano! – dijo riendo.

Adriano se detuvo para mirarlo confundido. Nasser le agregó: –Además, apóyate en los pragmatismos de hoy, algún político pragmático judío ortodoxo, dicen que gritó una vez a la multitud con radicalidad: “Ningún cerdo pisará la tierra de David” y no permitió que la pisara. ¿Cómo lo pudo hacer?, muy sencillo: como necesitaba a los cerdos en la economía de Israel, colocó a “todos los cerdos

* Salchicha andina venezolana rellena con sangre de cerdo y arroz cocido igual a algunas salchichas de

producidos por Israel sobre jaulas con pisos de malla para cumplir el mandato y evitar que pisaran la tierra de David”. Adriano sonrió cerrando la puerta, pensó que Nasser se había ido más confuso por su tardía culturización bíblica y del Corán.

VIGELAND

Los países escandinavos son excepcionales, poseen grandes zonas protegidas y solitarias para los exploradores de lo desconocido. Allí están los intrépidos vikingos, quienes a pesar de su a veces demoledora violencia, supieron adelantarse en siglos al anhelo de libertad que fabricó su maravillosa realidad ecológica transitada entre el hielo, el azul del mar y el intenso y perenne verde del bosque, rodeados de fiordos impresionantes que son como las murallas que les fueron entregadas en esos bellos acantilados de aguas y espuma estabilizando así su protección milenaria.

Los lapones, los sami, al norte, con la riqueza de sus renos dibujan sus actividades solitarias en el impresionante sol de medianoche, allá en el Bodo, donde el sol se ausenta por meses para que esos vikingos puedan hacer su exquisita artesanía de cuchillos de caza con bellas cachas de madera de abedul, cantar a la vida y al amor y reponer las energías que les roba el sediento frío devorador de proteínas en el solsticio de verano. Es la tierra de Odin, padre y rey de todos los dioses, violento y vigoroso señor del trueno y de la guerra.

Los escandinavos tienen dividido su territorio, entregando llanos y agua a los suecos, y montañas incomparables a los noruegos que ahora se hicieron más poderosos con la aparición de su petróleo excelentemente manejado por su competente gerencia. ¿Los precursores de Colón? Han sabido convivir a pesar de irreductibles diferencias creando un “socialismo social” incomparable, distante de toda violencia y del odio y el rencor arrasador de hombres que han generado otras formas políticas de socialismo: el socialismo político imperialista.

Oslo nació del mar, que le fue llevado por un gigantesco y hermoso fiordo hasta sus propias calles desprendidas y nacidas de él. Alegres y amantes del vino y la cerveza, los vikingos noruegos viven con intensidad las noches de su puerto; bares encadenados uno tras otro en sucesivas cuadras hace alegres las noches del Puerto de Oslo y de esos vikingos de la montaña, creadores del Kontiki. Oslo nació al final de su fiordo, al lado de río Aker entre los siglos XIII y XIV con el nombre de Cristianía, que en el año 1925 se convirtió en Oslo, la capital.

Noruega se maneja admirablemente social y económicamente como nación; tiene 4.5 millones de habitantes y proyecta llegar en el 2020 a 4.8 millones. Sus fiordos, en el lado occidental, le dan acceso a todo el mundo. Su gas natural lo llevan tuberías a Escocia y a Alemania. Su madera y su papel invaden el mundo.

Oslo y Berguen soportan con reciedumbre la gran cultura noruega. Dominan el 2% de todo el mercado del pescado mundial, sus comidas para nosotros exóticas, son deliciosas; sus salmones incomparables, crudos o

sabiamente ahumados, están en todas partes, son como el pollo de los gringos; el ahumado –podría ser el mejor del mundo– es agradablemente aceitoso y su palatabilidad es intensa. El arenque crudo es especial, al igual que los fritos chanquetes españoles. Los nórdicos adormecen muy sanamente la temprana hambre matinal con sus anchoas crudas y anchas realmente singulares. La carne de ballena que se consume es ennegrecida y tiene consistencia de hígado de res, lógicamente sin su sabor; es un mamífero de fuerte pero buen sabor adecuado al pueblo escandinavo. La cultura en Oslo se respira en todas partes, forma parte del alma y de los sentidos de ese pueblo que está repleto de parques, teatros de ballet y ópera, un estupendo museo popular que está en la rica galería nacional donde se destaca la obra de Eduard Múnich: “El Grito”, en lugar de honor como la Mona Lisa lo tiene en París.

¡No existen analfabetos en Noruega!

La libertad noruega rebasa los lugares de la optimización, ésta les ha permitido un desarrollo cultural extraordinario. El escultor noruego Gustav Vigeland, quien se apropió, sin duda, de un sabor plástico singular en la ciudad de Oslo similar al alcanzado por el arquitecto catalán Antoni Gaudí en la bella Barcelona colmada de su arte o Miguel Ángel en el Vaticano. A Vigeland también ¡se le siente y se le ve en todas partes después de conocer su obra!

En Frognerparken está su arte, sin duda uno de los mayores logros en la escultura del mundo. El fantástico museo y parque de esculturas de Gustav Vigeland, es además de un aporte trascendental al arte es una lección a la constancia, a un esfuerzo de 40 años visionariamente promovido por el Concejo Municipal de Oslo, ambos aglomerados por la excelencia más depurada. El parque Vigeland justifica por sí solo la voluntad de visitar aquella bella ciudad de medio millón de habitantes. Dentro de la sensible solidez humana que la escultura del gran Vigeland proyecta, se destaca la simpleza de las líneas que él imprime a sus formidables esculturas. Obligado por el granito que trabajó como el mejor de los maestros, Vigeland simplificó los trazos, prolongó la rectitud de sus líneas estructurales sin perder la poderosa sensualidad que se plasma en la hermosa redondez que tanto humaniza a sus esculturas, dando un singular contorno a su obra de granito o bronce, los dos excepcionales materiales que más utiliza.

Desde niño esculpió la madera. Este campesino-carpintero, vibró desde la infancia buscando los caminos que visionaba con la certeza alcanzada en la maravillosa magia de su creación que luce interminable. Su espacio vital dice de la vida y de su vida que vivió intensamente y que relata en los altibajos de un complicado acontecer. Impulsado por el romanticismo, recorrió Europa. Berlín fijó muchos de sus logros. Augusto Rodin inspiró su obra, pero no pudo prescindir de Florencia para hacerse del homogéneo triunfo de renacimiento allí contenido.

La escultura monumental se observa con fuerza al recorrer el parque, no sólo es apurada por una productividad que enseña a un trabajador incansable vivido en muchos trances angustiosos. No vivió para terminar toda esa fantasía y disfrutar la sensación gloriosa de ver realizados esos sueños que tanto abonan el sólido proceso cultural de los noruegos.

Vigeland condujo con simbolismo sus figuras que se mueven, unas veces con la violencia, otras generosamente y otras acompañando al amante incesante. Este gran escultor escandinavo procuró la escultura monumental que trazó en líneas rectas y con redondeces exquisitas de poderoso refinamiento y hermosa solidez. Es realmente bella la simplicidad de sus detalles: el de una robusta y bella mujer de granito, cuyo brazo denso de líneas rectas “redondeadas” por su magia, se levanta para enseñar una axila hermosa que complementa con firmeza un bello seno de estilizada simpleza y lleno de vida; esa simplicidad minimalista en el diseño destaca y conceptúa su obra y la hace posible en la descomunal dimensión de su imponente creación.

Sus hombres singulares siempre calvos y pelones dan fortaleza a su escultura, un hombre que arroja con violencia cuatro o cinco niños, en airada y agresiva repuesta de algún intenso momento vital, se opone a otra del abuelo amoroso, todavía de cuerpo corpulento, que ampara con profundo cariño y protección al pequeño nieto que lo mira perplejo con adhesión y solidaridad. Su obra en bronce es admirable no sólo en su arte, sino en la extraordinaria calidad de la fundición.

Un niño malcriado y agresivo que alza los brazos y cocea el suelo, arrugando magistralmente su cara acompañado de una rabia espontánea incomparable. Muchas de sus esculturas están dinamizadas, pero todas son austeras con cabezas vigorosas y lisas. Otras, al contrario, como la mujer que corre tomando en sus manos su pelo largo y separado –fundido mágicamente en forma singular que sólo se le ocurre a Vigeland–, lanza al viento esos cabellos, sujetos a sus manos y otros sueltos que vuelan sin que la rigidez del bronce se lo impida. ¡Soberbio!

Los niños de Vigeland, ríen, lloran, juegan, y se colocan de cabeza sobre un pedestal que conlleva una posición fetal sublimemente recordada.

El parque de Gustav Vigeland, está construido sobre 320 hectáreas, es una extensión del parque Frogner. La visión de excelencia cultural del ayuntamiento municipal de Oslo aprobó negociar con Vigeland esta maravilla de la plasticidad durante 40 años de sacrificios económicos, que dieron a Oslo y a Noruega una obra difícilmente repetible y de ingresos reales para el soporte social de los noruegos más débiles de la ciudad de hoy.

Tiene 193 esculturas y 650 figuras humanas. Fue proyectado con visión arquitectónica y de admirable paisajismo. Es neoclásico, limitado por un bello

lago que lo hace más ecológico, el pulmón más grande de esta ciudad de parques. Se dice que la fuente rodeada de esculturas fue el diseño que Vigeland soñó por años. Las esculturas, modeladas desde 1909, pregonan todos los asuntos humanos de la vida diaria, sus etapas vitales son repetidas constantemente en bellos relieves. La fuente se rodea con un laberinto realizado en un camino de varios miles de metros; la complicada vida de Vigeland se refleja en ellos para enseñar la vida común de cualquier hombre.

Lo monumental de esta obra pareciera conducirnos en certeza a la eternidad, al menos Vigeland debió concebirlo así. Plazas, un puente que agranda los espacios y protege las distancias, todo lo concibió brillantemente. Se llega a una planicie por escalones de terrazas continuas que nos compenetran con lo grande, así van pasando recuerdos vitales, muchachos que se burlan de un viejo, un hombre que arroja con ira a una mujer; un hermoso monolito que está formado por decenas de personas, pegadas unas a otras que se elevan en una escalera humana en un gigantesco bloque de granito escogido personalmente por el propio Vigeland con una altura impresionante, 18 metros y 180 toneladas de peso, es simplemente sensacional, repleto de seres humanos que se apretujan y elevan enredados para subir hacia la parte más alta donde su punta se destaca hermosa, afilada en los días azules de la primavera Noruega.

Estas masas gustan a Vigeland. Tiene otra, hermosa y sólida de niños que también se aglomeran entrelazándose esculpido en lo que debió ser un opulento cubo de granito que enseña su poder, pero también la creatividad vivificadora de este escultor escandinavo que tanto aporta al mundo de la cultura y la belleza.

Vimos, admirable, un viejo que sostiene a un hombre que muere; otro, un hombre que hace cariños a una mujer; una madre en cuatro “manos” que deja cabalgar un niño y una niña; dos viejos hermosos y barbados que piensan juntos; un anciano distante que escucha –pareciera– las súplicas de una mujer severamente envejecida. Todos pasajes vitales del gigante Vigeland, que esculpió su admiración y vehemencia por el amor joven y también por un apasionado amor de anciano, obsesionado por los niños y por la mujer que él protege y rechaza como constancia vital vigorosa, trascendente, contradictoria pero cierta.

El museo dentro del parque es parte importante de su increíble rastro. Las rejas y la forja de su hierro son admirables. Vigeland es un escultor, aunque el trabajo artesanal luzca irrepetible. Como Gaudí, Vigeland domina la forja que estructura en diseños cercanos al tamaño sensacional de sus monolitos, los trabajos excelentes y fuertes de su hierro forjado nos reciben a la entrada y nos despiden a la salida de este parque, monumento no sólo a la genialidad de un hombre, sino al equipo humano singular que debió acompañarlo para representar la vida en esa total cotidianidad y sencillez, pero vista colosalmente, lo que hace destacar los actos comunes del transcurrir diario de cada hombre, plenos de

expresiones en la complicación espiritual y humana de los actos simples y rutinarios otorgan y facilitan.

Gustav Vigeland esculpió un canto maravilloso a la humanidad de todos, de siempre, y a su vida en el acontecer común y diario, ¡magistralmente humanizado!

LA ALDEA DE LOS CANOSOS

El día apareció más temprano para Galerio Morales quien no podía despertar por el torrente de agobio que el aguardiente le había infiltrado desde la noche anterior. Las nubes protegían la aldea de calores, dando sombras pasajeras que se movían para caminar la mañana.

La aldea era un hermoso punto blanco de reflejo tenaz en medio de montañas verdes de sombreados árboles con hojas exuberantes que le daban apariencia de belleza tropical inmodificable a la quietud armónica que los acompañaba, allí estaba un centro de enigmas y misterios amparados por una naturaleza de esos lugares ecológicamente inmejorable.

La aldea era casi un pueblo. Así se expresaba el padre Argimiro, quien la visitaba ocasionalmente como cura de almas; recorría aquellas montañas mensualmente para dar servicio espiritual a quienes vivían en el lugar, adyacente a un bello río de montaña, impetuoso, que hacía el deleite de sus habitantes, hasta que se metía en un desfiladero que se conducía en una poderosa chorrera vertical y solitaria que formaba un profundo zanjón acantilado en todas sus paredes rocoso e impenetrable que “los canosos” llamaban “los peñascos”, pues estaba bordeado por filosos y abruptos escarpados aparatosamente verticales que lo había mantenido prácticamente virgen por cientos de años en sus contornos. Ese cortado lugar, ocupaba un prolongado trecho de unos seis kilómetros, perpendicular al río en todas sus paredes de roca que lo hacían insalvable para cualquier mortal por más atrevido y valeroso que fuese si no tuviera preparación y un equipo escalador para descender lento por aquellas paredes verticales y ricasas que lo separaban de la aldea de “los canosos”, a pesar de estar junto a ella y permitir que sus habitantes escucharan ruidos misteriosos en las aguas tormentosas que allí en su fondo retozaban con las piedras cada noche larga, haciendo más secreto aquel enigmático y oculto lugar de honduras oscurecido por las copas de los árboles que escondían totalmente su transcurrir interior para quienes se asomaran sin vértigo a ver la profundidad desde los bordes de roca del desfiladero. Los árboles hacían, pues, un lugar oscuro y hojoso poseedor de un hábitat extraño y singular, definido como una fortaleza por sus paredes rojas y negras de roca viva. Los peñascos estaban ubicados al fondo del pequeño cementerio de la aldea, que lleno de cruces que hacían su sencilla rutina de tristezas.

La aldea se comunicaba sólo peatonalmente con el exterior, el camino carretero donde transitaban vehículos de doble tracción se quedaba a unos dos mil metros del pueblito y a partir de allí, un sendero estrecho para recuas llevaba hasta la aldea con pasos dramáticamente estrechos por desfiladeros que traspasaban un denso bosque que lo rodeaba casi totalmente. El sendero era

hermoso, oscuro y muy húmedo, lleno de helechos defendidos por la frescura y el agua de su altura. Después, llegaba a un escarpado desde el cual se observaba un verde y regado valle de pastos y de siembras distribuidas en pequeñas finquitas de montaña donde “los canosos” se ocupaban de labores agrícolas y pastaban sus ganados. A sus pies, quedaba la aldea.

Las leyendas de su gente eran misteriosas y traían atadas el resquemor para el forastero, por lo que los intentos del padre Argimiro para sembrar el turismo, tan fácil de prosperar por lo delicioso y único de aquel paraje, habían fracasado rotundamente.

Doña Silvana tenía una casona grande que había ocupado por docenas de años al lado de Don José, su marido, rico hacendado del lugar; muerto éste le acompañaba ahora un alelado joven, llamado Próculo que le hacía diligencias y mandados; entre ambos se mantenía un hospedaje generalmente solitario llamado pomposamente “Posada Continental”.

Nemesio era el dueño de la principal bodega del pueblo, a la que había agregado con el paso civilizado de los años un expendio de medicinas, donde cambiaba también cheques pequeños a los lugareños.

El Doctor Gregoriano Angulo era el médico del lugar. Tenía unos setenta rebosados años y una pequeña finca donde criaba mulas que vendía como pan caliente a toda la extensa zona de pueblos y aldeas que ocupaban aquellos disímiles y apartados lugares, todos comunicados por caminos de recuas o carreteritas malas de tierra. La vida se alimentaba de reducidos ingresos, que todos compensaban con un intenso movimiento mitológico y metafísico, que había tomado sin pausa la mente de niños, adultos y ancianos durante cientos de años.

El cementerio de la aldea estaba colgado al borde de “los peñascos” se ubicaba en una explanada pequeña que ese bosque había dejado sola. Las cruces campechanas y de madera eran las de los más pobres y se destacaban frente a las de cemento, que eran de los más pudientes. Eso sí, todas eran blancas.

Don Crispulo, era un viejo seco y ya doblado que decían llegaba a los cien años, pero él, más por el deseo de vivir que por coquetería, comentaba riendo que había cumplido ochenta. Pasaba su tiempo frente a la placita de tierra, área social, el único lugar absolutamente plano del pueblo; vivía en una pequeña casita, promovía divertidas y apasionantes tertulias con sus relatos que contenían las alegorías con que adornaba los caminos, las casas, el cementerio, “los peñascos”, el río y cualquier otra cosa que el pueblo veneraba en el profundo respeto que el recuerdo o el temor imponían como norma a todos los habitantes de esos parajes.

El bar de Flavio había ganado varios premios anuales regionales por consumo de aguardiente, que “era del legal y estampillado”, decía. Debía sí, competir consumos con los aguardientes clandestinos llamados “cachicamos” que se

instalaban casi en provisionalidad obligada por las visitas policiales para detectarlos. Una alacena de cajones viejos pintados de verde, separaban el lugar público del bar de un “dormitorio” con un catre cubierto de costales nuevos, donde Flavio vencía sueños a doncellas en mediodía solitarios, ausentes de gente. La alacena enseñaba algunas latas de sardina y cajas de cerveza caliente, pues el aguardiente, aunque fuera legal, jamás lo enseñaba. Flavio tenía una vieja y raída mesa de billar, y otro cuartico retirado en su fondo para que sus clientes montaran las partidas de dado y baraja, donde se fugaban con urgencia las jornadas de sudor y esfuerzo de la semana, olvidando el dolor de lo perdido con más aguardiente que allí mismo se consumía. El recato y estrecha rigidez de Flavio residía en no haber permitido jamás que nadie libara en el cuartico otro licor que no fuera el “de la casa”, es decir el legitimado por la estampilla gubernamental; ésa era la condición y el precio por ocupar el exclusivo lugar de juego. Otra mayor jactancia era que jamás, en años, se había permitido el pago por descorche en ese lugar singular.

Los días más alegres del pueblo eran los sábados y domingos. Las noches nostálgicas se vivían intensas junto a la vieja rokola de Flavio repleta de arrastradas y volcánicas canciones de amor que traían esperanzas en las persistentes rascas lloronas de aquel lugar de aguardiente, cerveza caliente y recuerdos gastados en años de uso y evocaciones de madrugada y esperanzas...

El comercio de los productos se daba en la placita que hacía de mercado; con el bar de Flavio y la misa del padre Argimiro, eran los lugares intensamente sociales, que junto con la “Posada Continental” daban movimiento a la aldea y a las otras tres bodegas y comercios que la animaban. Los lunes eran solitarios, sólo los acompañaban colas en la medicatura, alguna visita especial del padre Argimiro, las carteritas de aguardiente regadas por todos los rincones y el olor a orines de caballo o de viejo, en la esquina escondida del campanario, ecológicamente instalado entre los copiosos restos de cagajón dejados por la visita de las bestias cada fin de semana. El cura no había podido desplazar esa vieja costumbre, a pesar de haberle dedicado por años a “los miaos populares” – como él decía–, una importante y extendida parte en su sermón de quejas y recomendaciones domingueras en la iglesia.

La política poco se ocupaba ya a la aldea; esta había vivido de decepción en decepción desde finales del siglo XIX “esperando esperanzas” que se iban periódica y electoralmente: concretándose apenas en unas láminas de aluminio o unos tubitos para un acueducto en cuyo crecimiento colaboraba el pueblo con la mano de obra, había también una escuelita con seis grados que dirigía la señorita Anastasia. Eso era lo aportado por la democracia olvidadiza. En más de cien años de esas administraciones, unas improvisadas por el golpe de estado y otras muy “mocráticas”, como decía Próculo; porque sus jefes iban a la gallera, bebían y

comían en casas de sus queridas y no usaban corbata, armaban la ausencia de una verdadera sensibilidad social.

Las noches del pueblo eran incesantemente solitarias y llenas de mitología, salvo el rincón de la rokola en el bar de Flavio que tocaba hasta las nueve de la noche. Seres sobrehumanos aparecían en las noches de lluvia y verano de terrones; la mitología se confundía con la metafísica del padre Argimiro, que él revolvía y envolvía con presagios de terribles castigos eternos, fatigándole el pensamiento hasta al propio Próculo que con algarabía existencial iba por la vida, pero cuyo pánico a la candela del infierno era legendario y azuzado por todos los parroquianos.

El pueblo se llamaba “San Macario” pero todos lo conocían como “la aldea de los canosos”, debido a que prácticamente toda su población era prematuramente canosa. Los años habían enseñado que las canas nacían en vividos momentos de terror, de algún momento muy estimulado de su transcurrir. Eran contados los jóvenes que mantenían el color original de su pelo que caracteriza la mocedad. El cabello en los moradores del pueblo era obstinadamente blanco, muy blanco.

Decenas de casos de terror habían impuesto un pánico general: se hablaba de una mujer insinuante y hermosa de vistoso pelo que aparentaba rezar en las noches de luna y en las tardes oscurecidas por nubes de lluvia al final del cementerio, en el lado que lo juntaba a “los peñascos”. La mujer estaba siempre con unos senos blancos, rebosados que querían saltar de sus apretadas telas y al llamarle la atención para buscar el giro de su cabeza, su aspecto hermoso se perdía en una boca y unos dientes que se enseñaba sin labios para dibujar su cara aterradora. Contaban de dos hombres maduros con pocos dientes que se asomaban con largo pelo negro en una de las curvas más sombrías del camino carretero principal en las noches claras; hasta el padre Argimiro decía haberlos visto y los responsabilizaba de sus canas numerosas pese a sus muy cortos 38 años. Él hablaba también de apariciones en la sacristía que enseñaban la imagen de un sacerdote encadenado y con el rostro ensangrentado por un espeso hilo de sangre en la comisura de la boca que lo había invitado a que le confesara sus pecados. El cura no había vuelto a entrar solo en la sacristía y se hacía acompañar del sacristán o de algún monaguillo o de un parroquiano.

El caso de Carlos Trejo era reciente. Tenía 25 años, su cabeza era totalmente blanca como la de un hombre de 80; el deterioro de su cabello y de su piel hacían recordar su alucinadora saga sucedida en el río de “Los Peñascos”, acaecida junto al hijo de Nemesio, un muchacho de 17 años llamado Basilio, que había caído al barranco cuando cazaba perdices y palomas en los alrededores del acantilado; al pisar en falso cayó por la verticalidad del escarpado, su caída se atemperó en los gajos y ramas que sobresalían de las peñas, lo cual permitió que fuese cayendo por tramos, casi escalonadamente, hasta llegar casi a la profundidad del zanjón

donde su cuerpo quedó tendido en un claro de bosque que se podía divisar con dificultad muy lejos desde arriba. La única persona capaz de bajar hasta él fue Carlos Trejo, deportista consumado, bombero profesional, bien entrenado y con equipo de alpinismo disponible que él manejaba con destreza.

Carlos había bajado a “Los Peñascos” dos veces por el lado sur. Lo hizo esta vez con premura por el mismo lugar, demoró unas cuatro horas en el descenso por la roca vertical. Pudo encontrar a Basilio aún vivo, pero muy mal herido, inconsciente y comatoso.

El descenso había sido complicado y Carlos Trejo pretendía amarrar una camilla de varas al cuerpo muy delicado de Basilio y tratar de impulsarlo por tramos hasta el borde de salida ayudado por la gente que los esperaba en los bordes superiores de la roca colosal. La noche se metió con sigilo interrumpiendo en aquel fondo las labores de apóstol y médico de Carlos Trejo, que entonces decidió descansar en un lugar cercano al cuerpo de Basilio, el cual sólo como remembranza de vida abría y cerraba los ojos temblorosamente; su gravedad avanzaba con los minutos. La oscuridad vencía los últimos intentos de un sol amarillento y débil que pretendía sin éxito penetrar el zanjón para reflejarse en las pozas hondas y misteriosas del opulento río que bramaba entre el silencio vivo de las luciérnagas, los primeros pájaros guaracharos, murciélagos y la fauna de la noche que salía junto a una noche clara de luna llena que alumbraba.

Carlos vio un gato montés que retador tomaba agua en la misma orilla del río despreciando su cercana presencia. Consultó su reloj cuando la noche se acercó más: eran las 8:30 de la noche. El rescate debió dejarse para el día siguiente.

Carlos Trejo, tenso, regresó al lado de Basilio quien derramaba ahora sangre por la nariz; para Carlos, señal de graves reventones internos. Fijó su linterna en el rostro de Basilio: su apariencia de muerte crecía, las heridas habían dejado de sangrar pero la lesión de la cabeza era exageradamente profunda y el empaste de cabello y sangre llamaban la infección al aliarse con las moscas. Muy pasadas las once de la noche, Carlos se convenció de que Basilio había muerto. Cerró sus ojos, juntó sus manos, lo cubrió con la manta azul que había bajado con él y procuró otro lugar protegido para cultivar el sueño.

Habían transcurrido unas dos horas cuando Carlos Trejo sintió unos pasos densos que quebraban sin moderación las hojas secas que el verano hacía crujientes. Levantó su cabeza para observar y esperó: los pasos se alejaron en dirección al norte, pero otros pasos de por lo menos dos personas, que se comunicaban con secretos y murmullos alteraban el silencio aparente de la sigilosa penumbra. Carlos encendió su linterna y desplazó su luz dibujando con ella un círculo. A unos veinte metros, una descomunal boa tragaba avarienta lo que parecía un conejo; desvió la luz, se levantó y caminó hacia el cuerpo inerte de Basilio, ahora más unido al silencio del acantilado. Carlos, amedrentado, empezó

a sudar copiosamente y un pavoroso frío lo sobrecargó después. Optó por recogerse en su rincón defensivo y apagó la luz de su linterna, pero apenas lo hizo, un estruendoso soplo rozó con aspereza su frente obligándolo a encenderla nuevamente: era un ave escandalosa y torpe –tal vez un búho – que había pasado entre las ramas y los helechos alejándose en un deficitario vuelo nocturno de tropiezos, confusiones y hambre.

Carlos intentaba descansar, cuando percibió del otro lado del río, acompañada por la claridad precaria de la luna, la silueta cierta de un hombre alto de pelo enmarañado que parecía ofrecerse para que Carlos lo viera; éste enfocó entonces su linterna y tomó el machete que portaba. La silueta del hombre extraño evadió con rapidez el rayo de luz. Cuando Carlos quiso dirigirlo nuevamente, vio varias siluetas: parecían hombres que trataban de pasar desde la otra orilla del río al lado donde él esperaba ya acobardado y sudoroso las visitas de insectos y el ansiado y lejano sol. Su linterna no le permitió verlos más, la luz traspasaba sus cuerpos y sus figuras que volvían a aparecer sucesivamente más allá, insistentes. Aquellos hombres parecían reclamar con aire hostil la presencia de Carlos que los miraba con horror. Uno de los hombres, el más pequeño, portaba un grueso y amenazador garrote que levantaba con persistencia retadora.

Faltaban horas para el amanecer. Carlos pensó en el trastorno que le inspiraban esos ruidos de la noche en aquel bosque de asombros, tan desconocido para todos a pesar de vivir a escasos metros de ellos. Trató de dormir, pero fue inútil, no tendría diez minutos con los ojos cerrados cuando unos pasos se avivaron cada vez más cercanos y venían con más susurros y secretos. Se levantó de nuevo para buscar con la luz los pasos más consolidados y llenos de actividad vital, encendió su linterna y pudo ver a dos hombres que se alejaban con un bulto pesado. Carlos gritó para detenerlos; los hombres voltearon, pero la noche sólo le enseñó unos rostros huecos y oscuros, con ojos que se comportaban como luciérnagas verdes, titilosas, enseñaban terroríficamente para él una tenue luz. Avanzó hacia el cuerpo de Basilio y observó el lugar solitario, lo iluminó con su linterna, pero sólo quedaban allí las hojas aplastadas por el cadáver ahora ausentes de Basilio. El pánico tomó la vida de Carlos Trejo con obsesión, haciéndolo sudar más copiosamente. No eran todavía las tres de la madrugada cuando el intenso frío se acercó pesadamente. Carlos lo recibió con aquel sudor que enchumbaba su pelo y caía detenido parcialmente por sus abundantes cejas. Se adhirió entonces más a su rincón de querencias, esperanzado en el respaldo que daba la pesada protección de la roca. Notó que su boca se secaba y el aliento se sobrecargaba de una acidez que percibía al saborearla; la noche era seca, pero él estaba profundamente mojado; sentía un agudo dolor en el cuero cabelludo que parecía tolerar una rápida metamorfosis; un sensible cambio fisiológico que recorría su tenso cuerpo. Se sentía acompañado sólo por el pavor.

Un susto aprensivo intimidó su mente antes briosamente valiente, al escuchar un alarido desgarrador y lejano que removió su piel que lo acompañó erizada. El sueño y la colosal fatiga lo vencieron con profundidad y se amodorró entre las hojas.

No eran las once de la mañana, cuando Carlos Trejo relataba en la bodega de Nemesio con gran excitación y pavor lo sucedido; el viejo don Crispulo no se demoró en señalar que Basilio ya debía haber sido enterrado por los seres del peñasco, en el cementerio de los canosos. Nadie quiso comprobar que tierra se vería removida en el camposanto como aseguraba Don Crispulo. Cierto o falso, el cadáver de Basilio jamás apareció, solamente el padre Argimiro confesó tiempo después haber visto a Basilio una oscura tarde de invierno en una curva del camino: era un Basilio golpeado que lo había saludado animosamente desde lejos. Todos le creyeron ciegamente. El relato de aquella visión del joven cura, que ya pintaba tantas canas por todo lo vivido, era ratificado después por su joven y espesa cabellera ostentadamente blanca, que certificaba aquel encuentro distante y “cordial” con Basilio en la curva del camino.

Flavio y doña Silvana rieron con el relato de Carlos. Todos le creían, lo probaba su transformada cabeza que el terror y el pánico de aquella horrible noche había blanqueado tan impresionantemente, estrechándolo más a la verdad fantástica del bello pueblito de “San Macario de los canosos”. Galerio Morales, el borrachito del inicio, sacudía su rasca amanecida con un aparatoso trago de aguardiente mañanero y muy eufórico abrazaba al canoso Carlos Trejo, proclamándolo hijo auténtico y probado de aquella legendaria aldea, repleta de misterios y de miedos.

Carlos salió de la bodega buscando aire, y encontró al padre Argimiro que llegaba. El cura guardó un profundo silencio al mirarlo y observar su joven cabeza, estaba como la nieve.

LA CRUELDAD DE LA LONGEVIDAD

Calixto Nisa llegó triunfalmente a los 50 años; había obtenido como ingeniero de puentes un éxito universal, que lo había conducido a interminables y jugosos contratos en todas las grandes ciudades del mundo, esto le permitía disponer de un flujo de capital para mantener su bienestar y movimiento permanentemente ¡su domicilio era el mundo! Tenía casas y pisos en grandes ciudades, su voluntad se manejaba en armonía con su autoestima, producto de un sólido proceso de cosecha espiritualizada en el conocimiento y el arte fundamentalmente. Coleccionaba esculturas, las retenía en diversos lugares, con el objetivo después, de crear un gran museo que ubicaría en la ciudad que más amara. Sus hermanos y amigos se contaban por docenas y las mujeres que habían acompañado su vida con lealtad y abundancia para su ejercitado existir sexualmente plena.

Pero a Calixto lo atormentó siempre, y ahora más, el lapso tan breve en la duración de la vida del hombre. Jamás había podido entender cómo pasaba la vida con tanto acoso y rapidez, eso la hacía muy imperfecta para él. Calixto deseaba más tiempo para vivir y esto se le convirtió en su obsesión diaria.

Había requerido 16 largos años de estudio y luego más para alcanzar su maestría en puentes. No era proporcional este tiempo con el del ejercicio brillante de su carrera de ingeniero y ahora con la de empresario y asesor, las cuales seguía ejerciendo con elevada y sustanciosa preeminencia. Calixto vivía atormentado y perseguido por aquella idea fija, que mucho lo afectaba: ¡la brevedad de su tiempo vital!

En continuas tertulias de amigos había alimentado esta angustia que le carcomía la imperfecta transitoriedad de su tiempo; era un creyente fervoroso, no concebía el requerimiento divino de crear este complejo y complicado universo para dejarlo detenido en dos verdades que Calixto vivía con la intensidad de lo inverosímil: primero, el hecho de que el hombre fuese único en el universo, y el otro, la brevedad del tiempo vital del que podía disfrutar y disponer.

Esas reflexiones desde su juventud y después entrado y realizado en la madurez, lo tenían absolutamente convencido de que la imperfección existencial de mayor contundencia era la brevedad en la vida del hombre. Noé, Abraham, Adán ¿contarían sus siglos con una lentitud que hoy representarían para nosotros casi la mitología de lo eterno? Uno vivió setecientos y más años, otro engendró hijos a los 930 años, en fin, la Biblia los simbolizaba en Matusalén, el patriarca al cual se le señala una longevidad de 969 años. Eso lo confundía más y más.

Al hombre una vez salido de aquel proceso bíblico, se le hizo mezquino y limitado el efímero tránsito terrenal. En el siglo XXI el hombre y más que él, el

prestigio de los sistemas políticos y sociales que conducen a la humanidad, mantenían un debate permanente sobre la expectativa de vida, estadística enseña en algunos sistemas desvinculados de todo bienestar humano. Las cifras que señalan la mayor expectativa de vida del hombre eran cuestionadas, apenas alcanzaba los 80 años, cifra que ostentaba el más exitoso de estos sistemas ideológicamente estructurados en el mundo de hoy. Para Calixto, esto no podía entenderse y menos asimilarse en la normalidad de un análisis mental objetivo. ¡Qué brevedad! se decía, y repetía. ¡Que brevedad!

Esa diferencia abismal entre la expectativa de vida cumplida por Matusalén y la que hoy alcanza el promedio de vida terrenal, hacía los momentos existenciales de Calixto sistemáticamente afligidos y destructores de su ego y su esperanza de longevidad.

En uno de sus largos viajes Calixto visitó Tanzania, la que deseaba conocer en uno de sus caprichosos y continuos desplazamientos desde que se llamaba Tanganika. Una tarde a la que se acercaba a una noche fresca, Calixto conoció en Tanga a un hombre bantú. Los bantúes poseían para él, los misterios de magia que envuelve al África, aquel hombre se llamaba Shona éste relató a Calixto, – profetizándole y adivinándole todas sus angustias vitales con gran detalle–, sus elucubraciones e impacencias en condenar la posibilidad de brevedad vital de cada hombre sorprendiéndolo al señalarle que se le había concedido –y soy mediador para hacértelo conocer, agrego el hombre bantú–, el privilegio de la longevidad, similar a la de los viejos textos sagrados del hombre pionero: – Vivirás y rebasarás por esto los mil años. Ese privilegio, que será tuyo, solamente tuyo, no deberás transmitirlo ni contarlo, y en lo posible, deberás ser muy recatado y muy prudente en el ejercicio de esa longevidad privilegiada que se te ha concedido a partir de hoy.

Shona era marcadamente alto y de color petróleo intenso, sólido y brillante. La viveza de sus componentes y el movimiento de sus ojos le daban a su rostro una comunicación variable, animada y de un atractivo inevitable. Llevaba una túnica blanca de cuyas amplias mangas de ribete dorado, en su final, salían unas poderosas muñecas que conducían a unas manos de rápidas gesticulaciones que seducían de inmediato la atención de quien le hablaba, manteniendo sus ojos sobre sus dientes blancos y perfectos.

El solo hecho de que Shona le hubiera asediado relatándole y diciendo conocer y descubrir su angustia tan bien guardada por él sobre el tema de la imperfección de la brevedad vital, que él manejaba con tanto secreto, asombraba a Calixto intensamente; y además descubrirselo en un país donde nadie le conocía, más aun en un café cualquiera de la calle y en una ciudad extraña que por primera vez visitaba, Tanga, causaron un poderoso impacto que Calixto no pudo atemperar, fracasando visiblemente en hacerlo. Se sintió temeroso ante un

poder que no ubicaba con certeza, se sintió observado por un más allá que desconocía y hacía todo más misterioso.

–Tomemos otro café– le dijo Calixto al hombre negro enigmático e imponente en su alta figura, más por deseo de retenerlo y hablar con él que por el gusto de tomar aquel fuerte café que África le prodigaba.

Shona sonrió y aceptó quedarse.

Los minutos serían más breves de lo esperado y Calixto lo interrogó:

– ¿Por qué me das este privilegio?

–Se te otorga por tu angustia constante y tu insatisfacción interior sobre la vida material –respondió el negro Bantú, y agregó: –Tienes 60 años, es decir, que te restan desde hoy 940 y más años de vida que tú manejarás y organizarás a tu antojo, todas tus respuestas biológicas y espirituales serán la de un hombre de 45 años de edad, con ellas vivirás esos 940 años que te restan, te sentirás joven, fuerte y capaz para todo.

– ¿Quién me otorga el inexplicable privilegio, y después de él qué vendrá? –preguntó Calixto.

Shona rio. –Exiges demasiado. Después de 940 años te alcanzará nuevamente la verdad, mientras eso sucede vive tu nuevo lapso vital, que ya no consideraras tan breve y disfruta la longevidad que se te otorga sin querer conocer otras verdades que no corresponden a este momento, ni te serán dadas pues son inescrutables para ti ahora.

Calixto quiso repreguntar más a Shona, pero éste intensamente discreto y repartiendo mucha de la simpatía que le sobraba, se levantó cortésmente para perderse entre la multitud de la calle principal de Tanga, aglomerada y sofocada de calor que la brisa por no estar presente se negaba a mermar.

Calixto caminó la ciudad de Tanga, a orillas del océano Índico, deseaba regresar a su hotel para disfrutar y racionalizar la concesión que había recibido tan sorprendentemente para él: ahora estaba profundamente confundido y receloso de la prerrogativa del increíble privilegio.

Ya de regreso a su ciudad, Calixto visitó a su médico para el examen especial anual que disciplinadamente se hacía. El resultado fue excepcional para el médico, quien le señaló a Calixto: –Disfrutas espléndidamente tus años, los valores dados en tus exámenes son sencillamente increíbles, cualquier colega a quien se los enseñaras pensaría que pertenecen a un paciente bastante menor de 46 años le aseguro el galeno.

¡Calixto se estremeció con aquella realidad!

Su médico agregó: –Tu lesión cardiaca desapareció, no me explico ni cómo ni por qué, pero tu corazón tomó, sin que yo lo entienda, el camino vigoroso de una joven vitalidad. Me gustaría repetir todos los exámenes, Calixto, ¡son increíbles!

Calixto accedió complacido, pero un sudor lo empapaba; el recuerdo de Tanga y de Shona lo sacaba por los poros. Entendió que se había iniciado en él un sólido proceso que en convencimiento y fe observaba rejuvenecedor de acuerdo a lo acontecido en Tanzania, y que parecía acompañar desde hoy su vida temprana, ya lo sentía y ahora lo comprobaba totalmente.

Después, Calixto organizó su vida pensando en la longevidad ya milenaria otorgada por una enigmática razón, que, aunque no captaba en la dimensión que ella acusaba, pero le daba la fe y tangibilidad suficientes para creerla y sentirla cierta. Decidió entonces viajar por Europa, pasar un tiempo en París donde tenía numerosos amigos que acompañaban su caprichosa vida. Luego iría a New York y a Los Ángeles de donde retornaría a Roma y Florencia a degustar el arte, saborear comidas, y vivir singularidades, desde luego, mover su inversión en más obras creando más compañías e inversiones.

Había decidido dejar sus dos oficinas profesionales a cargo de sus hijos, ingenieros unos, y abrir una clínica a otro hijo para que en ella ejerciera la profesión de médico. Dos hijas estaban casadas con empresarios exitosos, vivían en Buenos Aires y Sao Paulo; decidió asociarse con ellos en la inversión de fábricas y generar nuevos negocios.

¡Y así pasaron inexorablemente los años! Había transcurrido ya más de setenta... desde el encuentro intempestivo con Shona en África. Calixto gozaba de excelente salud, seguía siendo admirablemente joven según diversos médicos, sólo le aquejaba la pérdida de los hijos que habían muerto en el transcurso de esos años sin haber podido él alcanzar para ellos la longevidad que ostentaba con tanto sigilo y que él escondía especialmente para sus mujeres y los más allegados, por eso hacia cambalaches sucesivamente.

Calixto hacía vida entre París, New York, Suiza y Roma; fundamentalmente allí tenía espléndidos intereses, atendidos por un personal en renovación constante para que no percibiera la realidad de su edad y tiempo, no toleraba que trabajaran con él por más de tres años. En ese momento, en París, un joven, José, dirigía su casa en la región de Normandía y el lujoso apartamento de los campos Elíseos; otro, Antonio, le atendía sus intereses en New York, y Federico en Suiza. Rigoberto le administraba sus comodidades en Italia y el Mediterráneo.

Respecto a las mujeres, Calixto había abandonado la idea de institucionalizarlas; después de casarse varias veces y ver morir a sus esposas, vivía temeroso de que estas pudieran descubrir su secreto, si permitían que envejecieran a su lado por eso y por razones de inconsistencia su voluntad de cambiarlas se había hecho obsesiva; presentía que alguna pudiera descubrir el secreto de su longevidad, así que decidió vivir con otras sin permitir que el tiempo se mezclara demasiado en sus vidas. Así lo hizo por decenas de años. Ya

Calixto tenía más de ciento cincuenta años cumplidos cuando se le ocurrió contar el tiempo transcurrido...

Su agitada y transportada vida se hacía más intensa en la medida en que se sentía vigoroso y joven, pero silenciaba esta verdad por las advertencias de Shona. Así siguieron pasando más y más años...

Los 250 años cumplidos por Calixto le trajeron pavorosos recuerdos, acompañado en ese momento por una bellísima mujer de 30 años, celebró su cumpleaños 251. Ese día la soledad de época y tiempo que permanentemente sentía, estremeció sus tuétanos, por supuesto ya no estaban ni sus esposas, ni sus hijos, ni sus nietos, ni su familia, ni sus viejos amigos; ni gente de su confianza, sólo un cúmulo de jóvenes lo rodeaban, pero Calixto los sentía distantes en ideas, placeres, cultura y costumbres, rodeaban, su contorno como extraños y separados amigos. Los viajes los hacía con gente rara para él, distantes, aunque se considerasen amigos. ¡Tenía decenas y decenas de años de diferencia con ellos! Los afectos habían muerto para él. Hombres y mujeres jóvenes desconocían su misteriosa longevidad disimulada en la muerte de unos y en la aparición inmediata de nuevos amigos, sólo Calixto la conocía en su interior ya atormentado por la distancia del tiempo y el estar colocado fuera de época. Se sentía desambientado en todo y con todos. Solo, muy solo.

Un día dramático, al salir de su apartamento en New York que había poseído por muchos años, solitario, quiso realizar un paseo por los contornos para recordar años y nostalgias idas, donde tantos amigos había tenido a través de los siglos; caminó muchas cuadras: cinco, siete, todo estaba lleno de inmensos cubos de aluminio habitados, dobló manzanas enteras entre ellos, detalló calles y avenidas, se fue hasta Central Park y se devolvió hasta la calle 40. No encontró lógicamente a nadie, ni un solo conocido —era imposible a estas alturas de su tiempo— ni lugares donde pudiera evocar sus viejas alegrías. Todo estaba cambiado y diferente. Ya la casa de *delicatesses* francesas no estaba allí, le dijeron que había desaparecido hacía 110 años. Ni la gran librería existía ya, había en su lugar un gran abasto con muchos productos extraños, de sabores exóticos nuevos y muy desagradables para él; probó muchos, algún dulce que quiso comer tenía un sabor ácido, salado, que rechazó sin deleitarse; no concebía esas extrañas mezclas, le ocurría igual con los libros que le suministraban sus empleados: no los entendía. El lenguaje había cambiado para él, parecía que se le hubiese olvidado leer y lo mismo le pasaba con sus continuas trabas y limitaciones para conversar en los idiomas que tanto había conocido. Todo lo presionaba para aislarlo más. Miró las cuadras y al detallarlas se sintió tremendamente solo, el lugar de la vieja iglesia luterana había sido reemplazado por un edificio con plataforma espacial, es decir, como despegue y salida de cohetes de viajes interplanetarios, algo similar a los terminales de sus

desaparecidos trenes antiguos pero contruidos en metales siderales maravillosos de un ayer ya lejano.

La señora Sagattoma, esposa del barbero italiano de la avenida Lexington cuya vida había conocido cuando él tenía 120 años, por supuesto no estaba, tampoco sus tataranietos ni descendientes de éstos, ni el zapatero suramericano de la calle 49, buscó los inmuebles ocupados por ellos y tampoco pudo ubicarlos en los ahora súper densos lugares. Al querer recordar con vecinos la existencia del barbero y del zapatero, se mostraron muy extrañados de las preguntas de Calixto. Consideró que lo pensaron loco. ¿O lo estaba? Al menos empezaba a sentirse muy extraño.

New York era otra cosa. Habían pasado tantos años, que ya no podía contarlos desde que había recorrido peatonalmente la ciudad la última vez como lo hacía ahora; este impacto lo devastaba. Su existencia empezó entonces a hacerse más pesada y tediosa. Sentía miradas extrañas sobre él, pasaba y seguían su raro abrigo con los ojos. Calixto sentía que sobraba en aquel mundo tan diferente. Las vidrieras de las tiendas no existían ya, debía entrar, escoger en la computadora la mercancía que deseaba y esperar unos minutos el envío de esta hasta la caja: todo para él era incomprensible.

Notaba que lo más grave de los vuelos y visita a ciudades, era que se entendía con gran dificultad; el conocimiento y la práctica de las lenguas que hablaba iba en veloz descenso, sentía que utilizaba palabras en desuso, otras no las comprendía como siempre las había escuchado, esto lo aisló más no sólo de la calle sino también de los empleados que lo servían, quienes se miraban con picardía cuando hablaba, se acomplejó obligándose a guardar más silencios intolerables y a callar también opiniones en tertulias y reuniones de las cuales se fue apartando.

Le pasó lo mismo en París y en Roma. Allí la sensación fue más fuerte, ya había cumplido más años y se sintió solo, tan solo que a los hombres de su confianza los sentía tan distantes que a veces ignoraban su presencia y cuchicheaban con gran reserva. Se veía que vivían y se sentían lejos de él, tal era su aparente desconfianza. No estaban a su altura. Presentía que no entendían su conducta, incluso ya le eran hostiles. Su relación con una bellísima modelo brasileña de 23 años había terminado en un verdadero desastre, la mujer era promiscua y su sexo condicionado y era ocasional con él, además carecía de toda forma de amor inmaterial.

En un nuevo cumpleaños que celebró solo, decidió intempestivamente regresar a Tanzania. Al llegar a Tanga buscó por mucho tiempo a Shona, estuvo días enteros en el sector del café donde se habían visto hacía ya varios siglos y más años, el café no existía; había allí un elevado edificio. Se sentó en un parque cercano, así transcurrieron quince días de desesperanza y angustiosos reclamos en

su acosado interior. El atributo de eternidad lo enloquecía más haciéndose para él reflexión aterradora, podía y llegaba hasta aceptarla como monopolio de Dios, sin principio ni fin, pero la eternidad de él era truncada pues había tenido un comienzo al nacer y ahora confundido esperaba una muerte tan distante aun que lo enloquecía. Esa perpetuidad del hombre mortal estremecía a Calixto, no soportaba aquella vida interminable de sólo mil años, ¿cómo haría con esa vida perdurable? Calixto se agotaba más cuando una mañana temprana, serían las siete, se le acercó un negro alto y bien parecido de no más de 55 años.

–Soy amigo y enviado de Shona, me llamo OM –le dijo suavemente.

Calixto lo interrumpió exaltado: – ¿Dónde está Shona? –indagó muy angustiado.

El negro alto sonrió respondiéndole: –Shona está donde deben estar todos los hombres después de su tiempo finito y mortal. ¿Qué quieres de él?

Calixto, inquieto y con un sudor frío y consecuente, le dijo: –Deseo que interrumpa mi longevidad, no quiero ni pensar en mil años, ni en quinientos, no resisto más esta tormentosa soledad de mis años que tanto sacrifican mi azarosa vida, no resisto esta crueldad diaria de mi existencia. Mi vida es un suplicio, un tormento, la llevo como un martirio; mi familia desapareció en lejanías insalvables de afecto, no conozco a ningún ser humano que busque intimar conmigo, hable una de mis lenguas, tenga mis gustos, estoy desesperado, no puedo vestirme con la época, ni entenderla, no puedo leer los libros de hoy, ni gusto de sabores y comida, ni entiendo la palabra de ahora, ni me adapto a los viajes de placer interplanetarios ni terrestres, los placeres de hoy no los siento como tales, es más, no los conozco. No he podido encontrar una sola mujer que me ame bien y me entienda, no tengo amigos, tengo ya siglos conduciendo esta agobiante incomunicación que me martiriza y separa tan cruelmente de un mundo que no es el mío. Mi avaricia vital amarga mi existencia, no he querido disponer de ella por mi sola voluntad, pues la duda me acosa para hacerlo, pienso que esto complicaría más las cosas.

–Ya no cuento con nadie. El dinero no me interesa, ni me es útil. Quiero morir ya, quiero regresar a la mortalidad normal del hombre. No quiero vivir mil años, más aún, no quiero vivir un día más... por favor, di a Shona que disponga de mí.

El hombre alto y fornido, le respondió: –Deberás esperar un tiempo, no es cuando tú lo quieras, comprometiste tu palabra con Shona. Era tu anhelo.

Calixto respondió: – ¿Unos años más? No lo soportaría...

–OM, OM es mi nombre Calixto –agregó sonreído el hombre negro– me llamó OM.

–No lo soportaría, OM, quiero morir ahora.

–Regresa a tu ciudad –respondió OM–, yo trataré de arreglar tu gravísimo problema existencial. Es verdad que vives en un mundo ajeno y extraño, ocupado por gente exótica y desconocida para ti, pero tú gula vital lo procuró así, vivías inconforme con tu normalidad vital, considerabas imperfecta la mortalidad, debes ahora esperar una nueva decisión sobre tu destino.

OM se aprestó a marcharse del lugar, Calixto quiso acompañarlo ansioso... OM lo rechazó con firmeza.

Calixto, deprimido, tomó la nave de regreso a New York: lo haría en minutos. Pasarían seis cuando un accidente mortal para todos los ocupantes de aquella nave se produjo antes de aterrizar en las pistas siderales de New York. Todo había terminado... la mortalidad terrenal entregaba la paz a Calixto.

EL PRIMER GOBIERNO GLOBALIZADO

Yuri, un ruso de unos 35 años, platicaba animadamente con Adelfo, un griego gordo y conversador; con ellos estaba John Mackison, un norteamericano veterano en conflictos mundiales; dos laboraban para las naciones unidas y el gringo Mackison era asesor del Consejo Financiero de la Casa Blanca. Charlaban sobre el gobierno global creado en un computador con un sistema dirigido a hacer proyecciones políticas a 800 años de distancia, los resultados eran sorprendentes, pero contenían elementos realmente curiosos: sin que apareciera así, todo se circunscribía en la proyección del regreso al poder del Faraón y del jefe inca en la civilización andina americana, el centralismo era el elemento drásticamente aglutinador; no se trataba de aquel poder dictatorial y/o autoritario terrenal que desconocía la separación del poder incorporada por Montesquieu y nacida de la Inglaterra de 1688 y de Francia en 1789 para centralizar el poder político, sino de una suma en poder total soportado básicamente en aglutinar en una sola cabeza invisible del poder político con sumisión al poder económico; alcanzado esto, la religión, la raza y las culturas de la Tierra quedaban sometidas a esa voluntad sin limitación material alguna. Esta sería la globalización del poder político, dijo John Mackison; a este dominio regresaría el poder impersonal y sideral vigente ya en la Tierra pasada muchas decenas de lustros.

El ruso Yuri quiso conocer los resultados dados por el programa creado para la investigación y sus consecuencias. Mackison con prontitud y diligencia le relató casi minuciosamente lo que conocía de esas posibles expectativas.

La tierra marchaba en conducciones ya no personales, lejanas y computarizadas. La libertad individual seguía siendo plena, casi ilimitada, pero la autoridad que conducía la convivencia social era rígida e indoblegable en la aplicación de la ley y la conducción de la rutina.

Los países habían muerto en la posibilidad digna de seguir sus culturas, dejar vigente sus lenguas o dialectos y mantener sus valores y fronteras. Todo era ahora genérico, algo así como si para hablar y referirnos a un elefante, un león o un conejo, nos referíamos a un mamífero grande o uno pequeño. El mundo había perdido el aliciente de la novedad, del detalle, la artesanía era idéntica, los vestidos mundiales –planetarios salían de millones de metros de telas desechables, que permitían mantener un abundante consumo para alimentar el acoso laboral de los más pobres... difícil de sostener y más de rentar. Era el año 2326 en aquella visión computarizada de proyección política.

El siglo que transcurría no estaba cumpliendo expectativas de una vida humanamente aceptable. La Unión Europea era ahora el recuerdo de una utopía

inalcanzable ya en su singularidad. Ya no era posible aquella Europa de 2020, con 30 o más países que forjaban una complicada pero humanizada unidad social, económica y política, acercando las distancias que pueden generar tantas lenguas diferentes, unificadas culturalmente sólo para entenderse y vivir mejor; ahora el idioma computarizado era uno solo, quien no lo entendiera y lo hablara, podía considerarse excluido de esa globalización impersonal que conducía la Tierra y analfabeta ortodoxo.

Los museos, a través de la comunicación, se hacían uno sin precisar el lugar de ubicación de la obra o tener la plasticidad de concretarla con cualquiera de los sentidos movidos por ella. Lo común y masificado había matado el valioso e imprescindible detalle de lo singular y humano y la referencia turística de los países que habían perdido el don precioso de la excepción, igual veías un camello en lo que había sido la Argentina, que un ñandú en Canadá. Todo era igual en todas partes, la tecnología multiplicaba y repetía las cosas en la rutina agobiante de lo global y de lo inmenso.

Ese año habían concluido las negociaciones de las bolsas de valores del mundo para instalar el gobierno universal, cuya sede estaría en una isla artificial en el centro del Océano Atlántico, equidistante de Norteamérica y Europa, el Vice-gobierno estaría en otra isla de Asia, en el mar de China.

El Gobierno era colegiado, pero no tenía un presidente subjetivamente conocido o señalado, ya que el período de éste se rotaba en guardias y turnos sucesivos de exactitud cronométrica cada 168 horas. Más que un Presidente como se había conocido en los olvidados siglos XIX y XX y gran parte del XXI, era un director de debates ejecutivo, que se concentraba sólo en auditar en esas guardias permanentes el transcurrir de un poderoso ordenador que dictaba las gestiones y labores pendientes; operado por siete hombres desconocidos que representaban a los países más desarrollados, divididos ahora en regiones constituidas internamente mediante la expresión de voluntad de aquellos entes generaban para proceso y el movimiento económico de cada región a través de sus bolsas de valores que era lo más visible del poder.

Cuatro grandes regiones dirigían el consejo mundial parlamentario que hacía las leyes y daba legitimidad al “Director” universal. Los hombres que ejercían la representación de aquel parlamento lo hacían en “temporalidad abierta”, es decir, sujetos a cambios inesperados de acuerdo al interés y conveniencia de “los entes económicos” de las regiones que obedecían la instrucción del poderoso computador guía inevitable y necesario para todos.

Las cuatro grandes regiones eran: Asia, que agrupaba también lo que había sido políticamente Oceanía; Europa, que abarcaba lo que antes fueron los países

africanos; América que incluía el norte y el sur y Rusia y Europa Oriental que con los países árabes formaba la cuarta gran región universal que era la más atrasada y pobre, recolectora de los sobrantes de la intensa productividad y los desechos de la tecnología de la comunicación, la imagen y el sonido y otras cosas que envejecían en horas y fijaban la calidad de vía.

Había regiones (países) indigentes y marginales ubicados fuera de estas regiones universales, grupos de regiones menesterosas que vivían de la generosidad caritativa rutinaria, esporádica y condicionada del ordenado universo. Estas sub-regiones habían quedado fuera de la estructura mundial constituida por ser inestables y por sus improductivas y débiles rebeldías, por no ser apetecibles al mercado de consumos mínimos exigido a cada región, o por tener materias primas no halagadoras, ni necesarias, ni valiosas para los grandes centros transformadores de materias, tecnológicamente innecesarias para no decir inservibles como: petróleo, bagazos, maderas, carbón, y algunos metales sustituidos ya por otros traídos del espacio sideral o sacados del fondo del mar o del centro de la Tierra. Estos “países” marginales estaban sujetos a los sobrantes que anunciaban las bolsas de valores, que seguían siendo las casas de poder y cambio de las regiones y del mundo. De esos socorros vivían los países que habían quedado marginados del gobierno universal que conducía ahora a la humanidad.

Jon Mackison explicaba con entusiasmo las perfecciones y detalles dados por las proyecciones realizadas para regresar un poco a lo personalizado.

Las bolsas de valores, como mercados secundarios llegaban hasta la población para utilizar y para proveerse de sus ahorros y así sostener activo el mercado primario que crea los títulos emitidos por el empresario global inversor, estaban controladas por la banca mundial de inversión, automatizadas y conectadas por ordenadores y distribuidas y esparcidas por todas las regiones del mundo. Cuatro eran también las bolsas, las fundamentales en el mundo: la de Washington de la región americana, a la cual apoyaba y suplía la bolsa del Canadá, y después la de Brasil, que en cierto modo, de hecho, más no de derecho, se plegaban política y económicamente a la conductora. La bolsa de Londres, que agrupaba la región europea y a la cual asistía y sustituía la bolsa de París. La bolsa de China de la región de Asia, a quien suplía la bolsa de Japón y por último, la bolsa de la región del este en Moscú, a la que asistía la bolsa Praga y la árabe en El Cairo, que se movía en los diferentes países islámicos y de Europa oriental.

Estas bolsas de valores operaban como los bancos centrales en cada región, el fondo monetario universal tenía sede en Washington. La moneda no tenía el uso que se le daba en la antigüedad, pues todas las operaciones mercantiles y de

comercio diario se daban con las tarjetas de “cargo ciudadano” que contenían todo el debe y el haber del género humano; cada hombre se registraba no con un nombre propio sino con un número que lo acreditaba como ciudadano y certificaba que poseía todos los seguros necesarios. La moneda global se llamaba “dólar universal”, equivalía a un dólar U.S., en otras regiones y para los que voluntariamente lo escogieran, podría utilizarse el “yuan yen asiático” que correspondía al viejo yuan chino, la “euro libra” seguía teniendo las características del viejo euro más sólido concebido y aprobado, con motivo de la unión total de Europa en los inicios del siglo XXI, pero que ahora se denominaba “euro libra”.

El bello palacio de la vieja Bolsa de Milán era la sede del museo universal de la bolsa, que se podía visitar sólo por Internet o personalmente mediante una entrada cuyo turno se fijaba no antes del vencimiento de seis meses. La bolsa de Ámsterdam tenía especiales encargos de las bolsas de Londres y París; y en la bolsa de Burdeos había una escuela de computación aplicada al ejercicio minucioso de todas las bolsas y análisis de los comportamientos económicos de las regiones y sub-regiones del mundo globalmente consideradas.

Todos los salarios e ingresos del mundo estaban incluidos en los “mercados de valores” ahora totalmente impersonales, no sólo respecto a la transitoria e intrascendente presencia humana, sino de personas jurídicas de las que no se conocía su formación accionaría, siendo un delito fuertemente castigado divulgar estas confidencias cifradas y codificadas, para todos los hombres y para cada hombre. Las acciones y los capitales que las contenían estaban todos numerados y respondían sólo a siglas, sin otra identificación o denominación o nombre o personalización.

Las guerras se mantenían, sólo que ahora se le llamaban “enfrentamientos de fuerza parciales”, seguían inalterables como consecuencia de la presencia de hombres ocultos en la dirección de la Tierra. Estos “enfrentamientos de fuerza” eran fundamentalmente para alcanzar medidas heroicas de convivencia para dar posibilidades recuperadoras a mercados deteriorados y para otorgar más movimiento a los capitales destinados a la construcción de armamento en las regiones o, al final, para dilucidar con cada “enfrentamiento de fuerza convenido” los excesos de mercado operados tanto internamente en cada uno de las cuatro regiones como entre ellas. Las destrucciones debidamente manejadas no podían jamás ser “atómicas” eran siempre coordinadas y estaban computarizadas para un “fuego convencional” que dirigía aquellos “enfrentamientos de fuerza parcial” acordados; éstos buscaban generar así reactivaciones económicas urgentes e inmediatas y producían consumos parciales especiales y violentos, creando demanda inmediata de mano de obra, y

estabilizando su oferta y demanda por lapsos importantes. Así era posible estimular cualquier economía en cualquier momento con estas medidas de “fuego convencional” como recurso poco académico, pero absolutamente utilitario. Como aditivo del beneficio económico alcanzado, las muertes acaecidas “nivelaban” en forma casi inmediata el equilibrio poblacional mantenido, cuyo exceso desarticulaba proyecciones económicas y crecimiento desmedido para el nivel de empleo y consumo.

Estas pequeñas guerras para el uso del armamento y en el aislamiento al que se les sometían y controlaban, eran similares a las guerras de los siglos anteriores, sólo para recordar algunas: las invasiones de Atila, las muchas Cruzadas, el jihad, la guerra de Corea, la de Vietnam, el conflicto milenarista árabe–israelí, la guerra de los Balcanes, la guerra de Irak, las guerrillas suramericanas o las guerrillas africanas, también similares a los sometimientos sangrientos de los comunistas en la Europa Oriental o en las guerras de guerrillas. Sólo que, en el año 2326, no tenían incidencias políticas en obediencia a la ideología que estaba sometida en su totalidad sólo al interés globalizador que amparaba el interés del mercado; con esos enfrentamientos bélicos, producían una escasez inmediata que potenciaba fábricas paradas y multiplicaba el nivel de empleo, reactivando las secuenciales caídas económicas y las graves paralizaciones de inventarios sin demanda o utilidad económica.

El gobierno universal prefería y animaba más los “enfrentamientos de fuerza parcial” conflictos internos entre sub–regiones. La sub–región Venezuela, por ejemplo, contra la sub–región Colombia o la sub–región India contra la sub–región Pakistán, éstos revestían menos riesgo global y daban un estricto control al gobierno mundial en cuanto al monto de lo destruido, armas usadas y el número fijado de muertos estimados, así como los riesgos contraídos para no alterar la naturaleza y las inversiones en seguros y salud proyectados. Entre regiones, la guerra era de mayor riesgo, éste se multiplicaba y podía extenderse indeteniblemente. Las “guerrillas” impulsadoras de mercados secundarios entristecidos por la falta de demanda, eran una solución sabia, rápida, efectiva y aislada y menos contaminante para los espectadores grandes de los conflictos y para el mundo global organizado que podía planificarlos más o detenerlos en un solo momento.

Todo el peso social del gobierno universal, lo soportaba una corporación mundial de salud, otra de educación de profesiones y oficios y una tercera de garantía de bienestar social. Las empresas y los ciudadanos sólo pagaban a ellas proporcionalmente porcentajes como contribuciones en atención a su ingreso bruto. En el año 2326 se habría instalado –dijo Mackinson– el primer gobierno global universal, después de muchos años de complicadas conversaciones,

enfrentamientos y diálogos correctamente computarizados, buscaban equilibrar automáticamente el poder y las diferencias. Las monarquías y las repúblicas eran antiguos y estacionados recuerdos. Tres poderes fundidos en uno solo guardaban características propias e individuales para conducir el mundo global. El “director” rotativo, representante del poder ejecutivo transmitido y sostenido por los entes económicos mundiales; El Consejo Universal Parlamentario, que controlaba la gestión de las computadoras y bolsas de valores para regular toda relación política mundial y crear los correctivos y disposiciones (ante la ley) que regía a la humanidad. Cada región elegía internamente el número de parlamentarios en concordancia con el ingreso per cápita y en proporción al monto de su producto territorial bruto y de su región, a su vez, los había seleccionado o elegido internamente, entre las sub-regiones en que se componían en idéntica forma.

El tercer poder era “el poder auditor” que organizaba “los jueces de paz mundial y ciudadana” para las interrelaciones personales de los individuos y los demás aspectos individualizados o colectivizados que se presentaran a su consulta y decisión, así como fijaba las pautas que regulaban el conocimiento y el proceso aprobado para los actos de sufragio que se votaban computarizadamente en una “democracia” indirecta, cuya soberanía era ejercida por el Consejo Electoral Mundial, integrado por el doble de los representantes del Consejo Universal Parlamentario y electo como éste.

Había cuatro fuerzas armadas: la fuerza armada universal, cuyos comandos operaban sincronizadamente en la misma ciudad donde tenían sus sedes las bolsas mercantiles y de valores; una fuerza armada sideral que respondía de los astros ocupados o conquistados por la humanidad; una fuerza de ocupación y conquista galáctica para dominar espacios, y una fuerza policial de antimotines y delitos ciudadanos para reprimir y castigar los delitos todavía personalizados en las sub-regiones y conglomerados.

El mayor número de parlamentarios lo había obtenido América; Europa se le acercaba a distancia. Asia los seguía a la zaga y muy distantes la región del este con Rusia y los árabes. Pero lo que realmente preocupaba era que las empresas de la comunicación y las constructoras de bienes para la conquista del espacio extraterrestre, junto a las empresas de alimentos masivos, habían tomado las mayorías parlamentarias de la globalización.

Se había elegido a Z.W.S. Como primer presidente del Gobierno Universal. Z.W.S. representaba en la elección a la empresa Coca-Cola; se eligió vicepresidente a H.M.M., representante de la Sony y como tercer miembro del comité de Gobierno Universal a A.A.N de la empresa ITT de comunicaciones siderales.

El consejo universal parlamentario estaría presidido por J.G.B., representante de un consorcio chino de cementos y como vicepresidente H.H.O. De la empresa de comida rápida McDonald's.

El sector de finanzas representado en la banca no estaba presente pero había quedado consistentemente complacido, pues controlaba de hecho el gobierno universal ya finalmente globalizado, a través de las posiciones tan importantes alcanzadas por todos sus deudores, tan dependientes de él, por sus deudas con el sector bancario, que en el año 2326 representaba lo que hubiera podido significar la derecha política en el mundo antiguo, frente a una izquierda industrial muy controlada y menguada que representaba al sector productivo e industrial, integrado por los activistas electos para presidir el gobierno y el consejo parlamentario, entre otros Delta Air Line, una gran empresa China, y Disney, Telefónica y Fiat, todos integrantes del grupo de esa izquierda universal globalizada.

Los que equivaldrían a la antigua radicalidad mundial, los nuevos Lenin, Robespierre etc., estaban en el año 2326 representados por los rusos y árabes a la zaga tecnológica y financiera del mundo, ya universalmente manejado por la “globalización global” que nacía con la elección y organización del Gobierno Universal Globalizado.

Pretendían, con esfuerzo estéril, alcanzar una “lucha de clases” desaparecida con el hombre masa, nacido de la satisfacción, bienestar básico, o una “lucha de razas” olvidada en el desarrollo del talento general. La “lucha religiosa” que ahora era monopolio del hombre que sólo pretendía y luchaba por erigirse como su propio Dios. ¡Los globalizadores pensaron en un poder ilimitado que ya sentían poseerlo, pero en forma impersonal!

– ¿Cómo dominarán a los rebeldes de este proceso globalizador? Preguntó Adelfo, el griego, a John Mackison, el gringo.

–Fácilmente –respondió éste–. Con la represión universal de un tribunal supremo global mundial que juzgará por todo a todos; su jurisdicción será sideral; en consecuencia, el acusado o condenado no podrá huir pues cualquier región lo entregará ante el temor de verse aislada por la sanción severa al no entregarlo. Esa sería la primera forma concreta de dominar; la otra trascendente y efectiva, será el aislamiento económico total a la persona o nación que no acepte las directrices de las cuatro regiones del mundo: se le cerrará su tarjeta de vida y todo vestigio de crédito o ayuda, no contará con mercados, ni tendrá un lugar en los foros económicos; esta sola sanción sin otra ley o fuerza de violencia, da al dominio globalizado el poder sustentado en el temor de su acción más eficiente: el aislamiento tecnológico total.

– ¿Eso es todo? –preguntó el griego Adelfo.

–Quieres más? –Respondió Mackison–, te lo diré: el ejército global contará con tal poder y sofisticación integrada, que su sola presencia someterá a cualquier pueblo con armas paralizantes de la voluntad y el movimiento.

–Bueno– comentó el ruso Yuri–, no nos preocupemos, al final para ese año de 2326 no estaremos en este agobiado planeta ninguno de los tres.

Mackison rio, para decirle con pasmosa seguridad: –El pronóstico de esas proyecciones señala que todo esto podrá suceder muchísimos años antes. ¡Qué les parece! Todos rieron irresponsablemente, la acción individual, comunitaria y colectiva había muerto dando paso a la acción computarizada impersonal, la democracia muerta ante el abuso fundamentalista y radical del capitalismo: la globalización total, esta se había estructurado para enterrar la esperanza social del planeta.

LOS PEÑONAZOS DE LONCHO

La conversación con Antonio se extendió. Estábamos en un banco de la plaza de Santiago de la Punta donde el conjunto municipal tocaba en retreta de música popular alegrando la noche. Hablaba con Antonio de los misterios de la noche de unas piedras legendarias. La piedra ha sido depositaria de adoraciones y veneración por los pueblos del mundo. Los indios precolombinos, Mucus merideños, sentían por la piedra gorda (grande) una inclinación reverencial, en el páramo andino venezolano una gran piedra llamaba a la adoración.

El respeto que proyecta una piedra colosal, gigantesca, atravesada en un abra que recorrió tal vez dando saltos, acompañando a un brioso río de montaña, resulta imponente y da sin duda una sensación de poder con la remembranza de haber sido colocada allí, hace miles de años, por una energía y fuerza ahora ausente que no percibimos: todo tal vez, la rodeo de mayor misterio y la hizo más reverenciable en su origen y recorrido mostrando una redondez exquisita del pintor Botero como si fuera un canto rodado de gigantes. Así recordamos una en el camino que trepa a Gavidia? En Mucuchíes, Venezuela.

Antonio habla de la misteriosa y chilena Isla de Pascua: la Isla Rapa Nui se le llama en lengua polinesia, su vida es tropical, me dijo Antonio, y agregó: –Es el lugar más aislado de la Tierra, está a 3.760 kilómetros de la Sudamérica, de Chile, y a 7.000 kilómetros de la Polinesia en los mares del sur. A cinco horas de vuelo de Santiago de Chile, su magia es alucinante llena de misterios que se palpan en el aire y en secuencia de volcanes.

Esta isla es poseedora de los famosos Moais, gigantescas esculturas en piedra, ellos son los que generan el rosario de incógnitas que los envuelven. Cada Moais pesa muchísimas toneladas, puede haber miles de ellos colocados en diversos lugares de esta isla de 400 kilómetros cuadrados, crean por esto un ambiente de misticismo evocador de una extraña contemplación. Los Moais fueron tal vez tallados en la cantera y desperdicios del volcán Rano Raraku y están colocados individual o colectivamente en largas filas de quince o más Moais. Pero lo insólito y misterioso es que nadie sabe cómo fueron transportados desde la cantera del volcán a los diversos y distantes lugares de la isla donde están esculpidas las piedras colosales en forma de hombres, de barrigas discretas y ojos profundos. El origen de los Moáis, desconocido, los hace ser mucho más grandes y pesados de lo que son. Hay un Moáis de estos en la ciudad de Santiago de Chile que contemple largamente sumido en estos recuerdos ancestrales e impenetrables. Hablábamos después de las bolas de piedras gigantes, perfectas y de todos los tamaños. Hay cientos de ellas en la República de Costa Rica, fueron descubiertas en 1930 en un lugar llamado Los Platanales, su origen es también desconocido, otro enigma, esto y la absoluta perfección de su redondez las hace uno de los

grandes misterios del mundo. Las hay realmente inmensas y de otros tamaños menores, su superficie es similar a la de la piedra granítica martillada. Representan con nitidez la perfección como cuerpo geométrico que acompaña a la esfera, acercándola por esto a Dios. El museo de San José de Costa Rica guarda una bella colección y muchas casas de la ciudad la enseñan en sus jardines.

Entonces recordé a Loncho y sus guarataras* y decidí contárselo a Antonio, confortado por haberse minimizado en mi recuerdo la severa angustia que Loncho vivió el resto de su existencia con la persistente evocación de los peñonazos vistos y sentidos allá en la vieja hacienda, en el potrero que auxiliaba los agobiantes momentos de encierro de las bestias de la finca de Alto Chama en Santiago de la Punta, el lugar de tabaco y chimó** de Loncho y que hoy ocupan en parte las casas de mis hijos.

Estábamos un poco más allá de la mitad de los años cincuenta del siglo pasado. La hacienda se dedicaba al cultivo de la caña de azúcar, café y algún fruto menor para consumo interno. Habían unos potreros para las bestias de carga de esos productos: la misma caña y la panela o papelón y el café. Loncho era algo así como jefe de aquel ecológico transporte, conformado por unas ocho mulas y dos yeguas burreras –como yeguas burreras eran conocidas las hembras del caballo que se unían a un burro, es decir que toleraban con facilidad su monta–. Loncho podía tener 48 años. Era bajito y debilucho, de babeados bigotes que jamás habían sentido el esmero de un cuidado especial, estaban colocados como hilachas sobre sus labios. Los pantalones de Loncho no sólo tenían remiendos y parches de otras telas, sino que parecían hechos en una estructura enredadora de costuras y cosidos artesanales que semejaban más una excelente obra de retazos para hacer “collage”; a esto se agregaban las manchas del plátano verde que salpicaban aquel singular rompecabezas de tejidos, los amarraba con una cabuya que organizadamente pasaba por las trabillas del pantalón. Y... hubiera dado envidia a los jóvenes “calzones rotos” de los dos mil doce. El color de Loncho era de un blanco rosado que se marcaba más en su cara de niño lampiño, los dientes estaban severamente manchados en ocre por la erosión del chimó y su barba lampiña y anárquica en sus escasas ubicaciones de pelos.

Loncho dirigía su “división de transporte” con brillo y competencia. Picaba dos veces al día el cogollo cañero para las bestias manipulando su machete filoso con habilidades guerreras sustraídas tal vez de sus ancestros del siglo XIX. La valona en las crines era una tarea que Loncho cumplía disciplinadamente cada tanto tiempo bajo la auditoría del mayordomo de la hacienda, pero lo que no tenía nombre en la actividad de Loncho era su forma de amansar las bestias de carga.

* Nombre de piedras usado en Venezuela.

** Producto de la sal de Urao que se mezcla con tabaco líquido y forma una masa marrón oscuro que se coloca dentro de la boca, como estimulante y vicio.

Ubicaba un rincón oscuro de las caballerizas donde situaba al animal cerrero, a éste le amarraba juntas las dos patas traseras. Si la rebeldía y forcejeos del rudo animal no lo permitían, Loncho lo inutilizaba en amarre consigo mismo: la pata delantera hacia arriba formando un ángulo para separarla del suelo donde se apoyaba; de este modo dejaba a la bestia sostenida en tres patas y ésta evitaba moverse “para no caerse de culo” –decía Loncho dominador y seguro de aquel bárbaro escenario –él me decía que era heredado de los abuelos de la hacienda.

Al ver reducido el animal a esa absoluta docilidad, Loncho le comentaba cercano a la oreja: –“Coño, a ti como que sí te gustó, ¿No?”– Y soltaba una risita burlona; entonces procedía al “adiestramiento” con su método de amansar: le colocaba hacia las cinco de la madrugada una carga de piedras de cercado puestas en costales sobre aquel lomo, carga que le dejaba por unas ¿seis horas?, pasadas las cuales la descargaba y sacándolo al patio intentaba hacerle el aspaviento de cargarlo con caña; si el animal se resistía, Loncho lo devolvía diligentemente al rincón escolar de “doma” para repetir por otras horas el brutal entrenamiento. –Casi nunca debía hacerlo más de tres madrugadas –repetía ufano de su eficiente yugo que debilita al animal.

La destreza de Loncho para manejar la carga y los animales era reconocida unánimemente en el pueblo y su paso por los caminos se detectaba con facilidad por los escupitajos de chimó que él consumía bárbaramente y que permitían seguir su rastro pardo oscuro por los suelos y rincones de la hacienda.

La salida desde la casa de peones al fondo de la hacienda, se hacía por un pequeño patio ubicado entre las caballerizas y la cocina de los peones. Se salía entonces a un potrero de descanso breve para los animales, que apenas permanecían en él, poco tiempo ya que no contenía pasto suficiente para mantenerlos. Más arriba del potrero, había un entable de caña muy tupido que separaba el área de la casa principal de la hacienda del pueblo de Santiago de la Punta, uno de los lugares de nacimiento de la Mérida venezolana. Ese entable tenía refugios increíbles para un niño o para un peón que quisiera irse allí a “echar el gallo”*, costumbre perseguida por mayordomo y los caporales de la hacienda, pero victoriosamente repetida por los obreros. Los niños encontrábamos en ese amplio espacio sembrado un cequíón repleto de peces; una trampa del mayordomo para cazar patos salvajes llaneros de temporada, llamados *guariríes* que más que dar alimento, daban lástima, pues sus largos vuelos de temporada los dejaba flacos y extenuados; esa trampa tenía permanentemente 10 o 12 patos “pitadores”, (yaguasas pico rojo) que llamaban silbando los incautos patos recién llegados a la sierra desde el llano. La trampa tenía encima un tejido de alambre

* Perder el tiempo en el trabajo, fumando, hablando, descansando o poniendo a carear y probar un gallo de pelea.

liso con la forma de un tablero de ajedrez, cada cuadro podía tener unos quince o veinte centímetros por lado; su suelo era una charca que sólo requería cuatro dedos de agua cuya única misión era reflejar la luna o la luz en ella; así el agua atraía la atención –ayudada con el graznido de los pitadores– para los patos forasteros recién llegados que se zumbaban a la trampa con las alas plegadas a su cuerpo, semejando torpedos o cohetes cayendo veloces; y pasando fácil los cuadros de alambre de la trampa con asombrosa y rápida destreza, pero al extender sus alas de nuevo para intentar abandonarla y remontarse, volando con las alas ahora desplegadas éstas tenían un diámetro mucho mayor a los cuadros de alambre, chocando con esta, y cayendo de nuevo al charco de su suelo. Alguna noche vi trampear, como decía el mayordomo propietario, hasta 250 patos *guariríes* cuyo desnutrido peso, pienso ahora, no remontaba los 200 gramos. En el mismo entable de caña y el potrerito, había grandes árboles de sombra que permitían a los niños construir casas y escondites en ellos y una pista sensacional para el despegue de cometas y ocasionales partidos de fútbol, era un área infantil apetecida y rica en vivencias.

Para los peones, el área era igualmente anhelada para rápidas y ocasionales siestas a la sombra por su cortísima distancia del trapiche, centro económico y laboral de la hacienda, donde las tientas de gallos eran diversión interminable, por eso “echar el gallo” era sinónimo de distraerse en horas laborales. Toda esa extensa área de cultivos y servicios estaba en su culata pegada al pueblo, por lo cual exigía un resguardo y celo especial para evitar intromisiones y sustracciones. De manera especial la cuidaba el caporal además por estar allí aquella productiva trampa–patos. Los eficientes equipos de vigilancia de ese protegido sector de la hacienda lo componían: Loncho, en recurrente ir y venir por el camino adyacente, bien fuera en su labor de caballero o bien como “jefe de transporte” y residente privilegiado de la hacienda; Perlatino, jetón de labios muy grandes, y desordenados y anárquicos dientes colocados como indisciplinados granos de mazorca; éste era el fondero* titular y el mejor y más productivo comedor de chimó del que se libraba en sus viajes camino del trapiche para depositar allí los succulentos escupitinajos, de la mezcla del tabaco; los peones que visitaban la cocina procurando un buen tabaco o café bien caliente, acicate de sus esfuerzos y finalmente Genoveva, quien en la cocina de los peones desde la ventana sobre el fregadero, oteaba en vigiliadas de curiosidad los alrededores del camino y el extenso pedazo cultivado. Estos eran los custodios ad–honoris de aquel singular y celado sector obrero de la hacienda que yo tanto visitaba.

Otro sector económico y social de la hacienda era el patio del bagazo. Allí tenían lugar las tardes sociales; al soltar los peones, sus tertulias se prolongaban

* El que se ocupa de hornos y calderas en un trapiche.

una o dos horas después de su salida que era hacia las cinco de la tarde y los sábados al mediodía. Los sábados, los primeros tragos de miche andino –aguardiente–, eran en ese lugar, y con el salían de allí los chismes o los comentarios de las nuevas o mejoradas muchachas recogedoras de café, las ilusiones amorosas nacían y morían en aquel patio del bagazo; allí Loncho prolongaba con la mula asida al bozal que él sujetaba largo rato para atenerse a su horario y poder hacerse parte al mismo tiempo de los comentarios, pues de irse a las caballerizas la soledad sería su compañera.

La rutina jovial de esta parte de la hacienda era sincronizadamente precisa. Un día cuando ya había oscurecido, Loncho ingresaba por el camino de las caballerizas cuando sintió arriba de la orilla del potrerito que dividía el entable de la caña cuya culata daba al pueblo, un sonoro y seco golpe en el suelo. No vio a nadie y él creyó que lo espantaba algún fantasma a pesar de la temprana oscuridad; se reponía del susto cuando sintió un segundo golpe seco y muerto, pero que evocaba un peso muy especial: caía sobre el terreno con hojarasca tembloroso por mojado, de la soca de la caña como si un cuerpo saltara de una pared al suelo. Loncho se detuvo de nuevo, decidió entonces amarrar la mula e ingresar al cañaveral machete en mano para ampliar la averiguación y encontró la causa: dos enormes piedras, mejor que eso, peñas o peñones, pues eran piedras muy grandes y toscas, sin estar esculpidas por el agua ni moldeadas en zafras de lava. Los enormes peñones lo impresionaron no por su tamaño en sí, que conocía de sobra, sino por la intriga inmediata que le causó el pensar con qué instrumento habían sido lanzadas, pues no concebía poder hacerlo con la fuerza totalmente limitada para ello de un hombre distante de allí.

Seguíamos en la plaza, habíamos reunido más gente Antonio escucha impávido. Loncho sólo se intrigó mucho, meditaba sobre lo anterior, cuando un tercer peñonazo cayó a escasos quince metros de él, desde el entable del sembradío de caña por encima de ésta, –contaba– entonces si se alarmó mucho más y fue mayor el susto, pues le pareció sentir y ver su recorrido aéreo y distante; se fue al patio del bagazo. La reunión social de la hacienda ya había descendido, apenas quedaban el mayordomo y Perlatino: contó los hechos a los dos con gran aspaviento y detalle y ellos muy incrédulos acompañaron a Loncho al lugar, éste les enseñó los peñones y ellos pudieron comprobar lo que Loncho relató: –“Esas piedras, Loncho, –le dijeron– las puso alguien allí, ningún hombre tendría la fuerza para lanzarlas o traérselas solo, salvo que utilice una catapulta”...

El mayordomo explicó a Loncho y a Perlatino lo que era una catapulta. Loncho defendió su verdad, lo que él había podido comprobar con certeza, la idea de lo sucedido no se modificó y decidieron irse del lugar con gran confusión y desconcierto, más para Loncho que para los otros.

Loncho apenas probó un guarapo caliente y se fue a ver sus mulas y yeguas, pero no pudo evitar la poderosa curiosidad que lo embargaba en horas desveladas de catre en la madrugada, se fue directo al lugar de los peñonazos. Comprobó que el potrero muy pastoreado, no tenía nuevas peñas, atravesó la caña y fue hasta la trampa de los patos *guariríes*, les echó maíz y regresó al establo abandonando aquel corral. Un poco después, se acercaron el mayordomo y Perlatino para indagar novedades; se podía ver que estaban igualmente algo intrigados e inquietos por lo sucedido a Loncho.

El día transcurrió sin novedad. La mañana diligente trajo el olvido de los enigmáticos peñonazos, que ya Loncho, esperanzado de soluciones, empezaba sutilmente a cargarle a cuentos centenarios del diablo. Cumplió sus traslados de caña de azúcar y café desde todos los puntos de la hacienda. En la tarde, el mayordomo visitó el área de Loncho para señalarle que lo esperaba a las siete de la tarde, lo acompañaría en aquel camino para observar el fenómeno inexplicable de las peñas, y así fue...

Ya se acercaban las ocho de la noche y la oscuridad se extendía más negra, invadiendo sin mayores delicadezas la caña y el café y las ínfulas de precaria iluminación en el pueblito adyacente que acariciaba pretensiones ciudadinas con fugaces bujías de energía, cuando amparado por la noche cayó el primer peñonazo. El mayordomo enfocó el suelo recorriéndolo con la luz de la linterna, pudieron ver entonces el nuevo peñón semihundido en el blando y barroso lugar, próximo al cequión que daba agua a la casa central. De inmediato, enfocó el corral y luego el sembrado de caña; el silencio era total, no se movía una hoja y el ruido de la hojarasca seca en el suelo no se escuchaba, caminaron más cerca de la caña y llegaron hasta la trampa de los patos. No había nadie. El mayordomo miró entonces con gran confusión a Loncho, quien ya con no disimulado terror celebró reído la comprobación de su verdad.

El mayordomo le indicó: –Debemos ir en busca de Don Liborio a la Aldea de Zumba.

–Ese hechicero dijo, es peligroso, no es hechicero, es un brujo, he visto que camina en medio de la lluvia y la ropa no se le moja.

Habían transcurrido dos noches más, Don Liborio ya enterado del delicado caso de la caída de los peñonazos, se acercaba más a la casa grande, que desde la cuarta noche del extraño suceso se había extendido: la última agresión realizada con el lanzamiento de piedras sobre el techo de tejas de la casa grande piedras menores pero destructoras de las tejas. Liborio tomó una decisión solemne que dijo había consultado a San Benito el santo de los negros y explicó el remedio parsimonioso. Les dijo: –“Hay que materializar este hechizo que es espiritual” y contra todos ustedes.

El mayordomo preguntó: – ¿Materializar? ¿Qué es eso? Don Liborio, ¿cómo lo hago?

Entonces Don Liborio pomposo y jactancioso con desplantes de sabio, dirigiéndose al mayordomo y teniendo a Loncho y a Perlatino como testigos, dijo aparatoso y solemne quitándose un viejo sombrero de paja bien tejido y usado: – Usted– se dirigió al mayordomo–, recogerá un poco de agua bendita de la iglesia, y con una rama de pino la esparcirá por el lindero del sembrado de caña con el potrerito de las mulas; luego colocará en tres lugares distintos de ese lindero tres piedras blancas de canto rodadas buscadas en el río, y después velará en la noche con la escopeta de doble tiro, morocha, cargada con cartucho de munición pequeña; al caer el primer peñonazo hará usted el primer disparo a la altura de la cintura y hacia la caña del entable, debe sentir, eso sí, el ruido de los perdigones desplazándose dentro de las hojas secas de la caña. Escuchado esto, hará el segundo disparo y cargará la escopeta de nuevo para que espere armado la llegada del otro peñonazo o las piedras menores sobre los tejados. Repetirá la operación tres noches si fuere necesario. Si cesan los peñonazos y piedras, el hechizo está muerto... concluyó salomónicamente.

El mayordomo, Loncho y Perlatino se miraron confundidos; pero en diez días estaban plenamente convencidos de los poderes sobrehumanos de Don Liborio. Los peñonazos no regresaron jamás...

Pasados los años, el mayordomo recordó el susto de los peñonazos de Loncho, pero la fe en Don Liborio apagó milagrosamente su ansiedad al recordar que él todavía estaba en la aldea Zumba. Loncho terminaba su relato diciendo: – “Pa” bachaco, chivo. Ese Don Liborio sí es lo que se dice un hombre bien sabio y jodido”... nos repetía a todos.

LA LEPRA PARAMERA

Con Benedicto, un día cualquiera de temporada, habíamos subido junto con los hermanos Carreto, Raúl y Alecio y José de Jesús a la laguna “La Cabroncita” lejana de Tabay –en Mérida– a más de doce horas de camino al paso de las mulas; la laguna albergaba gigantescas truchas arco iris hasta de 14 y más kilogramos de peso muy deseadas por los pescadores del lugar, casi imposibles de pescar en aquel colorido y transparente cuerpo de agua, de colores variados que se mimetizaban con las luces del sol y de la luna, amaneciendo azulado alcanzaban los mediodía, en verdes muy variados y se escondían con la luna en ocre y negros transparentes y cambiantes. Una magia de colores naturales.

Los acompañaba Benedicto, un viejo habitante del páramo merideño, baquiano de sierras y parajes, conocedor incomparable del agua y del aire, veterano escalador y trepador de rocas y escarpados de sierra, de lajas inderrotables bajo troncos caídos que se transformaban resbalosos al ser pisados en un verdadero calvario golpeador de piernas y espinillas.

Por Tabay* se debía tomar un camino real que continuaba por algunas horas y conducía a diminutas aldeas y a casitas de páramo perdidas y repartidas con techos rechonchos que se ondulaban increíblemente como serpientes a voluntad del tiempo; de las tejas artesanales de arcilla, que tercamente insistían en prodigar a quien las habitaba resguardo y sequedad ante los diluvios de agua del páramo andino. Al término aquel camino real llevaba a una bella senda que penetraba el páramo a través de unas horas de sombra fría salidas del bosque húmedo, donde el paso de la cabalgata violaba estremecedor y misterioso silencio tapado por la bella oscuridad vegetal. Desde Tabay, la primera montaña para trepar la sierra nevada, se envolvía como un cinturón haciéndose del camino que allí se enseñaba alto y cercano al paso de un puente que lo unía al siguiente cerro, para seguir por una larga travesía y permitir vivir otra propia boscosidad contemplando al mismo tiempo un profundo zanjón muy hondo con rugidos de agua revoltosa en su fondo; andábamos entonces rodeados de grandes árboles que permitían vivir más el interior frío del hermoso bosque ubicado al otro lado del camino transitado.

Habíamos salido hacia las tres de la madrugada y esperábamos estar en las orillas de la laguna “La Cabroncita” hacia las tres de la tarde, y subir aquellas montañas casi impenetrables, cerros escondidos, lejanamente paralelos a la vieja y lejana carretera trasandina, o al camino que los acompañaba del lado opuesto paralelo a la Sierra Nevada de Mérida. Los escenarios obligaban a detener los

* Pueblo montañoso en Mérida, Venezuela.

caballos y las mulas para contemplar aquella naturaleza maravillosa imponente tupida de lianas, bromelias y orquídeas; repentina y ocasionalmente salpicada de rocas y grandes y pesadas piedras “gordas”. Una piedra colocada encima del camino que parecía anunciar espeluznantes aplastamientos por su frágil agarre, hacía más sombras sobre la senda transitada por varios metros, amenazaba eternamente al caminante al observarla insegura y casi despegada del sólido acantilado; estaba a un lado de esa travesía de la montaña que recorríamos, era gris, ciclópea, parecía lisa y grata al tacto como si un río sideral y milenario la hubiera esculpido en un rodar infinito, lejano y lento. Pensamos que en ella tal vez los aborígenes del páramo habían orado sus angustias con su más cercano dios sol, resguardándose en ella en noches, para sus pláticas con la diosa luna pues la inmensa piedra aparentaba ser frágil y peligrosa gruta sobre el camino.

Las horas pasaban sin darnos cuenta. Cotorras, pericos y loros montañeros chillaban estridentes seguidos del eco permanentemente de las múltiples abras que trepábamos y bajábamos casi verticalmente, en agobios de veredas empinadas para caballos y mulas; disfrutando del alborozo continuo de aguas que chocaban deliciosa contra piedras, en los arroyos y nacientes que contagiosos de vida atravesaban a cada paso aquella vía encantadora y larga que tanto nos embelesaba a todos.

Hacia la una de la tarde, se coronó la bella y dominadora cuesta de esa altura que nos colocó frente a la Sierra Nevada y su nieve tropical, contemplando la inmensidad de su descomunal y aglomerado volumen de roca gris y los escarpados que se multiplicaban con los ventisqueros más lejanos, todo un imponente templo natural que evocaba bruñidas remembranzas de eternidad cósmica que obligaba a subir los ojos ante aquel gigante pétreo y hermoso, que nos lucía tan cercano estando tan lejos de él.

Benedicto, con su saco de pertrechos y apoyo logístico liviano, seguía paciente en su mula torda al resto de la caballería; nos anunció lluvia para la siguiente hora. La altura se nos acercó más rápido en el último rato de travesía menos empinada.

Un árbol gigantesco de grueso tronco, apareció en el centro de un zanjón profundo hojoso protector de por lo menos tres manantiales; estaba lleno de la barba de palo andina, que densamente parecía ahogarlo con la profusión de su presencia. Benedicto lo señaló como un punto de encuentro de varias trochas y caminos parameros. –Es un lugar de referencia, en caso de perdernos –y agrego aquí se inicia el territorio del páramo escarpado de vegetación baja.

Hicimos allí otro descanso, para tomar agua fresca y muy fría en un manantial de musgos cercano, estiramos las entumecidas piernas y contemplamos imponentemente, casi al alcance de la mano, el piramidal pico distante, era el Pico Bolívar, cubierto de nieve tropical y eterna. Parecía un gigante de roca que

se asomaba detrás de las copas de los gigantescos árboles de aquellos bosques de ensueño y vida que cubrían las dispersas lomas y cerros de tumulto de árboles que rodeaban al gigante gris de la sierra nevada.

Benedicto, en el descanso, nos hizo la saga de esa parte del páramo: – Aquí se vive mucho la naturaleza, pero no tenemos casi medicinas y la energía eléctrica sólo llega hasta el pueblo y es costosa.

Todos habían bajado de las bestias y rodeaban sentados en piedras el lugar de descanso escogido por Benedicto, quien se sentó sobre un tronco lleno de musgo húmedo y verde con olor a tierra fértil y mojada. Al poco rato, un enorme cachicamo salió del bosque para atravesar el camino en dirección al riachuelo; todos indagaron sobre él. Benedicto explicó que comían poco su carne, pues decían que era portador de la lepra... es un creer agregó.

–Hace ya más que menos años, nos dijo, mi nono sufrió mucho con la lepra que cundía estos páramos: es una enfermedad muy arrecha y cruel que sacrificaba a los hijos y los hace intocables, repudiados por el pueblo. La lepra trae entonces soledad eterna –agregó Benedicto.

Alecio intervino para agregar: –La lepra es una enfermedad de muchas leyendas, ¿no es así, Benedicto? –dijo dirigiendo al activo campesino y baquiano que nos acompañaba, y agregó: –Es bíblica, milenaria, muchas otras enfermedades se asociaban con ella aunque no fuese cierto, algunos trastornos de ella o de sus “asociados” se han considerado castigos divinos, mezclándolas a un estado de pecado. Como también sucedió con las grandes enfermedades del hombre. Como la peste negra, la lepra vino desde Asia y la India buscando el Mediterráneo. Hoy es más escasa, dicen que se vigoriza en el hombre por una alimentación deficiente.

Alecio continuó sus curiosos relatos, mientras todos descansábamos: –La lepra carcome la carne, no sólo agrede los nervios, también se come aniquila los ojos, devora y ahueca la nariz y acaba las extremidades, decolora la piel, acaba párpados y labios, su presencia es repulsiva, por eso los viejos le tenían pavor, y al enfermo se le enviaba a lugares lejanos. El leproso acusa una inmediata falta de sensibilidad en su tacto y sus carnes lucen podridas, agrego.

–Eso sí que es verdad –interrumpió con propiedad el veterano guía y campesino Benedicto–, el enfermo puede coger un tizón o puyarse con una aguja y no lo siente, sólo sabe que esto le sucedió al salir la ampolla o la sangre. Eso sí es verdad, yo lo sé... repitió convencido Benedicto.

José Jesús que había estado callado, dijo: –Lázaro, el mendigo leproso del Nuevo Testamento, estaba cubierto de llagas, de allí viene el nombre de Lazareto.

–Sí –respondió Alecio–, Lázaro fue resucitado por Jesús, era el hermano de María y Marta, de Betania, un leproso legendario.

–No, viejo –respondió José Jesús–, ése no es el Lázaro leproso, es el otro Lázaro el gran amigo, junto a sus hermanas, de Jesucristo, el Lázaro leproso es otro, es aquel mendigo llagoso que Jesús llamó también Lázaro y lo asoció con la lepra y con las llagas.

–No lo sabía –respondió Raúl. Y agregó: –Recuerdo en mis tiempos de colegio las anécdotas sobre el Padre Damián, sacerdote jesuita católico, que por convivir auxiliando a los leprosos contrajo la enfermedad que es muy pegajosa.

–Debe ser terrible este mal –repuso José Jesús– que se agrava más por lo contagioso que es.

–Ya es tiempo de continuar –dijo levantándose Benedicto, y sostuvo los caballos y mulas para que los montáramos. Falta ya poco, la laguna de La Cabroncita está después de ese filo de allá, del segundo, dijo señalando.

Demoramos mucho en llegar, pero mirando el lugar ya precisado a donde nos dirigíamos, se recuperó la paciencia perdida en tantas horas de camino.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando bordeando ya la laguna de la Cabroncita vimos de lejos el boquete negro de lo que parecía una inmensa cueva. Benedicto dijo: –Es la cueva grande, está encima, y con vista total a la Laguna.

Las largas horas de la jornada ya habían domado al grupo, alcanzando la amistad inmediata que generan aquellas soledades colosales donde el silencio majestuoso y conmovedor reúne socialmente al hombre. Habíamos llegado a la laguna “La Cabroncita” a la hora prevista; el lugar era una fantasía natural indescriptible. Benedicto, diligente, se apresuró a llevar a la cueva acopios de leña seca y hojas de frailejón que procuraran más calor para todos. Sacó sus ollas y sartenes y lavó con paciencia los cubiertos para la cena en el lugar donde salía el agua de la laguna que hacía su nacimiento; ordenó los platos en una especie de rincón cocina que arregló “sofisticadamente”, mientras los demás intentábamos fracasadamente pescar alguna de las pocas e inmensas truchas que poblaban las aguas de la bella laguna; éstas se habían mostrado indiferentes a nuestra llegada, nadando lentamente haciendo vueltas circulares alrededor de la hermosa y profunda masa de agua, como esperando la presa que debía llegar y despreciando las nuestras variadas, tentadoras pero artificiales.

Con gran dificultad, al sostener las tazas, Benedicto nos llevó un café casi caliente, enfriado en la distancia de llegar hasta la orilla de la laguna donde todos tratábamos de pescar.

Después, regresó a la cueva para disponer la cena pues se acercaban ya la noche. La cena de Benedicto fue excelente para el hambre que nos acosaba: unos huevos revueltos hechos por él, algunas amasadas arepas de harina también hechas por él en su lejana casa de Tabay, trozos de queso ahumado de páramo que corto diligente y un delicioso lomo embutido paramero, acompañado todo de

una rica y fresca mantequilla y nata, elaboradas en casa de Benedicto, todo acompañado con un buen chocolate andino preparado por él.

Benedicto era callado y taciturno, pero excesivamente diligente. Sus ojos estaban muy enrojecidos y alterados, nosotros pensamos que por el inclemente humo y las brasas del fogón sin chimenea de las casas parameras; su nariz daba la sensación de que había sido cortada en alguna oportunidad de duelo a cuchillo, numerosos en ese páramo, pues también le faltaba media oreja derecha. Su ropa estaba llena de remiendos; usaba alpargatas que lo hacían ver más resistente al frío que congelaba el lugar, pero en su pie izquierdo, llevaba un trapo blanco y sucio que lo cubría todo el tiempo y totalmente: pensamos que alguna herida envolvía densamente la punta de su pie.

Benedicto tenía unos 60 años. Salía de la cueva donde incesantemente preparaba la comida, servía café y usaba siempre unos anteojos negros que protegían con una coraza de plástico totalmente sus ojos; alguna vez que los demás lo vieron sin su trajinado y torcido sombrero, descubrimos en él una calva incipiente, o mejor que eso, unos dispersos lamparones claros de pelo que se hacían acompañar en algunos lugares por un pelo gris rosado más denso y abundante.

Benedicto le había tomado confianza al grupo, habíamos permanecido ya dos noches en la laguna tratando de sacar una de aquellas gigantescas truchas arco iris fracasando totalmente en los esfuerzos. Lo que más nos intrigaba de él, era que tenía en su mano derecha un garfio pulido de tanto roce, similar al de los soñados piratas de los cuentos infantiles, por eso lo llamaban “mano e’garfio”; su garfio arrancaba de una media naranja de acero que suponían protegía su muñón y desde allí salía soldada una cabilla de las usadas para construcción, que se doblaba a manera de anzuelo afilado de punta esmerilada; todo lo usaba con mucha destreza y habilidad, lo que plasmaba la idea de que poseía una curtida cultura de garfio. Todo un personaje misterioso y callado envolvía a Benedicto, el trabajador cocinero, “mano e’garfio”, un simpático y veterano asistente andino.

Insistimos en la laguna, con horas de anzuelo y fe que no habían desalentado la voluntad de los pescadores, pero la tarde oscurecía para hacer posible la suerte de observar algún venado paramero, o un conejo enredado entre los frailejones y, en el mejor de los casos, ver a “la madrecita”, una mujer solitaria semejante a la llorona llanera, que atormentaba los páramos con quejidos insoportables llorando a su hijo muerto en la guerra federal, decía Benedicto. Habían esperado noches para verla, o al menos con la lejana esperanza de oírla, pero “mano e’garfio” decía que no se aparecía “la madrecita” cuando los que estábamos queríamos intensamente verla, sólo salía en los caminos o campamentos cuando sus ocupantes acusaban el pánico de pensar en encontrarla;

en este caso nuestro deseo de verla todos, impediría su anhelada aparición en ese momento, repetía incesantemente Benedicto.

Serían ya las nueve de la noche, llegada con la semioscuridad de velas y linternas, cuando Alecio discurrió para agradar las atenciones del gran Benedicto, “mano e’ garfio” y le interrogó sobre la pérdida de su mano y la construcción del garfio artesanal tan bien elaborado y llevado.

Benedicto le respondió: –El garfio, muy bueno por cierto, me lo hizo a la medida un primo herrero, no me costó nada y me lo puso ansina –y señaló un hábil y sujetador corraje.

– ¿Y la mano? –Insistió Alecio– ¿Cómo la perdiste?

Benedicto contestó serena y absolutamente imperturbable: –La mano me la tumbó la lepra que me acompaña ya por tantos años y que me deshizo y rompió también mi nariz, haciéndome insensible a la candela. Y diciendo esto, tomó un carbón encendido del fogón con su mano izquierda –Ahora estoy más aliviado de mi muñón y supuro mucho menos pus que antes –agregó.

El silencio se hizo agobiante y denso, sudorosos todos deseábamos ahora conciliar el sueño y regresar pronto. Benedicto continuó removiendo los carbones del fuego encendido para que el calor no se disipara, con su diestro y experto garfio de cabilla... nos dormimos pensando con angustia en lo vivido y comido gracias a la eficiencia “manual” del gran Benedicto que todos muy angustiados recordábamos las tareas de Benedicto quien frente a su lepra cruda y las intensas supuraciones de esta, con una gran responsabilidad hacia sus platillos para la cena y amasaba sin complejos la masa bien acabada de las arepas de trigo y maíz, los demás manjares y chorote (chocolate) con que nos alimentó en buenas sazones para todos.

CINTURON DE CASTIDAD Y BURKA

María, con unos ocho años de edad, escuchaba atónita el relato que su padre le hacía al tío Andrés, al cual le entregaba la niña para que se la llevara a Inglaterra donde se educaría. Estaban en el recibo de su pequeña casa en Cervo al norte de la península Ibérica, origen milenario de la familia y donde María, última hija de un matrimonio ya viejo que había procreado tres hijos; era la única hembra. Hablaban de anécdotas, leyendas y creencias rígidas y rancias cimentadas como roca acantiladas en los siglos.

–El patriarcado que la modernidad comenzó a llamar intensamente “machismo”, existe en la mayoría de los rincones de este planeta –dijo el tío Andrés– desde el mismo inicio del hombre. No es coincidencia que Adán fuese varón y que de su costilla segundona saliera Eva, ni tampoco saber que ellos procrearon sólo tres varones conocidos y ninguna hembra. La mayoría de las religiones protegen la dirección y conducción del varón, esto se fundamenta en razones hegemónicas del patriarcado, que supera al matriarcado; éste sólo parece funcionar en algún rincón extraño y recóndito de África o los mares del Sur en el mundo actual. El patriarcado no es debilidad en la selección, nace y se apuntala en dos esencias de fuerza: la caza y la guerra, las cuales ocuparon toda la atención e importancia de los primeros hombres; esas actividades reclamaban fortaleza, destreza e inteligencia, pero fundamentalmente fuerza bruta y en esto se basa desde aquel momento ya milenario: la imposición de la fuerza sobre la inteligencia en la conducción del mundo, en esto se apoya la idea de aquel hombre ancestro de las cavernas, comedor de dinosaurios: todo esto se vigorizó lógicamente por la voluntad y esmero de madres, abuelas, tías y hermanas que en dedicación exclusiva procuraron que los varones de la casa dispusieran de cuidados, atenciones, consentimientos y disfrutaran de una jerarquía “natural” y de un generoso e incondicional apoyo para complementar esa idea del machismo.

–Es cierto, Andrés –intervino el padre Josef–; han sido las mismas mujeres los grandes soportes del patriarcado; una mujer espléndida como nadie, me regaló el bello libro de Frida Kahlo, ejemplo de temple y reciedumbre: la recuerdo con amor, allí aprendí más sobre el machismo, agregó.

El tío Andrés prosiguió, sin que los grandes y negros ojos de María lo siguieran por el poco interés de los ocho años. –Sólo entre 1789 y 1792, la mujer joven institucionaliza el nacimiento del feminismo, una lucha coherente contra esta realidad; más que de sexo o género aquello fue de carácter político. El matriarcado, de hecho más socializante que el individualismo del patriarcado, es

débil en su esencia misma porque requiere del colectivo para imponer tareas y formas de vida. En algún rincón de las Islas del Sur, en las culturas de esos mares, en la Isla de Java, se desarrolla también en otro lugar, en Todas, en la India, se ejerce una poliandria donde la dinastía y estirpe se transmiten a través del linaje femenino, también en otros sitios africanos o en el norte de la América del Sur, los guajiros venezolanos corroboran una hegemonía del matrilineaje. Los aztecas reconocían hermosamente el aporte de la mujer a la sociedad, es por esta razón que las mujeres aztecas que morían en el parto, recibían los mismos honores que los hombres muertos en la guerra.

Leyenda, fantasía popular, o verdad brutal, el cinturón de castidad representa la más abusiva y aturdidora de las dominaciones a que se ha sometido la raza humana y aun cuando admitimos que en muchos casos fue leyenda o falsedad, no es menos cierto que sólo el habersele ocurrido imponerlo a alguien en el mundo y que su recuerdo ocupe importantes espacios en los museos de hoy, es demostración de un sometimiento total junto con la Burka, ambos son expresión clara de un machismo opresor, desconocedor de todo derecho al desarrollo pleno de la mujer, tan sólo aliviado por la horrorosa etapa de la esclavitud del hombre por el hombre mismo: el cinturón y la burka.

La gran diferencia entre los dos es que el cinturón de castidad es ya pieza de museo y la burka se impone y existe en los países fundamentalistas islámicos de hoy, sustentados su obligatoriedad de uso por los talibanes de Afganistán, en Sudán y otros lugares islámicos del mundo actual.

—La existencia del “machismo” sólo nos pareciera ser también responsabilidad del submundo hispanoamericano avalado por mariachis y aguardiente, que se hace imagen cierta, con tragos, guitarras y decenas de mujeres que acompañan y apoyan ese mundo de siempre. Desde que Colón arribó a las bellas costas de América. —María abrió más sus ojos, ahora sí atónita y subyugada por la plática del tío Andrés, que venía por ella para llevársela a Londres. — Había dejado de ser indiferente al diálogo; ese patriarcado acompañó la existencia de la esclavitud y las decenas de años que costó al hombre abolirla, la esclavitud osciló entre la intención legal de derogarla y la voluntad social de no haberlo hecho. — ¿Sabes por qué, Josef? —preguntó Andrés— por ser esto también un legado de los griegos y los romanos que la consideraron resultado más que normal y simple consecuencia de las victorias en la guerra y con ellas del sometimiento total, incondicional e ilimitado del vencido.

Josef se adelantó más al monólogo de Andrés: —De los griegos y romanos recibimos una herencia de luz, pero acompañada de la esclavitud del hombre y del hedonismo materialista que tanto nos ha insensibilizado ahora —concluyó Josef.

–Cierto, certísimo –agregó el tío Andrés para reanudar su relato. El patriarcado lo encontramos en la aceptación de Platón y Aristóteles y en la cultura poderosa y vigente, absolutamente paternalista por su prédica patriarcal que protege el monoteísmo.

–En la mitología griega, Calipso, hija de Atlas, vivía sola en una isla del mar Jónico, lugar donde naufragó Odiseo, ella lo tuvo por muchos años allí, pero a pesar de ofrecerle la inmortalidad no logró convencerlo para que se quedara a su lado y no regresara a su hogar, entonces el poder divino de aquella ninfa del mar, es combatido por el poder patriarcal de Zeus, quien da la orden de liberar a Odiseo, que prueba la razón del poderoso mito del amor pues ella muere finalmente de tristeza después de la separación de Calipso.

María, en silencio absoluto hasta ese momento, interrumpió al tío Andrés para preguntar. – ¿Y se puede morir uno de tristeza cuando nos separamos?

Su padre, Josef, le respondió muy apresurado –No hija, es sólo un cuento del tío Andrés, es sólo un cuento... insistió el padre.

Andrés prosiguió entonces: –Las bellísimas amazonas, también de la mitología griega, cuyo nombre traduce “sin pecho”, pues les era quemado y amputado el seno derecho para facilitar el manejo del arco guerrero, montaban magníficamente a caballo y eran aliadas de los troyanos; su reina fue asesinada por Aquiles, el más grande comandante “machista” de los guerreros griegos. En la legislación romana, el elemento patriarcal comprende lo político, lo económico, lo social y lo religioso; la mujer era propiedad del marido quien la representa y domina en el ejercicio de sus derechos para operar su dinero y la propiedad de sus bienes; el poder de las reinas se conduce a través del hombre romano y era legal y legítimo el trato discriminatorio que llega hasta hoy en múltiples códigos occidentales sobre la fidelidad, cuya existencia compromete los derechos de la mujer, jamás del hombre. Recordemos a Julio César, quien reformó la ley al tener a Cleopatra en Roma, legitimando la bigamia y protegiendo su amor por ésta y por el hijo de ambos, Cesarión.

–La milenaria cultura china, ausente de influencias “occidentales”, es un patriarcado robusto, crea la idea de dos fuerzas opuestas que procuran el equilibrio humano: Yan es lo brillante, lo seco, activo y celestial y lo masculino; y Yin que representa lo femenino, es lo oscuro, húmedo, pasivo y terrenal. El Renacimiento no da consistencia a un reconocimiento especial para la mujer, tampoco se lo dio la Revolución Industrial. La Revolución Francesa niega a la mujer el derecho de votar. Es en 1848, cuando un mundo sacudido celebra la convención de los derechos de la mujer. Hollywood entrega al mundo la imagen de una mujer sofisticada y Federico Fellini, explora la presencia existencial de la mujer más que todo en “un marco de erotismo popular”.

–Nuestro Dios, aunque no tenga género, se representa como varón. Adán “es creado a su imagen y semejanza”. Los dioses de la antigüedad son todos “machistas” –agregó Josef– unos pocos secundarios son femeninos.

–Así es –respondió Andrés–, Marduck reduce con su “mayor” poder a la diosa Tiamat, la mata, “y con su cadáver crea el mundo”, no se queda allí Marduck y crea al hombre de la sangre de Kingu, quien era el esposo de la diosa asesinada. San Pablo y el hinduismo ordenan a la mujer el sometimiento al hombre. Las religiosas monjas no podían conversar con hombres ni tampoco comer y reírse entre horas, los clérigos varones sí podían hacerlo.

María rio abundantemente y recordó que la tía Inés no hubiera podido ser monja, por su perseverancia en hablar, informar, precisar y departir y en probar esporádicos y continuos bocadillos a toda hora.

Andrés asentó al continuar: – ¡El 66% de los analfabetas del mundo son mujeres! Andrés ordenó a María que los dejase solos.

El cinturón de castidad en la edad media fue impuesto por cada hombre, algunos señalan que con motivo de Las Cruzadas, otros sostienen que la propia mujer en algunos casos lo exigía para protegerse de las violaciones. Cuando las mujeres iniciaban largos viajes, se auto colocaban el cinturón de castidad para protegerse del bandidaje que azotaba con excesos los caminos. El casi histórico Rey Arturo se protegió con él al presentir los apasionados amores de su esposa, la Reina Ginebra, con el caballero Lanzarote. Se dice de su utilización por el tirano de Padua en el siglo XV, y llega hasta el legendario Rodríguez de Vivar, el Cid Campeador, quien lo utilizó cuando desterrado, debió dejar a su esposa Doña Jimena. Otros asientan que se utilizó para evitar actos impuros de religiosos. Hoy en Gubbio, ciudad colocada en el centro de Italia, existe una empresa que desde hace muchos años fábrica armas y armaduras medievales, dicen vender al año mil cinturones de castidad de hierro, similares y copia de los que se exhiben en varios museos europeos. Hecho de hierro dejaba orificios para salida de flujos impidiendo accesos prohibidos y eras cerrado con candado cuya llave la tenía “el dueño” de la mujer vapuleada por su uso.

El cinturón de castidad como oprobio a la dignidad y violento salvajismo, se quedó atrás y palidece ante la ferocidad, en algún lugar del África, de un patriarcado degenerado y cruel que practica la ablación que es la mutilación genital femenina, la clitoridectomía, que se realiza como rito o por razones religiosas, también la infibulación (coser los labios mayores de la vulva) en algunos casos por comadronas, operación con dolores e infecciones mortales y cuyo instrumento de cirugía para coser son las espinas de cardón; permite el libre paso a los naturales fluidos femeninos; esta circuncisión sanguinaria, se practica hoy entre las tribus Malí, ocupantes de uno de los países más pobres y atrasados

del planeta; esta barbaridad en el tercer milenio, no es ni siquiera superada por la violencia bárbara y atroz del derecho de pernada aplicado en la Edad Media.

Los atropellos de la humanidad al derecho del ser humano no han terminado. La inmensa mayoría de los islámicos, son “secularistas”, es decir, poder y religión marchan separados, pero existen muchos otros que parten del Estado teocrático, política, religión y Estado unidos, manejando esta singularidad dentro de los esquemas de natural evolución del tiempo en el mundo, los islámicos fundamentalistas, son los radicales que obligan a la mujer al uso de la burka o buga. Algunos de esos dogmatismos se llaman los Talibanes; sus hombres son formados en las madrazas, escuelas rigurosas y rígidas que enseñan una radicalidad religiosa interpretada así por ellos, como talibanes “buscadores de la verdad”, el talibán dice ser “el guardián” de la mujer.

La burka varía en su diseño y color, varias forman modelan el “velo musulmán” que esconde a la mujer. Todos son vestidos largos y pesados que cubren cuerpo y cabeza, pero varían en la cara. La burka propiamente dicha cubre todo y deja solo una pequeña malla en los ojos. El Nicab es una variación que cubre toda la cara menos los ojos y el Hijab cubre el cabello y cuello dejando libre el rostro, este puede ser el más visto en las musulmanas de Europa y América, es el más “liberal”. Posiblemente, por ser lo único que podemos ver es que nos lucen más bellos los ojos de las islámicas.

María había regresado interesada en la conversación sobre la mujer islámica. El tío Andrés con inmenso cariño sobó su cabecita y la dejó sentarse de nuevo con ellos.

–La burka es totalmente voluntaria en la gran mayoría de los países islámicos no fundamentalistas; se acompaña con medias de lana, su tela es fabricada con lana de oveja, recordemos que en Afganistán, para marcar más este misterio en el desierto el calor del mediodía supera los 40° a la sombra. La variante de la burka es el “chador”, usado por las mujeres iraníes, más ligero que la burka pero de color negro, contrariamente al color de tonos azules de la burka talibán. Fue reimplantado por la revolución islámica iraní del Ayatola Ruhollah Jomenei, título honorífico elitista del fundador del partido republicano islámico. La burka quita toda idea externa del cuerpo de una mujer, sólo enseña, detrás de una trama muy tejida, sus ojos, sin conocer el color de su pelo o de su piel; su uso transforma a la mujer en un objeto intocable, la mujer es sólo conocida en el interior de sus casas, pierde así ella toda idea de subjetividad, estima y por supuesto singularidad. Al victimarla así, la convierte seguramente en violenta, pues pierde toda sensibilidad y se le vigorizan los deseos de “espíar y asechar”. Sus faltas son castigadas con palizas, su redención y liberación sólo es el suicidio; estos hechos por sí solos convierte al islamismo fundamentalista en lo más atrasado de las concepciones religiosas del género humano.

–La mujer dominada por el hombre fundamentalista, “debe procurar casarse para tener un hijo que la sepulte al morir”. El marido se lo impone sus padres, no puede estar sola con otros hombres si no está presente el padre o el marido. María miraba al padre y al tío con ojos saltones de asombro.

–En las calles, las mujeres son escasas. No pueden ir a centros de enseñanza, consultar un médico varón, ni salir de casa sin la escolta de un marido o de un pariente hombre que las “proteja”. No deben reír ni hacer ruido al caminar. La mujer recibe la mitad de la herencia a la que tiene derecho el hombre. El Corán autoriza al hombre para tener hasta cuatro esposas “pero si no puedes hacer justicia entre tus esposas entonces cástate con una sola”. Juri es una bellísima mujer de la que el Corán se ocupaba de manera singular, “eternamente virgen, cariñosa, y bella”: ella es el símbolo ofrecido a los creyentes varones cuando lleguen al paraíso.

Josef también aturdido, preguntó a Andrés quien había vivido por años en Teheran y Kabul, –¿Y cómo obligan a esas islámicas a todo esto?

Andrés le respondió: –Con la “Maruf”, la policía sagrada que depende de un Ministerio que protege “la virtud y previene el vicio”. Están también prohibidos para la mujer el cine, la TV, el Internet y la música; las mutilaciones como sanción o faltas son normales. Un nacionalismo dogmático y una carencia general de todo vestigio de bienestar son elementos en esos pavorosos espacios fundamentalistas. La guerra y la muerte son esperanza de redención humana para esos hombres y mujeres que se suicidan en actos de terrorismo, para alcanzar una eternidad feliz. O para encontrar a “Juri”, agregó sonreído Josef.

La hora de salida del tren a Madrid los apuró. María –quería su padre– iría a estudiar a Londres donde vivía el tío Andrés; estaría allí unos años para ampliar más su apretada y bella coquetería que ya se enseñaba los 8 años, ella quería ser médico-investigador, su padre quería después su regreso a España para forjar en ella la última etapa de sus valores éticos y morales.

Todos abordaron el auto que los llevaría a la estación, se había despedido ya de su madre, abuela y hermanas, pues éstas no podían acompañarla, atareadas como estaban en servir el almuerzo, preparar la ropa y el baño de los varones de la casa que debían salir a escuelas y trabajos.

María demostraba la intensa felicidad de irse a convivir con su adorado tío Andrés, junto a sus numerosos hijos. Eran sus primos ingleses.

EL ESTRÉS DEL LIMOSNERO

El título de metrópoli le había costado a Caracas la entrega de su humanitarismo que los pocos siglos transcurridos le habían concedido en comunión con el Ávila, el cerro que la silueteaba por su norte era parque nacional desde 1958, comprendía la serranía del litoral central venezolano del cual forma parte la Cordillera de la Costa. Junto a extraordinaria masa verde estaba para los caraqueños ya vividos, el intenso y antiguo romanticismo de la ciudad, plasmado en un bosque de más de 65.000 hectáreas poblado de una numerosa fauna de venados, pumas, jaguares, monos y turpiales que podían llegar hasta los bordes de la ciudad que se extiende hoy hasta la avenida de la Cota Mil, el límite del territorio ciudadano pretendiendo proteger el Parque del Ávila y señalar vialmente su inicio.

Su río Guaire, muy nombrado en la colonia, había muerto, pues le tocó pagar ensuciándose, la primera cuota de sacrificio que debe cancelar toda ciudad grande al escoger la vía del concreto que la divorcia irreversiblemente de la naturaleza que antes la ocupó con tejas de sus techos rojos y las paredes coloniales de tierra pisada.

Petare, Baruta, Chacao, Dos Caminos y El Hatillo, habían permutado su bella aldeanidad al canjearla por grandes y ostentosas edificaciones hijas del petróleo, amontonadas y poco planificadas; era el símbolo de la dureza de la nueva ciudad que se inició como urbe grande con ellos, perdiendo la dulzura de amar y amarse. Petare, desde su colina colonial que miraba al río, se había convertido, por el cambio demoledor de los años, en puerta de entrada desde Guarenas, el Tuy y las demás ciudades dormitorio, que distantes y en rutina masificada alimentan cada mañana y vacían cada tarde el contingente millonario de gentes que encienden el vigor y la fortaleza, ahora inhumano que se apoderó de la metrópoli. El viejo pueblo de indios de 1620 llamado Nuestra Señora del Rosario de Baruta, desapareció devorado por edificios y urbanizaciones que le robaron sus techos rojos igual que al resto de la ciudad. El pequeño Valle del Hatillo, cruce de caminos en el siglo XVIII, casi desapareció, salvándose algún pequeño centro poblado, con fantasías creadas por la sensibilidad destacada de quienes lo habitan y protegen al convertirlo hoy en uno de los pocos rincones provincianos y humanos de la Caracas que ha quedado. Los dos Caminos y Chacao fueron engullidos de tal forma, que apenas si algunos tenemos el viejo recuerdo de las granjas de hortalizas y pastizales que en los años cincuenta bordeaban a Chacaíto llegando por la calle real de Sabana Grande.

Caracas había cambiado sus techos rojos y caminos interioranos por el poder central oficial petrolero, vaciando de anarquía y deterioro sus áreas legendarias, pero sin contar con el talento visionario de solucionar sus problemas básicos de vivienda, orden, vialidad, agua y salud; así se secaron las esperanzas de aquella ciudad humana y hermosa, ahora asfixiada por una masa anárquica de viviendas de techos de aluminio que forman lo que pareciera ser una sólida y fraguada marginalidad repleta de miserias y olvido social que fue trepando sus cerros llenándolos de casuchas sin bienestar y sin esperanza.

De nada le valió a la ciudad el privilegio de tener en su norte el Mar Caribe, que contenía tan cercanos a los dos más bellos archipiélagos: Los Roques y Las Aves, su muerte como ciudad humana la remarcaba el Oeste, plagado también de esa ranchería que se eleva como monumento a la incapacidad estatal en incontables cerros y quebradas, esculturas de recuerdos angustiosos de pobreza que han venido creciendo inexorablemente, más desde 1958, y que es la expresión diáfana y mejor presentada de los severos fracasos políticos sustentados por un país que pareciera resistirse a morir mantenido sólo en flujo diario petrolero y millonario. Esos ranchos, vistos desde un avión que los sobrevuele, son de una conmovedora y angustiosa visión, no se esconden con vergüenza constante como algunas favelas en Río de Janeiro, sino que aparecen retadores y aplastantes en cerros elevados, esculturas a la miseria en recuerdo y ostentación menesterosa de este país petrolero y dilapidador, ahora en deuda con su gente desvalida y sin el desarrollo social negado por decenios.

El bello y trascendente desarrollo del centro de Caracas con la construcción de la urbanización El Silencio, obra del Presidente Medina, fue devorado junto a Parque del Calvario y Miraflores, por un centro de ciudad que en muchos de sus rincones se enseña como reducto sucesivo de libertinaje y claudicación total ante la pérdida de valores, donde reina la mugre, y la ley es letra muerta y acosada por el desconocimiento y una extendida corruptela oficialista que agrade diariamente a los demás permitiendo las tristes noches de los niños de la calle.

Esa ciudad, ya sin oxígeno social, era el lugar del diario acontecer de Jerónimo, un hombre de silencios y tristezas que conocía todos los rincones de la apretada capital venezolana, por haber estado en ella por más de sesenta años. Era delgado, más bien seco, su pelo estaba trasquilado y corto; que denotaba un deseo de comodidad, al igual que su larga y descuidada barba, su ropa raída y sucia lo enseñaba desde el primer momento para ejercer en libertad plena, la profesión que tenía desde niño: la mendicidad. Éste vagabundo, limosnero, caminaba arriba y abajo todo el día mirando el suelo, donde parecía querer encontrar alguna moneda mágica que solucionara su momento de vida pordiosera o, mejor aún, alguna colilla de cigarro que le diera felicidad en dos bocanadas de humo. Su recorrido diario era casi siempre el mismo, variando sus tránsitos mañaneros según fuera el

lugar escogido para dormir: la placita de paredes graníticas y rojas del viejo Banco Unión en el centro, la entrada del pasaje Zingg o los portales del Silencio. Cualquiera de ellos eran las residencias nocturnas de Jerónimo. –Bajo los puentes ya no puedo ir, pues hay mucho malandro y me roban lo que lleve– decía Jerónimo; “en lo único que he progresado es con el Metro cuyos túneles me permitieron escampar las lluvias agresivas” de la capital que parecieran transportar toda el agua del planeta Tierra anárquicamente para agredir la vida.

Despertaba con los primeros movimientos de la ciudad: los recolectores de basura, los proveedores de negocios de comida en el centro caraqueño y los barrenderos. Jerónimo comenzaba entonces su mendicante e interminable transitar hasta las ocho de la noche hora en que se retiraba “a su casa”. No tenía a nadie en el mundo, como a todos los mendigos sólo lo acompañaban recuerdos y nostalgias, uno era el de su hija que decía era alta, y se había graduado de Contadora Pública, él tenía veinte años sin verla, la última vez fue un día que la topó en la esquina de Catedral, pero ella se hizo la distraída para no reconocerlo a pesar de la transitoria insistencia de Jerónimo en mirarla a los ojos.

Jerónimo llevaba unos pantalones azules de grandes bolsillos que él llenaba con algunas menudencias de su entera propiedad: algunos trapos viejos, un pequeño frasco de mayonesa ya vacío que usaba como vaso de agua ambulante y un llavero medio corto con una llave que era su talismán y su esperanza por el recuerdo hermoso que de él tenía: era la llave del último cuartucho “rentado” que había habitado en los alrededores del Nuevo Circo de Caracas hacía ya, mucho años.

No se había podido quitar el vicio del cigarro; eran su mejor cosecha las colillas que recogían, algunas con más de medio cigarrillo, casi enteras. Eso sí, rigurosamente exigía fumarlas con filtro para “proteger sus pulmones”. Quería ser diferente, orgulloso, esto no le permitía recoger sobras de comida en los pipotes de basura de las areperas y restaurantes, sólo aceptaba algunas sobras dadas por algún mesonero de restaurante con que completaba su inseguro y angustioso día de alimentos, pero esto era esporádicamente, llevaba algún dinero para pagar cuando podía obtenerlo.

Sus zapatos eran esos blancotes que ahora usan los chamos* y muchos viejos, “los tenis”, similares a los antiguos zapatos de lona y goma para jugar básquetbol, pero estos eran inmensamente más grandes, aparatosos, estaban muy sucios, tanto que su color era ya pardo y sus cordones hilachas, soportados sólo por el volumen del pie de Jerónimo que los mantenía firmes y adheridos. El los cambiaba cada 4 o 6 meses, o cuando algún basurero elitesco de alguna zapatería, se lo permitía con algún número de calzado irregular desplazado por el mercado en ese mismo

* Chamos, en Venezuela, es sinónimo de muchachos.

momento; entonces botaba los viejos y se calzaba orgulloso los nuevos “trasatlánticos”, esta vez imperfectos pero nuevos.

A pesar de sus mil y más amigos borrachitos, Jerónimo no probaba la cerveza, menos el aguardiente, esto era una ventaja para la úlcera sangrienta que lo acompañaba inseparable por las calles de Caracas.

Armando era su mejor amigo, otro mendigo como él, pero de gustos diferentes. Jerónimo recorría la ciudad por su casco central mirando el suelo, Armando ocupaba algún rincón del Parque los Caobos cercanos a edificaciones ayer hermosas de la cultura venezolana: el Teatro Teresa Carreño, el Metro y el Hotel Caracas Hilton, en ese derredor hacía su vida, siempre con un montón de periódicos bajo el brazo. Ello le permitía estar al día respecto al último valor del dólar, el precio de las acciones de la electricidad de Caracas y los errores abundantes y los difíciles aciertos esporádicos del gobierno de turno. Armando tenía poderosos amigos cultivados en la cordialidad venezolana, jamás lo hacía como sablista, pero él cuidaba de Jerónimo como si fuera su padre o su hermano; los dos se acompañaban también con la edad, pero se veían muy distanciadamente, por la lejanía entre sus “residencias” habituales.

Armando tenía amigos políticos, ejecutivos de grandes empresas, profesionales, pintores y escritores a montón; uno de ellos había diagnosticado la úlcera sangrante de Jerónimo, había sido en el Hospital Universitario de Caracas y era el Doctor Azuaje Pimentel, amigo de Armando. Lo había revisado en la única oportunidad en que Jerónimo había tolerado acceder a tal examen. La úlcera, diagnóstico del Doctor Azuaje Pimentel, era similar casi idéntica a la de su amigo, un millonario de apellido Hur, sólo que éste se la cuidaba más. Otro amigo entrañable de aquel médico, el abogado Vásquez, era también poseedor de una úlcera similar; cada uno de ellos portaba un clon de la úlcera de Jerónimo. Los tres eran casos mellizos, idénticos. Armando había indagado mucho sobre el origen y las consecuencias de la dolorosa realidad ulcerosa del mísero Jerónimo. El doctor Azuaje Pimentel había ido al grano: era una úlcera causada por el estrés del pordiosero, es decir, fabricada por las angustias diarias del propio Jerónimo, agregaba Armando. Él había rebatido a su amigo el Doctor Azuaje Pimentel: – Pero Doctor, yo entiendo, según mis “conocimientos” –le había dicho el mendigo Armando al médico– que el estrés es una enfermedad de alto vuelo, de ricos sólo para grandes jefes, ejecutivos y hombres con mucha lana, como dicen los mejicanos, hombres que viven estresados poniendo sus glándulas a todo vapor para agredir o huirse de decisiones, realidades, riesgos o pérdidas; no cabe en mi cabeza que sea algo de lo que pueda padecer un limosnero, un pobre diablo como Jerónimo, que ni siquiera como yo lo hago, se toma la molestia de leer la prensa y preocuparse por el dólar y el país. Armando se batía al decirlo, altanero y sobrado...

El Doctor Azuaje Pimentel le respondió: –El estrés de Jerónimo es espantoso, lo agobia a diario, Armando, lo acompaña todo el día y la mayoría de las veces durante sus noches frías, cuando el cartón no es suficiente para protegerlo de las lluvias heladas caraqueñas o sus sueños de angustias e inseguridades no lo dejan descansar. Sus congojas y mortificaciones, Armando –agregó el médico caritativo–, empiezan cuando Jerónimo arranca desde la salida del Metro, en la esquina del Palacio Legislativo, acompañando nervioso a la masa poblacional que se incorpora al centro, procurando una limosna que a veces alcanza pero que la mayoría de las veces no es obtenida pasando sin ella un par de días o más. Para él, aquel estrés es mayor en los solitarios fines de semana, que son más traumáticos y terribles, pues esos días el centro de Caracas tiene la soledad del Sahara; los negocios están cerrados, no hay gente ni movimiento, ni limosnas entonces Jerónimo vaga con un sufrimiento y una angustia que van recargando los latidos de su corazón y su ritmo respiratorio y en el caso específico de él, arrasando y erosionando su debilitado y vacío estómago, estimulando de éste modo el proceso químico de acidez que altera sus valores y lo apabulla físicamente, para minar destruyendo su golpeado organismo que entonces no recibe comida, ni igual, ni a la misma hora, ni completa, mucho menos balanceada. Además –le agregó el Doctor a su amigo Armando–, esas horas de menguada comida y los tipos de ésta que él logra conseguir, convierten al estómago de Jerónimo en un depósito de basura e inmundicias que potencian ese gran estrés y mantienen cada día más viva y despierta su vigorosa úlcera sangrante que lo va ocupando.

Armando quería de verdad a Jerónimo. Un día, al ver que éste no se acercaba por Los Caobos desde hacía tiempo, se vino al centro para hacer el recorrido diario que aquél hacía y así poderlo saludar. Entró por la esquina de Gradillas y luego pasó hasta la Plaza Bolívar y Catedral, lo buscó en El Silencio, fue de Traposos a Sociedad, donde Jerónimo solía pasear su rutinaria miseria, no lo encontraba; vio a Nicolito, a Eulogio y a otros mendigos, ninguno sabía de Jerónimo. Al fin, Andrade el policía, amigo de todos, le indicó que hacía unos días se habían llevado a Jerónimo en muy mal estado al Hospital de Lídice; hasta allí fue el leal Armando para enterarse después de mil vueltas, que Jerónimo Bejarano –sólo entonces se enteró de su nombre completo, –había fallecido víctima de una úlcera sangrante que se le había perforado con una hemorragia interna y externa incontenible y pródiga en sangre.

Había concluido el estrés diario conque había vivido Jerónimo Bejarano, de apariencia descuidada y feliz y sobre todo, “tranquila” en la creencia de todos de que ejercía una absoluta libertad para elegir su vida; tampoco esta abstracción de libertad era cierta, estaba sujeta a la verdad vital de todo hombre y al estrés increíble que lo había consumido despiadadamente.

¡HIJOS DEL AZAR!

El cielo de Caracas apagaba su sol y lo cambiaba por los reflejos artificiales de la perezosa luz que hace roja la suavidad agresiva en el inicio de sus noches. Mujeres soñadoras con tacones sonoros, se alejaban de los lugares de trabajo para instalarse en las colas de espera del transporte urbano, con legendarias inversiones oficiales inservibles otras corrían al metro. Gentes que se iban con ese sol y otras que llegaban o se detenían en la iniciada oscuridad, parecidas a los miles de pájaros guácharos* al abandonar la cueva en los estertores de la tarde oscura.

Los bares abiertos y olorosos a cerveza rancia con ruidosas sillas de metal, iniciaban su competencia con otros oscuros bares de alfombras aceitosas de olores corchados por repetidos aceites freidores de pescado y jugos de carne asada derramados, todos los lugares atestados de relatos y vida en el paso a la noche caraqueña. El olor penetrante de cigarrillos desechados empezaba a renovarse con los nuevos humos de los frescos fumadores que llenaban los espacios y se colocaban lentos debajo de las lámparas mezquinas de luz, que alumbraban en oficio de celestinas los susurros de hombres y mujeres sedientos de chismes, intriga y pasiones.

No eran las 8:30 de la noche, cuando Francisco se acercó a la barra del “bar de las esquinas”: estaba cercano a la salida de las torres ministeriales del centro Simón Bolívar casi en Candelaria y se hacía por esto captador de ilusos ingenieros y profesionales que las tardes caraqueñas generaban abundantemente en repetidas sesiones, asesinas de esperanzas y soñadoras de utopías de contratos inalcanzables y mil millonarios normados por la corrupción y la suerte.

Francisco regresaba de La Guaira, donde había estado todo el día fajado con los procesos de nacionalización de importaciones, llenos de producción “metálica” para los jefes, de los cuales estaba distante y sutilmente rechazado. Francisco tomó casi por asalto la tercera silla de la barra, era cercana a un oscuro rincón potenciado en su olor de alfombra vieja y de cigarro. No era el mejor lugar, pero sí el más amplio y disponible en aquellas tinieblas de olores y murmullos del “El bar de las esquinas”. Francisco pidió a Jaime un Old Parr en las rocas, un trago que la calidad aceptaba entre los whiskys que protegían los intestinos venezolanos y distante al whisky de 18 años que enseña y símbolo de las posiciones del nuevorriquismo contemporáneo, con ínfulas de mantuanismo colonial ya muerto, whisky que ahora sirve también para sellar pactos de

* Pájaros nocturnos de la Cueva del Guácharo, en Caripe, Monagas, Venezuela, que salen por millares de esas cuevas a la caída de la tarde.

corrupción y relámpagos ocasionales de dignidad para confundir incautos; los hombre ilusos, decía la tía Encarnación de los contratos y negocios por concretar.

Jaime, el barman, estaba presto a la lluvia de solicitudes que le llegaban no sólo de la barra, sino de las mesas también hediondas a la cerveza añeja y pegajosa, cuyo servicio los mesoneros multiplicaban en sus entregas envidiadas por la rapidez en las urgencias amorosas del gallo.

El barman empezó el diálogo que noche a noche armaba la rutina del “Bar de las esquinas”: –Jaime –dijo–, los valores éticos, se jodieron. Esta guerra es contra la sociedad, esos atentados terribles, increíbles, infernales de las torres y después en los trenes de Madrid que mataron a miles de vidas inocentes y esterilizaron trabajo e inversiones del mundo, no es contra el estado, es contra el hombre común y la sociedad creada por él. Esa es la víctima. El relevo pretendido se disfraza con tinte político, pero en el fondo un anhelo casi enfermizo por el relevó social y el dinero.

Francisco respondió pronto. –No hablemos, Jaime, la droga se persigue y se combate en los rincones aldeanos y campesinos de su cultivo, jamás en los centros desarrollados de su distribución, ciudadanos y millonarios que la estimulan monopólicamente, a través de los poderosos que la venden en las ciudades que más la consumen y obtienen allí la máxima utilidad: New York o Moscú, allí no hay operativos para encerrar a esos señores, carteles que se hacen millonarios vendiéndola en el último precio de su valor agregado con una multiplicada y copiosa utilidad inmoral, destructora y protegida por un capitalismo anti-ético que sin duda la tolera y abona.

–Este mundo se nos está deshaciendo.

–Así lo creo –le respondió Francisco.

No marcaba el reloj Casio de Francisco las nueve de la noche, cuando un grupo de mujeres gritonas, ingresaron al lugar. Desde su puesto en la barra, Francisco y Jaime las observaron atentos.

El barman Jaime, amigo de años de Francisco le guiñó el ojo, ante la puerta abierta del apretado bar que recibía a tres bellas muchachas, enseñaba la ya frágil desaparición de la tarde que se había entregado a la oscuridad para hacerse densa y negra en aquella noche caraqueña que allí recogía tantas verdades y secretos.

El bar ya estaba lleno. Voces colectivas silenciaban todo ruido singular en el lugar, los mesoneros irrespetaban con tropiezos fuertes y continuos las mesas, sólo la esquina arrinconada de la barra, de unos doce asientos, se mantenía ahora sola, el resto del local empezaba a nutrirse de humo y olores. Eran tres mujeres las que ocuparon los bancos de la barra de aquel rincón, lugar muy junto al puesto de Francisco, quien cortésmente trató de colaborar para ampliar el reducido espacio de paso para que las tres mujeres se ubicaran más cómodas; entonces ellas pidieron tragos.

Jaime, el barman, se acercó a Francisco para relatarle que las mujeres tenían un verdadero drama que las mantenía asiduas al lugar. –Llevan tres días en esto, “hoy deben llegar a conclusiones”–, le comentó convencido el veterano barman picándole el ojo.

No tenían cuarenta minutos de “atención”, cuando las muchachas habían despachado varios tragos; Jaime y Francisco ya conocían e intercambiaban opiniones sobre las jóvenes mujeres y sus nombres. Eran Sabina, Emelia y Sultana las tres en su belleza cierta, probaban resistirse a llevar más de 35 años supuestos que conducían espectacularmente.

Sabina era la alta, con un pelo que allí se había soltado sensualmente para disfrutar más su trago, enseñaba unas discretas pero hermosas nalgas que descansaban salidas del asiento de su banco en la barra; su ropa era frágil y enseñaba con rigurosa demarcación su esbelto cuerpo. A su lado, Emelia enseñaba unos pechos compactos bien terminados, retenidos por una franela débil que no terminaba de estrecharlos y unas manos que jugaban eternamente con el cigarro que no acababa nunca de fumar. Y Sultana, rellena, pálida, de pelo muy corto, tenía una piel de un dorado sublime que mostraba sus días de playa, sus piernas bien alimentadas y armónicas sostenían con gracia una presencia joven y atractiva que le permitía absorber las miradas de todos los que buceaban su minifalda, estaba bien encaramada en el asientos de la barra.

El barman había abandonado por minutos a Francisco cuando éste empezó a escuchar con atención la tertulia de las tres bellas mujeres.

Sabina, más desprejuiciada, se deslizó en el banco colocándose en su mismo filo: con su pierna llegó al piso para apoyarse en la punta de su zapato, y dijo: –¿Qué has pensado, Sultana? creo que este infierno debe terminar hoy. Sultana lo aceptó sin responder, sólo movió la cabeza mientras miraba fijamente el suelo.

Emelia, enseñaba sus atributos con sensualidad bien conducida...

El barcito continuó apretándose de gente que traía con sus diálogos el recuerdo ingrato de un rutinario y agitado día de oficina. Todo seguía sin cambiar, el valor y la virtud estaban perdidos, la corrupción se extendía con el poder, había que pagar para obtener una partida de nacimiento, –gratuita por la ley–, y tolerar la presencia altiva y sofocante de los depredadores de los contratistas de toda obra pública, cargando para ello estruendosos sobrepagos al Estado para así poder pagar jugosas comisiones a los funcionarios altos y medios, corruptos que la democracia pretendía cambiar cada cinco años por caras nuevas, pero desde el primer día llenas de expectante rapiña y obsesivo y lascivo lucro. Las democracias y hoy las revoluciones en todas las repúblicas producían ladrones y corruptos como botellas de coca cola, el propio Fidel Castro desde la Universidad

de la Habana, después de 48 años de Revolución y Gobierno, anunciaba el combate total a la gran corrupción de la Cuba de hoy.

Afuera del pequeño bar de aquel centro caraqueño, unos muchachos zagaletones* de la Caracas envejecida por la mugre, el descuido y el vicio, correteaban a un perro flaco y huesudo que hurtaba comida entre los pipotes de basura, compitiendo con ellos. Los muchachos de la calle habían aparecido en su rutina diaria después de un día de plácido sueño, bajo el cobijo guarnecedor de alguna caja de cartón entre los rincones de penetrante olor a orines fermentados al sol y protegidos de la lluvia por los dinteles escuálidos de aquel callejón sin salida que daba a la placita. Habían despertado sin modorra del largo sueño producido por “la pega” que inhalaban por medio de vasijas artesanalmente elaboradas por ellos mismos, colocadas en sus cuellos para tenerlas más cerca de su nariz que la aspiraba, consumiendo por horas en aburguesado sueño. “La pega” era el removedor de pinturas o cola usado para fijar alfombras, un derivado pobre e industrial de la heroína, de olor intenso, que se hacía de sus mentes y voluntades alucinándolos para imaginar compañías deseadas, sueños de palacios y comidas que la diaria e injusta realidad social les negaba con persistencia añeja. Todo esto, desde niños, era rutina de miseria para ellos; su madre era la calle y su padre el cielo a veces enchumbado de agua; y otras, claro y limpio enseñándoles unas estrellas que se movían anárquicas sin aparente coherencia, similares a ellos. Ese era su hogar. Los “huele pega” seguían así su actividad inicial de cada noche, cuando un hombre gordo de cachucha envejecida en su visera por las sobas grasosas de su persistente tiempo, impedía ya el acceso al bar colmado de gente deteniendo el ingreso desordenado que lo había atestado.

Las mujeres intensificaron su angustioso diálogo: las tres esperaban bebé. Su tribulación era que ninguna conocía en certeza absoluta al padre de la criatura que llegaría. Habían disfrutado de fiestas y playas en interminables días antes de sus embarazos, esto les impidió poder conocer con seguridad si no absoluta, al menos aceptable, el origen de lo que cada una llevaba en su vientre con pasión y tal vez alguna ilusión, según lo escuchado en su animada pero preocupada conversación. Sabina esperaba parir en seis meses; Emelia llevaba dos meses de embarazo, y Sultana había contado tres faltas en su tormentosa espera. Ellas sólo sabían con plena certeza que sus embarazos no habían sido voluntarios, ni siquiera hijos de una lealtad o consecuencia amorosa, sino venidos de la libertad legítima o no, con que conducían su urgente y a veces desorganizado transcurrir de amores persistentes y variados.

Hablaba Sabina, tal vez la más bonita; Jaime el barman y Francisco escuchaban disimuladamente y con gran curiosidad, Sabina les decía: –Raúl y

* No demasiado adultos.

Enrique fueron mis amores de siempre. Quise primero a Raúl, pero en mis actividades comerciales; conocí a Enrique que enloqueció mi existencia, jamás he podido separar a ninguno de los dos de mi vida, la asiduidad con que los veo mezclan días y semanas que me impiden conocer con certeza cuál de ellos es el padre de mi hijo, una prueba de paternidad no la toleraría ninguno de los dos, confesar yo esa duda, esa verdad, sería terrible, y los dos me abandonarían al conocer esa severa inseguridad –agregó Sabina.

Emelia y Sultana apoyaron esa conclusión: –No tienes que decirlo–agregaron las dos–, a nosotras nos resultaría también imposible esa prueba; en el caso de Emelia se agrava más, pues los posibles padres de su bebé: Luis y/o Alfredo, son hermanos y resultaría escandaloso, peor aún, totalmente imposible hacer una prueba sin un nocivo final para todos y un pesado disgusto.

Jaime limpiaba los vasos aparentando distracción y ausencia mental del lugar y Francisco hojeaba distraídamente el diario de esa tarde. Francisco en rapidísimas miradas, hacía partícipe a Jaime que enseñaba su sorpresa y confusión por el trágico problema de Sabina, Emelia y Sultana, quienes ya con más tragos trataban de solucionar todo en una especie de pacto común el gran enigma para proteger un futuro de confusión y vida insoportable.

Emelia relató más su caso: era vecina de dos apuestos hermanos, había conocido a Luis primero y después que tenía varios meses saliendo con él, descubrió la personalidad y el contenido anímico de Alfredo, que la revolucionó desde aquel primer encuentro. Luis era un ingeniero de cálculo exitoso, había laborado en oficinas del gobierno por años, el gusto por la ingeniería le había acercado a Emelia. Alfredo, el otro hermano, era un hombre alto, inconfundible, y con una carismática personalidad, que envolvía a quien se le acercara. Emelia confesó entonces que había estado con los dos y que buscar la armonía antes del parto de su hijo, por los medios hablados y usuales de hacerlo, le haría perder a los dos, pensó más bien alejarse de ambos durante el resto de su gestación y regresar con el bebé como un hecho cumplido, pero tenía que decidir. ¿Cuál sería en el futuro el padre de su hijo? Debían las tres, en consecuencia, decidir y estaban obligadas a hacerlo aquella noche, tal era la tribulación que las embargaba y el tiempo del que disponían.

Sultana lloró su confusión. Era mayor en ella pues se mezclaban y estaban fusionados mayor número de posibles padres los recordados: José su amado consecuente de años y dos gringos y un italiano, con los cuales había pasado las últimas temporadas musicales en Broadway y Europa; la propia sospecha de la dulce y bella Sultana, la acercaba más a la posibilidad de paternidad neoyorquina, esto le angustiaba y aterraba más. ¡Eran cuatro y más los presuntos padres!

Sabina, Emelia y Sultana, se habían comprometido a tomar una resolución ya; de aquella reunión de amigas tenía que salir el padre de cada uno de sus ya

encargados y esperados bebés, esto tenía la trascendencia de obligarse a llevar el papá escogido para siempre como padre, para que las amparara a ellas y a los hijos en el cercano y complicado mañana. Las fortunas de los posibles competidores eran más o menos similares, no podían entonces inclinarse por razones de dinero, tampoco por las posiciones sociales, iguales en todos, ¿entonces, cómo resolver? El amor no era sólido ni suficiente en ninguna para decidir. Allí estaba la gran angustia de Emilia, Sabina y Sultana.

Ya eran los once de la noche, el bar ya menos acompañado de gente seguía vaciando hacia la calle su carga alegre, cuando Trinidad, una morena pimentosa y ágil en sus movimientos y en la picardía de sus ojos, entró al recinto; su mirada observadora se detuvo en el rincón que compartían las tres muchachas, gritándolas desde su sitio: – ¡Aquí estoy, niñas, aquí estoy!

– ¡Trinidad! –gritaron a coro Sabina, Sultana y Emelia – ¿Por qué tardaste tanto?

–Debí dejar a Alberto en su casa antes de venirme –les respondió– ¿Qué han decidido, muchachas?

–Nada, –le respondieron las tres visiblemente entristecidas– ¡nada, Trinidad!

–Yo les traigo una solución –agregó la alegre morena, integrándose con un banco rodado a la barra que ocupaban ahora cuatro mujeres, Francisco y otros clientes.

Jaime, más intrigado y decididamente ganado por una inmensa curiosidad, se acercó al rincón aparentando arreglar algunas cosas del bar, pero agudizando más su oído. Su desesperación por enterarse de todo lo hizo abandonar su eficiente servicio de barman, entonces los reclamos se escucharon...gritados.

Trinidad les dijo, una vez repasado el relato de las tres, posiblemente por tercera o por cuarta vez: –Tengo la solución, niñas...

Todas formaron un alborozo llenas de júbilo; confiaban mucho en Trinidad que tenía fama de creativa – ¿Cuál es la solución, cuál? –indagó Sabina.

Trinidad respondió pronta: – ¡La suerte! ¡La suerte! Ya, ahora mismo, tendremos un papá formal para cada bebé. En tu caso, Sultana, como la posibilidad de paternidad se extiende hasta tus amores; José, Jony y Jack –los dos gringos– y Giuseppe el italiano, colocaremos un papelito con cada uno de esos nombres de estos y tú sacarás uno de ellos tendrá, el nombre que aparezca en el papelito sacado y será desde hoy el padre de tu hijo, y así se lo comunicarás secretamente al escogido por este azar. Sabina y Emelia lo harán lanzando una moneda en el aire; en tu caso, Sabina, Raúl será cara y Enrique será sello y en el tuyo, Emelia, Luis y Enrique, los dos hermanos, se repartirán también los dos lados de la moneda; todo será hecho con la “moralidad”, certeza y secreto de un honesto testigo que soy yo, concluyó Trinidad... lo haremos ya.

La cara de Jaime se hizo apuradamente tensa; acercándose extremadamente a Francisco le murmuró: –Es increíble, en cuarenta años de barman jamás escuché algo parecido, ¡qué de bolas tienen estas mujeres! Agregó.

Cuando detuvo sus murmuraciones, Trinidad había organizado todo y ponían en manos del destino y de la suerte “pura y sana” la elección limpia y clara de cada papá para cada uno de los hijos de la suerte. Se procedió a la bien organizada escogencia; hacia las dos de la mañana ya había ganadores, y la placidez de las alegres mujeres era ostensible: el papá del bebé de Sabina sería Enrique; el papá del bebé de Emelia sería Luis y en la abundante fortuna para elegir el papá del bebé de Sultana, había ayudado en “suerte” a uno de los gringos de New York el llamado Jack. Todo había sido solucionado dentro de una asepsia y rigidez “electoral”, sirviendo también de testigos Jaime y Francisco, que festejaron asombrados el singular evento al ser llamados por las mujeres para ello.

Las muchachas invitaron a tres hombres más que estaban cercanos en el salón para brindar y celebrar el acontecimiento, sin relatarles detalles sólo advirtiéndoles a todos aquellos que ellas debían retirarse lo más pronto posible, pues se levantarían temprano para ir a comprar unos trajes de baño, que toleraran sus próximas panzas que ya crecerían desmesuradamente, para ser usados en la cercana temporada de playa que no estaban dispuestas a perder.

Francisco también celebró. Los hijos del azar, ¡ya tenían papás! –gritó entusiasmado por sus tragos.

La madrugada había empezado a potenciarse. Un silencio agobiante se adueñaba del bullicioso sector, la calle estaba quedando sola... y la ciudad quería amanecer en su rutina de siempre.

LA NOCHE LARGA

La casa era muy grande y el hombre era ya viejo, ella podía casi llegar a los 400 años y el hombre pasaba los 77. El pueblo la rodeaba con iglesias y calles solas; estaba oscuro, con oscuridad de bosque solo, sin la mezquina luz que el servicio público prodigaba sólo en “excesos” en esperanzas electorales. El hombre usaba sus soledades existenciales para añorar pasados, jamás para querer volverlos a vivir, su empeño era sólo recordarlos, temblaba ante la posibilidad de verlos repetir en un mundo tan diferente y agresivo.

El hombre viejo llevaba unas pantuflas displicentes que pretendían zafársele con sus pasos, pero se negaba a soltarlas y así continuar descalzo por los corredores que él sabía estaban preñados de alacranes negros. Caminó los cuatro corredores centrales, contorneados de paredes de tierra ya pisadas por esclavos u hombres libres, ¡no sabría precisar! Ese ejercicio de paseos cortos lo hacía repetidamente cuando la casa grande quedaba bajo su solitaria ocupación, aprovechaba entonces para recordar aquellas nostalgias que golpeaban su interior, desvaríos de terror o de placer, pegados a perturbaciones de vidas legendarias. Su obsesión entonces era transitar aquellos corredores de leyendas idas en verdades de aldea, la única auténtica, lejana de luz en que deslumbraba la tecnología activa del hoy precaria de claridad.

El hombre paseó 6 u 8 veces los corredores, quiso pasar al quinto y sexto con la ilusión de ver a sus amigos que habían partido dejándolo sólo en el mundo de los que esperan el turno cierto. La casa era simétrica, casi similar en su extensión, todo era cercano en el recuerdo del hombre viejo, que paseaba en la negritud de aquella noche oscura, con sus pantuflas libres tan similares a sus sueños de libertad, seguro de tener la necesidad de someterse al igual que sus pantuflas, a la voluntad de calzarlas y poseerlas que los envolvía. Pudo así vivir cuatro horas. Pasaron así las doce de la noche. La niebla apelmazada en esas nubes repletas de agua que flotan perezosamente y jamás paren, cubriendo la única posibilidad de ver la luna clara. La oscuridad seguía siendo absoluta, al hombre viejo le pareció que tan absoluta como la autenticidad quería ser la verdad.

Caminó lento, pasó un dintel de madera y llamó a Vicente: era una insistencia tal vez demasiado consistente, lo había llamado tantas veces desde que había partido sin decir a dónde. Lo sabía muerto, por eso terqueaba para verlo, esta reiteración del hombre trepidaba sus sentidos en la esperanza de encontrarlo allí, sonreído, cordial y combativo. –Caramba Vicente, sólo una vez, por favor–, decía en silencio; la angustia tomaba el interior del hombre que paseaba la ruta de su insomnio por los lugares de la casa grande. Todo era inútil. La soledad de sitio era cierta y lo cubría todo sin cortesía.

El pueblo pegado a la casa grande pareció despertar, con tres borrachitos que sin luz bebían bajo la precariedad de un poste avaro de claridad; el hombre los escuchó de lejos, los borrachos peleaban el derecho de propiedad sobre el último trago que contenía su sórdida botella que ellos llamaban bombona. El hombre abandonó el impase y retorno a su oscuridad para seguir el recorrido de la casa grande y ubicar un grillo regordete y saltón que agredía agudamente aquel silencio tan amplio y generoso, finalmente lo encontró en un rincón haciendo torpes saltos contra la pared y así le pudo, al machacarlo, devolver a la noche su silencio... lo piso despacio.

El hombre viejo regresó al pasado, habían muerto tantos, también los de los años de colegio. Escogió los desaparecidos y también los llamó con anhelo de encuentro fraternal, ninguno respondió, él pedía señales simples, había hablado – pensado muchas veces con ellos de esto, deseaba sentir la angustia de llegar a sentirlos, si ellos quisieran venir... se dijo. Se habían prometido unos u otros, solos, con lealtad, con valor que no se requería tantas condiciones pues todos eran los mismos... así de sencillo, ¡los mismos!... conocidos y certezas de igualdad... imperfecciones vitales.

Entonces el hombre vivió tiempos viejos como él; estaban en el patio donde habían muerto los mandarinos asesinados por la piedra y el cemento que habían tapado sus zonas de contorno alimentadoras de agua y fertilizante. Ya el hombre había escuchado de la muerte y de una tortuga que fue pintada en su caparazón impidiendo así la respiración, y muriendo también por esto; también conocía la leyenda conquistadora del español demenciado y desesperado por no encontrar el oro, cuyo deseo había sido complacido en su frustrada avaricia por el cacique aborígen quien amarrándolo, pintó su cuerpo con oro y aceite cerrándole también con esto sus poros, el hombre aquel había muerto por la concentración de toxinas que el sudor retenido atesoró dentro de él; esa forma era diferente a la otra del indio que dio de beber oro licuado con fuego a un conquistador sediento y codicioso de él, refrescándole las tripas... con pasión “solidaria”, pensó.

El hombre viejo entonces, se angustió al discernir y recordar las nuevas tecnologías vegetales que señalan que el humus, la fertilización de las plantas, para vivir y hacerse hermosas, se logra por el tronco, las hojas y la raíz, en consecuencia, de no poderse hacer en su contorno de tierra hay que regar el estiércol por sus hojas y tronco; pensó entonces que por la torpeza de no haberlo pensado, se habían secado sus mandarinos, por analogía al hombre tendría que bañarse como lo hacen tantos, con excreciones para poder vivir feliz próspero y realizado, pues el hombre es un símil animado de las plantas, lo que necesita para ser feliz, es envolverlo más en su función orgánica sin frugalidad. El hombre se sintió colmado con la aparente facilidad y costo del suministro necesario para alcanzar esos objetivos de vida en plantas y animales y siguió caminando la casa

grande y pensando en lo efímero de la felicidad de un hombre abonado con estiércol y bañado en aguas mayores en un patio viejo.

Luces al comienzo sospechosamente siderales llenaron el patio del corredor mayor, eran cientos parte de la neblina había partido. El hombre confundido se metió dentro de ellas con esperanza de eternizar, eran las luciérnagas luminosas que en cientos tropezaron su cara, él derrotado y triste regresó al resguardo del techo que cubría sus sueños, lo acercaba tanto en la verdad vivida y por vivir que dejó abandonadas las luciérnagas a las que de niño les cercenaba la libertad sin estridencias autoritarias y dogmáticas, simplemente metiéndolas en un frasco transparente y observándolas con su mágica luz hasta que iban muriendo de inanición.

La noche seguía imperdurable, más que eso, inclemente, pues el hombre viejo sólo deseaba la luz de un solo tajo, ya tenía mil historias, las de los más viejos sosegados y esperando siempre ventajas de infinito. La casa grande estaba rodeada de paredes de tierra aplastada por el peso del pie trabajador en la apretazón de aplanamiento o apisonamiento de barro milenarios, llevados a ser ahora centenarios por la verdad construida en aquella casa grande que tanto amaba el hombre viejo. De la eternidad del barro a la brevedad de la vida.

El hombre buscó en los restos de los cercados de piedra, lo mejor de las ruinas que ascendían un origen agresivo con inquietudes de reclamo. La noche, mientras tanto esperaba, y se hacía más frágil y estéril. Buscó los rincones, el comedor en la ubicación del viejo establo, la cocina de los peones, donde tantos relatos y verdades de amores y de naguas insolentes y altivas, bajadas o subidas al paso de voluntades de centurias, recatos y audacias escondidas en la historia y tantas noblezas que se habían obligado. En su angustia de no ser oído se fue a las caballerizas, junto a los lugares de acopio leña longeva, donde ratas, lagartijas y alacranes protegían sus lugares de respetado exilio, allí caminó escuchando a los grillos chillones, aventajados por el silencio agobiante de la noche entre las ratas corredoras que el hombre observaba, similares a las de la ciudad que distante de allí, pretendían igualar en talentos y esperanzas de semejanzas, protegidas ellas en la mediocridad sanitaria que no evolucionaba, recordó a los chinos que las habían hecho alguna vez deseadas y apetitosas como el conejo, las mediocres animaban y hacían posible su paso en el tiempo revolucionario que reciclaba aquellas ratas, sólo que en otro lugar, con los mismos guiones o libretos, llegarían al final de la escasa obra. Pensó en los siglos de aquellas ratas corredoras y grises que se hacían valientes en la oscuridad reinante y jamás podía él verlas en horas de luz y de sol. El hombre pensó en lo hartó que se sentía de todo esto, no quería más obras, ni más libretos, ni más jornadas, pero más que eso: estaba hartó de ratas, por eso abandonó el lugar y lamentó el brillo ausente reemplazado por gritos de vulgaridad.

La noche se hacía obstinante, pero él, animado, recorrió más los lugares, la biblioteca donde tenía la esperanza de encontrarse al abuelo, aquel abuelo que relataba las sagas del viejo bisabuelo, que le había dejado amarradas en cada libro, en cada rincón, en cada objeto, en cada recuerdo, los hombre muertos o que habían dejado la vida en la casa grande. Por eso el hombre viejo debía ser como la casa, obstinante, buscar en todos los rincones, acompañar a la noche y llamar la vida vívida, si estaban en eternidad debían acudir, ¡eran sus amigos! para auxiliarle en sus monstruosas carencias y debilidades. No podían, eran viejos aliados de incertidumbres, ausencias, dudas y certezas. ¿Los que vendrían o mejor, debían venir a acompañarlo? Por eso el hombre esperaba también a los amigos idos, los había esperado por años, noches interminables sin perder la esperanza; su utopía se fundaba en que ellos llegarían, le hablarían, cerrarían la pérdida casi agotada de sus pocas certezas, el nacimiento diario de nuevas incertidumbres, vacilaciones y vacíos.

El hombre se sentó en una silla rígida, dura: desde ella, pensó, podría presenciar un paso, la procesión de los muertos que anhelaba ver en tímidas esperanzas de inmortalidad. La noche oscura, impenetrable, seguía virgen de sospechas. Todo parecía inútil, la fortaleza de su presente de retardador sólo generaba un recuerdo rico de pasados con ninguna presencia.

Recordó sus años de niño, cuando el viejo y sucio cordón de San Francisco vigilaba el café en noches de luna en los patios de la hacienda, pensaba entonces que aquel cordón blanco que el inclemente tiempo tornaba amarilloso y sucio, atado a un pilar de madera, abarcaba fácilmente la cintura de cualquier muerto grueso; que presintió cura, para imaginarlo más complicadamente.

Aquella noche seguía irresponsablemente feliz, oscura, guardando distancias enormes con el hombre viejo solitario, que chancleteaba los espacios caminados, habitaciones y lugares densos de misterios centenarios y ausentes de respuestas inmediatas; pero el hombre con su inmediatez o remontándose a evocaciones de pubertad, procuraba una respuesta tangible, acorde con sus expectativas existenciales una respuesta para hoy.

El hombre recordó lo del último cuartico, a los nueve años había visto morir allí a Vicente. Él tenía al morir unos setenta y muchos más años tal vez; era gordo y grueso, leal y valiente, lo quería; montaba como el mejor de los jinetes y fecundaba mujeres a diestra y siniestra siguiendo la vieja conseja transmitida por Abraham y apoyado en su condición de caporal. Sus cachetes le ocupaban toda la cara, su frente morena se confundía con su inmensa calva, Vicente era la adoración del padre del hombre viejo, cuya lealtad y consecuencia los había fusionado para siempre. Antes el niño, después el hombre, ahora el viejo. Lo había visto morir allí en el cuartico pequeño el de las paredes gruesas que lindaba con el patio trasero del café de la casa grande, donde habían dormido otros

hombres de esperanza inmortal, pero lejanos a ella Vicente había probado la existencia de la muerte como otros hombres diferentes a él; la aurora aún estaba lejana, se imponía el insomnio. La noche estaba adentro cuando el hombre escuchó pasos, nunca supo si los sintió o ambicionaba sentirlos, era un intenso deseo de ilusión. Se detuvo en el patio como el cazador sigiloso y lleno de esperanza. Las pisadas percibidas terminaron en un nuevo silencio, se reconfortó pensando que la noche era ahora más suya.

Recordó aquella lejana tarde del deceso de Vicente, el cordón blanco muy blanco en la noche, pero amarilloso, el de los patios de café, lo vio destellar con luz propia atado a la cabecera sobria de la cama, ocupante único junto a una mesita y una cruz en el cuarto tan minimalista de Vicente; visualizó su recuerdo que era ya lejano, pero con la impresión de que lo hacía nítido y presente. Vio entonces a Vicente despedirse de unas mujeres de negro, que con rosarios y velas rodeaban su viejo catre de pesados cercos grueso y templado cuero de vaca. Recordó más: estaba acostado, los ojos seguían cerrados como si meditara sobre el momento que había llegado a darle sosiego, era impresionante, ahora más lo recordaba, ahora también él estaba viejo, le parecía percibir lejana la esperanza de volver a verlo, a él, Vicente, o a los muchos que aquella noche sola de silencios habían cubierto su mente. Parecía que no vendrían a la cita, tan simple para evocar la existencia de un más allá tan inmediato y cercano para el hombre ya viejo y para todos los hombres que parece hacerse remoto e imposible. Era tan simple poder pensarlo, que lo extraño era que no sucediera el encuentro. Ninguno había comparecido al llamado persistente y firme del hombre viejo que estaba ya extenuado pero recio y repleto de esperanza. Tocó las gruesas y pesadas paredes como si quisiera probar que el escenario escogido para los anhelados encuentros era el indicado; allí había visto cuando niño, la escena de la muerte, le habían atado un pañolón blanco para sostenerle la mandíbula unida a la cabeza para que la rigidez del final mantuviera la boca herméticamente cerrada, una coquetería del hombre muerto. Después, cruzaron sus manos regordetas y poderosas sobre su pecho y le colocaron el cordón blanco, que tanta impresión le había causado niño, al hombre viejo. Después le rezaron y lo dejaron solo en aquel cuarto. Luego, recuerda el hombre viejo, llegó un carro negro y grande del que sacaron un cajón de madera roja, él no vio qué sucedió, sólo recordó que sacaron la caja de madera y no lo dejaron ver lo que metían en ella; se llevaron al viejo Vicente, su consecuente y amado protector de travesuras, se lo llevaban en aquel cajón grande, pesado y muy cerrado. Después aprendió para siempre que a los muertos se los llevan, nadie los resiste tres días después, le dijeron que son inaguantables, aunque los hayas querido empiezan a destilar olores inaguantables. Sintió tanto la partida de su gran Vicente, pero vivió la mortalidad mucho más humana que la eternidad.

En este recuerdo, la noche seguía su paso firme cuando un ruido seco y fuerte sorprendió al hombre viejo, lo siguió otro menos fuerte que lo confundió más, los ubicó en el gran patio, parecía el ruido producido por un peso que caía al suelo, ¿alguien que saltaba desde el techo? se dirigió allí animado, presintió, por la llegada de alguien al patio, luego contempló sin anhelo su decepción al observar que dos hermosas ramas de palma estrelladas en el suelo del patio, eran las causantes de haber roto aquel silencio de la noche, alejando más la esperanza del hombre viejo de ver y conversar con los amigos que ya había partido hacia lo incierto, única esperanza de visión espectral: la utopía inmortal de verlos que mantenían aquel hombre consecuente en complicados alivios de muerte.

Cesó su fatiga en la vieja silla de duro cuero. Esperó un tiempo largo inútilmente, la madrugada ya glotona se hizo voraz, el frío intensificó esta nueva derrota del hombre viejo, que sentía alejarse la expectativa de “verlos”, ninguno de los invitados había venido a la deseada cita. La casa se hizo entonces más grande y vacía, sólo la nostalgia del hombre viejo y su afán de volver a caminar la noche mantenía aquella ilusión inderrotable, soportada en deseo de hablarles de tantas cosas sucedidas, que el hombre viejo sabía con seguridad sucederían de nuevo en el reciclaje rutinario de la vida.

El silencio fue entonces más imponente y el hombre viejo se sintió más solo. Su derrota se encarnó más con la aurora que nacía en el frío intenso que presagiaba una colosal y límpida mañana de diciembre, aquella noche había terminado, sólo vivía la esperanza inútil de volver a verlos en otra noche con mayor suerte y esperanza. La mañana lo durmió extremado de esperar.

CRÍMENES PERFECTOS: TRES

Don José tomaba en la amplia mesa revestida con un viejo mantel de hule de flores grandes y desteñidos colores, su segundo café mañanero, cuando Eulalia, la muchacha que lo servía, le enteró de que José Caín y Amadeo, sus hijos, hermanos incompatibles, peleaban de nuevo en el patio de camiones de la pequeña finca de ganado que Don José había multiplicado en sudoroso y paciente esfuerzo de años. Ahora ya viudo, vivía sus tristezas casi solo, pues sus dos únicos hijos eran agua y aceite donde quiera que se encontraran. ¡Se aborrecían!

Don José se aprestaba a levantarse para acudir a la pelea que Eulalia le anunciaba cuando ellos llegaron hasta el largo corredor donde se comía y transcurría entre chinchorros y sillas de suela la vida social de la finca llanera que estaba cerca de Dolores, población del llano barinés venezolano. Peleaban entre gritos escandalosamente. Eran José Caín y Amadeo.

– ¿Otra vez, muchachos? –Gritó interrogándolos el viejo–. ¿Ahora cuál es la razón de la pelea? –inquirió Don José.

José Caín con la camisa desgarrada y un pómulo enrojecido respondió primero: –El de siempre papá, este maldito carajo, – el karma inaguantable que me colocó la vida como hermano– inventa hoy alguna diligencia, para impedir que use la camioneta que necesito ahora con premura.

El viejo intervino: –Amadeo, ¿para qué quieres el vehículo?

Este respondió presuroso, sangrando copiosamente por su nariz: –Debo buscar unas vacunas y traer la leche en polvo de los becerros del ordeño, es urgente que lo haga, papá.

–Ya oyes, José Caín –dijo el viejo–, no podrás usarla hoy, será otro día.

Encolerizado, José Caín batió una puerta y salió dando maldiciones del lugar, deteriorado por los golpes.

Al quedar solos Don José y Amadeo, el viejo quiso atemperar a éste: – Debes armonizar la relación con tu hermano, es grave que esto pase diariamente. Debes evitarlo, Amadeo, ¿lo harás por mí, hijo?

Amadeo le respondió: –Papá, José Caín me odia, dice que llegará el día en que podrá matarme, que sólo espera esa posibilidad sin ningún riesgo para él, pues me asegura que la vida se lo deparará por su paciencia.

El viejo entristeció y bajando la cabeza también abandonó el lugar para irse al cercano corral en el momento en que llegaba su viejo amigo y compadre, el padrino de Amadeo: Don Antonio.

Don José le relató lo sucedido, agregándole: –Mi cruz es José Caín, lo veo perverso, de mala entraña, Antonio.

Antonio guardó un prolongado silencio dejando pasar una bandada de gritones pericos llaneros que sacudieron la paz calurosa de la media mañana.

–Es cierto, José – le dijo–, lo veo extraño, no quiero atormentarte pero anoche en el bar de Ambrosio me comentaron que José Caín también amenazó de muerte a Haron el muchacho de Simón, novio de la bellísima Teresa que tiene desbaratado a más de uno por aquí, entre los cuales esta él, tu hijo José Caín, ofreció públicamente matar a Haron, para que dejara libre a Teresa, que sólo esperaba una oportunidad sin riesgo para él, que estaba seguro llegaría. Tengo entendido –agregó Don Antonio–, que José Caín amenaza continuamente a la gente y en cada oportunidad violenta, reprime su visible furia y aparenta un sosiego que se percibe rebuscado y teatral.

–Todo es muy angustiante para mí, Antonio –respondió cabizbajo Don José–. Mi mujer me anunció siempre que José Caín nos traería muchas lágrimas, congojas y desgracias, está lleno de maldad.

El invierno que se acercaba obligaba cambios de potreros para el ganado; esta tarea le tocaba hacerla a los dos hermanos juntos, por eso salieron del fundo muy temprano; los acompañó Jesús, un viejo peón que había criado a Amadeo y tenía más de 40 años en la finca. Aprovecharía también de rastrear a un enorme tigre cebado en los contornos del lugar donde irían; el tigre, se decía, aparecía en el sitio cuando percibía movimientos de ganado. Llevaban ya más de dos horas de camino cuando empezaron la cuenta del ganado existente, labor que cumplieron hasta bien entrada la tarde, después de descansar y haber dispuesto de algunas arepas y carne salada. Ese día, José Caín se mostraba muy cordial con su hermano, lo que había hecho el rato de trabajo más liviano, según el parecer de Jesús, que estaba muy enterado de los cuestionamientos, celos y envidia que ajaban el corazón de José Caín.

Serían las cuatro de la tarde cuando el viejo Jesús, aquejado de un agudo dolor de cabeza decidió, adelantar su regreso. Amadeo le facilitó entonces su escopeta para que regresara armado no fuera a tropezarse con el tigre que ya había dispuesto de dos o tres becerros y merodeaba el lugar, ellos se quedarían protegidos sólo con la escopeta de José Caín que era suficiente.

Ya estaría Jesús bien lejos, cuando José Caín y Amadeo sintieron a sus espaldas un rugido confuso y gruñón que los hizo levantarse rápidamente del tronco donde reposaban manteniéndose atentos; éste salía de una zona boscosa, enredada y de grandes árboles pegada al ancho río; unas hojas grandes y tupidas impedían ver dentro de esa espesura, pero hojas crocantes y secas empezaron a sonar cercanas. Pasado un tiempo muy corto, apareció a unos treinta metros, el corpulento tigre. Era de los más grandes que habían visto, se comentaron ambos hermanos; el tigre se detuvo unos segundos mostrando sus colmillos en señal de amenaza y luego decidido avanzó presuroso hacia ellos, parecía venir malherido

no sólo porque los enfrentara hostilmente, sino porque renqueaba de una de sus patas traseras y pretendía lamerla al avanzar. El tigre cada vez más cercano corrió sobre ellos, ya estaba muy cerca cuando los hermanos optaron también por correr, para trepar un palo cercano que les daría la ventaja de dispararle desde allí. Apresuraron el paso para llegar; en ese momento, Amadeo, que disminuyó más su carrera sin perder de vista el acoso del tigre cebado y herido se tropezó enredándose con un abundante chamizo de espinas, cayendo aparatosamente al suelo tramado, adherido firmemente al chaparral. José Caín continuó su carrera y trepo un tronco alto, mientras el tigre alcanzaba en segundos a Amadeo, éste gritó con ensordecedora angustia, en procura del auxilio de su hermano que llevaba la única escopeta. –¡Dispárale José Caín, dispárale! Fueron casi sus últimas palabras. José Caín no lo hizo, trató solamente de colocarse él en el tronco alto, donde instantes antes habían decidido trepar para desde allí dispararle al tigre.

El animal encrespado y dominado por la furia, golpeó con su garra la cabeza de Amadeo desbastando su mejilla y su oreja que se desprendieron salpicando sangre. Ya no se oyó más su voz, sus últimas palabras habían sido para su hermano: – ¡Maldito asesino! –le gritó cuando el tigre mordía con saña la nuca de Amadeo quebrándola para rematarlo. Entonces José Caín sobre y desde el tronco, hizo un ruido al que atendió de inmediato el felino que lo miró atento, sin moverse de su lugar de carne, sangre y muerte. José Caín, sólo entonces, despacioso y lento, con la tranquilidad fría de un refinado encarnizamiento, apuntó y disparó sobre la cabeza del tigre cuya boca estaba ya roja de sangre, obtenida en su brutal ataque. El animal acusó inmediatamente el tiro cerca del ojo, José Caín esperó entonces perezoso, encendiendo un cigarro para espantar los mosquitos que lo acorralaban hacía rato; dio luego un segundo y un tercer disparo que remataron al enorme animal el cual finalmente cayó sobre el cuerpo de Amadeo mezclando con él su sangre... José Caín regresó después del pueblo apoyado en una cuadrilla de obreros del fundo, también Don José y Don Antonio, todos, acudieron al lugar del sangriento suceso donde había perdido la vida el infortunado Amadeo. Caín había relatado a todos con persistencia que se había separado de su hermano para contar unos mautes y vacas rezagadas y al escuchar gritos acudió al lugar encontrando muerto a su hermano Amadeo y a su lado el tigre que empezaba a devorarlo; entonces le disparó y le dio muerte. Todo lo habían creído sin reservas. Don José abrazó a Don Antonio, juntos lloraron al joven hombre, Amadeo que no pasaba de 28 años, dos menos que José Caín.

Jesús, el viejo peón de setenta y más años que había criado a Amadeo, guardó un silencio de dudas ante la simplicidad del relato de Caín; conteniendo ideas tormentosas llenas de sospecha, siguió Jesús vegetándolas como peón del fundo y recordando a su amado Amadeo a quien había consentido desde niño.

En el velorio y en los días posteriores, la conducta de José Caín acusó una bien manejada aflicción, que acompañó con sus insistencias amorosas a Teresa para que aceptara de nuevo su noviazgo; la bella mujer le coqueteaba, pero le señalaba a Haron como el nuevo amor de su vida, con esta picardía mantenía viva la esperanza y la insistencia agobiante de José Caín, sin perder la asiduidad amorosa de Haron.

Transcurrieron algunos veranos e inviernos en la rutina solaz del llano barinés. Don José había aceptado involuntariamente la nueva realidad cruel y hegemónica de José Caín, más ventajosa ahora por la ausencia de Amadeo.

En julio habían comenzado las lluvias; los ríos se acrecían y la feria de pueblo se presentaba con aguardiente, toros coleados, amores y buenas pescas. Un atardecer de misas y continuadas parrandas, un grupo de hombres jóvenes que habían empezado su jolgorio en la manga de coleo, entre estos estaban Haron, el persistente rival de José Caín, novio de la coqueta Teresa.

La costumbre de algunos jóvenes parranderos de aquel pueblo llanero era ir al río cercano donde abundaban los peces pirañas –pez caribe–, estos merodeaban hambrientos y rapaces las orillas y en una poza que se hacía remanso hacia el sur, estos peces eran cebados con sangre del matadero y cabezas de toros sacrificados en aquel lugar; después tiraban dos o tres animales infestados, reses enfermas o chivos lanzados al agua para presenciar cómo en minutos se convertían en limpios y blancos esqueletos por la acción despiadada de aquellos peces caribes cuyas miles de poderosas mandíbulas y afilados dientes atropelladamente hacían “divertido” aquel duro y macabro escenario de agonías.

Aquel claro día iban al río cinco hombres arriando dos novillos casi moribundos –estaban enfermos de septicemia–. Haron conducía un toro, otro, el viejo Jesús; los acompañaban Joaquín, José Caín y Eustaquio, estaban bien repletos de aguardiente y golpeados por los sucesivos insomnios voluntarios con motivo de aquellas ferias y fiestas. Caminaron por casi 45 minutos para llegar al gran remanso que llamaban “Poza grande”, allí el río tenía una ribera barrancosa y cortada a pique sobre este, vertical, hecha por las crecientes que había esculpido allí aquel cauce abrupto y profundo, que tenía unos cuatro metros de caída perpendicular al agua, hasta descender aparatadamente al remanso hondo de la “Poza Grande”. Los hombres llevaban una mula cargada de aguardiente y carne, pues mientras veían el espectáculo de sangre de los peces pirañas devorando a los toros enfermos que el río les deparaba, montaban la carne asada en varas que acompañaban con la yuca* sancochada y más aguardiente. Todos ocuparon lugares en el propio filo de la orilla barrancosa y abrupta, la excitación en el agua producida por los peces caribes que nadaban entre la sangre ya vertida al río por

* Yuca: verdura venezolana que se forma como raíz de una mata.

los hombres, enardecía a estos peces carnívoros que acosaban las cabezas de los toros tiradas al agua; los hombres condujeron hasta echar al río desde aquella espectacular altura al primer novillo que cayó apuñaleado estruendosamente en la “Poza Grande”.

La exasperación de los peces caribes atraídos por la sangre y las tres cabezas de novillos hacían salpicar agua por todas partes, el animal enfermo cayó como una bomba, apenas pudo sacar aparatosamente su cabeza del agua, con estertores de dolor ya rodeado del rojo intenso de su propia sangre; el chapoteo homicida de aquellos peces ostentadamente criminales era escandaloso. Los caribes de dos o tres especies que allí existían, –eran más los de la variedad popularmente conocida como “caribe colorao” por tener el vientre pintado de un color naranja vistoso e intenso –voraces en contingentes de cientos, mordían la res por todas partes, torciéndose para hacerlo y apareciendo, así como brillantes espejos de plata con manchas de color naranja amoldándose a cada dentellada. Un borbollón de espuma acompañaba aquellas aparatosas muertes, sólo quedaba el tumulto, la res había desaparecido en minutos, pero el rocío de agua y de vitalidad de los caribes atraía a más de ellos al lugar. Apenas se apagó el momento, los hombres tomados y ávidos de más sangre echaron al agua el segundo novillo enfermo y dispusieron de más aguardiente. El borboteo se vigorizó, fue monumental y más sentida la excitación de los asesinos del agua. El aleteo de muerte se multiplicó en el lugar con miles de pirañas nuevas que llegaban, la superficie rojiza del río se plateaba con la luz del sol que se escondía en la tarde. Aquel segundo novillo quiso luchar también inútilmente, tal vez más que con el primero, pero desapareció primero que aquél, pues el número de peces se había triplicado.

Los hombres ya estaban hambrientos, escogieron entonces la carne fresca llevada, y la instalaron en las varas; Eustaquio recogía la leña en el bosque cercano y se fueron a acompañarlo en el trabajo Joaquín y el viejo peón Jesús. Haron y José Caín se quedaron solos esperándolos, lelos en la contemplación de la pavorosa escena, estaban en el propio filo de la barrancosa y alta orilla, comentando los minutos, casi segundos, con que habían desaparecido, las cabezas de toros y los novillos enfermos, cuando intempestivamente José Caín saltó hacia atrás y casi al unísono retornó con fuerza hacia adelante empujando la espalda indefensa y sorprendida de Haron, quien le gritó mientras su angustiado cuerpo recorría el horrible vacío, para caer al agua de la poza: –¡Maldito, hijo de la gran puta que te parió!– Gritó, y retorciéndose en aquel tránsito corto y macabro, como si pretendiera asirse al aire, cayó estrepitosamente en el agua todavía roja por las reses; ésta se empalagó más con la sangre y carne suelta de Haron arrebatada por los miles de caribes, perdiéndose en segundos en un nuevo y avasallante borboteo de las pirañas, cuyas poderosas mandíbulas disfrutaron el

otro festín macabro escondiendo para siempre el cuerpo destrozado bajo el agua profunda y funeraria, mientras la ropa de Haron flotaba en el río.

Fue entonces cuando José Caín ya seguro gritó con poderosa voz en dirección al bosque: – ¡Jesús, Joaquín, Haron ha caído al agua! Los hombres al fin escucharon. No tardaron en llegar, horrorizados lloraron al llegar al escenario, todo era infernal. Una ebullición de los cuerpos plateados de los caribes se revolvía en aquella orgía de sangre y agua que rodeaba la vieja camisa destrozada de cuadros negros de Haron que seguía flotando; el espectáculo dantesco los llenó de pavor y los alejó miedosos del filo de la orilla barrancosa.

José Caín lacónico los enteró: –Estábamos los dos aquí –les dijo con simpleza señalando el lugar con el dedo–. Haron quiso asomarse más, resbaló y le fue imposible detenerse en su vertical caída de muerte, eso fue todo. Y concluyó: –Qué horrible tragedia. Y lo que más siento es que no pude ayudarlo... yo estaba más lejos.

Volvieron a mirar la poza grande, pero la oscuridad de la tarde llanera casi se los impidió, entonces sin esperar más tiempo, dejaron la carne y las brasas encendidas y se alejaron del lugar horrorizados.

Sólo Jesús, el viejo peón, se quedó unos minutos más, observando incrédulo y meditando sobre las coincidentes tragedias de muerte que rodeaban la vida de José Caín quien se hacía acompañar en aquel momento de una simulada pesadumbre como la que ostentaba, –recordó el viejo–, cuando relató la muerte de su hermano Amadeo...

Había pasado más tiempo cuando una mañana alegre, Don Antonio, el viejo amigo de Don José, se presentó en el fundo vecino al suyo para avisar que un grupo de venados había estado pastando muy cerca de allí por ya casi una semana; lo acompañaban dos peones suyos. Don José, entristecido siempre, no se animó a salir de casa, pero lo acompañaron José Caín, el viejo Jesús que no faltaba a esas cacerías, y dos peones más; los hombres bien armados de rifles y escopetas sacaron los cuatro mejores perros de caza, eran las cuatro de la tarde cuando partieron al lugar. Llegaron pronto, Don Antonio de adelantó. – Allí están los bichos –dijo–, eran dos machos y tres hembras con sus crías, los vieron desde lejos cercanos a un matorral.

El grupo se dispersó en la fronda. El viejo Jesús vio a José Caín entrar más allá, cerca de una maraña frente a él, Don Antonio corrió al sur con dos de los perros para espantar a los venados que se habían metido más allá en la espesura. Jesús, el viejo peón, miró en su derredor y se cambió de lugar, adelantándose en dirección al bosque, buscando esperar las presas, se detuvo para ojear en el paraje buscando los venados con su escopeta de dos cañones ya montada, la tenía densamente cargada de pesados perdigones tigreros. Todos habían iniciado en silencio la persecución de los venados. El viejo Jesús estaba solo; volvió a

observar su alrededor; en ese instante, por un claro de la floresta vio la figura de camisa amarilla inconfundible de José Caín, entonces el viejo vengador apuntó con aparente seguridad y disparó al movimiento de arbustos que más allá arropaban a José Caín, cuyo cuerpo cayó pesadamente en la hojarasca...

Todos acudieron al grito mortal de José Caín, quien había muerto con un tiro fulminante en el costado izquierdo que le atravesó su cuestionado corazón. La confusión se hizo general, todos gritaban, Jesús más que los demás; los perros ladraban. José Caín había muerto accidentalmente, el viejo Jesús confundió sus movimientos con los de un venado, exclamaron todos. Al unísono Jesús no tuvo que hablar ni justificarse más, la sentencia esta vez la había dado Don Antonio y los testigos eran demasiados y coincidentes todos.

Serían las ocho de la noche cuando todos llegaron al fundo acompañados de un silencio fúnebre; traían el cuerpo de José Caín en un chinchorro que portaban cuatro hombres.

Don José, triste, miró el cadáver, estaba afligido y ya no habló más. Al viejo Jesús, dos meses después lo encontraron también muerto en su chinchorro, el cual había cambiado de lugar para observar las estrellas, decía, pues creía firmemente que en alguna de ellas estaría su niño amado: Amadeo. Su corazón de viejo a Jesús lo había vencido y matado habían pasado tantos años!!!

LA BELLEZA DE LO ESTRAFALARIO.

Barcelona de España es fiel demostración cultural del milenarismo proceso de fusión de sangres y civilizaciones que se originó en la península Ibérica, el cual absorbió allí toda la gigantesca ola cultural de griegos y romanos venida por el camino rápido del agua: el mar Mediterráneo principal cruce de las civilizaciones antiguas con Europa.

Fue invadida y ocupada por los griegos y romanos, después por los visigodos germánicos y por último por los musulmanes; así pues, celtas, iberos, greco-romanos, hunos, germánicos, godos y moros se licuaron allí. Esos ancestros de sangre y pueblo dieron paso a la modernidad española, que a su vez dio paso al nacimiento de sus personalizadas provincias que, por propia fortaleza y densidad cultural, han dado origen a una vigorosa y a veces rebelde expresión de autonomía más que federal en el caso cultural de los catalanes que son realmente brillantes.

Barcelona es lo que podemos hoy conceptuar como una ciudad universal y bella. Múltiples intelectuales, arquitectos, pintores y escultores han salido de allí para regar sus ideas, reconocidas y seguidas universalmente. Es atractiva y fascinante, Barcelona modela detalles en sus innumerables rincones de apretada gente, una armonía destacada de mezclas ya muy suyas de lo románico y lo gótico con el modernismo y la contemporaneidad. Barcelona es ilustración y renacer constante del hombre y de su pensamiento.

Tres elementos naturales la rodean encerrando el dinamismo diario de los catalanes que la ocupan: los ríos, el mar y la sierra, son elementos indispensables para una forja adecuada de hombres. Dispone de uno de los puertos más importantes y activos del Mediterráneo. La colonia del reinado de Aragón, desde la Edad Media, está enclavada en los deltas de los ríos Llobregat y Besos, junto a la Sierra de Collserola, exótica, dueña de esa densa cultura, Barcelona te permite degustar el mejor plato o vino y obtener el mejor queso francés o catalán siempre con mucho del sabor de Europa y en representación de España muchas veces.

En Barcelona se encuentran y armonizan todas las culturas, la ciudad las asimiló en consistencia admirablemente. El saqueo de los germanos la obligó a construir las más viejas murallas gran parte de las cuales, la siguen acompañando en el tiempo. Su excelente dosis cultural la protegió en los siglos, evitando aquel “revolcón” progresista de París donde el absolutismo arrollador destruyó viejas cosas y sus viejas murallas.

Barcelona está llena de museos, ateneos, academias de arte y universidades. En los museos se destacan el de pintura románica; el de Arte Moderno; el Museo Picasso que tiene tal vez la más completa colección de obras del pintor, más que

su museo de París. El Museo de Arte de Cataluña; el de la fundación Miró, el Federico Mares y el Marítimo; el coliseo de Goya. Su antiguo Hospital de Santa Creu i Sant Pau, declarado patrimonio de la humanidad.

Las Ramblas, la parte más activa de la ciudad, tiene una ubicación arquitectónica realmente admirable que permite una efectiva comunicación peatonal diaria y persistente de todos los barceloneses que con ellas se integra a su vida. ¡Sus restaurantes son sensacionales! De singular calidad.

La sensual oscuridad del barrio gótico es espectacular, pues hace vivir intensamente el imaginado reflejo de los siglos XII al XV, rematado y vigorizado con la presencia de una monumental catedral.

Integrada a este “todo” muy bien logrado, se riega la maravillosa obra de Antoni Gaudí, el arquitecto catalán que cautiva al conocer su magia fantástica, prima hermana “de la obra de Dalí”. Gaudí tomó a Barcelona con la misma fuerza con que tomó Vigeland a Oslo. Un diseñador del neoclásico, que junta un sabor medieval y la ingenuidad poderosa del Mediterráneo. Gaudí parece modernizar el pasado y se hace, sin duda, símbolo de la autonomía e independencia del pueblo Catalán.

Gaudí persuade, fascina y hechiza; su vida y su obra acercan la filosofía a lo plástico, fue excelente degustador, gourmet exigente, pero manteniendo la austeridad que lo hizo decir: “es necesario comer, pero sólo para no morir”. Ayunaba para buscar el sacrificio, vestía de oscuro, su traje era descuidadamente ajado, usaba zapatos de goma, era un agotador comedor de maní. Sus mosaicos venecianos lo singularizan sorprendentemente, no utilizó el lujo en su obra sino lo estrambótico: cerámicas partidas, mil colores, columnas que parecían organizados huesos. Su obra es una de las mayores expresiones de libertad que el arte puede concebir en el mundo.

Gaudí vivió sus últimos años en los sótanos de la catedral de la sagrada familia, su obra inigualable. El día de su entierro lo acompañó el pueblo en masa, ¡Kilómetro y medio de gente! Lo había matado un tranvía.

Antoni Gaudí impresionó al mundo con su fantasía inagotable que realmente asombra y nos permite transitar y pensar en sus sueños y delirios, que debieron ocupar la cotidianidad en su densa vida llena de imaginación creadora y de ideas plásticas imposibles.

Dijo: “para hacerse un nombre, hay que hacerse pagar lo que valen los trabajos”, esta sólida ambición no impidió que Gaudí, en el final de su vida, se hiciera acompañar de una sobriedad total. Fue de una extrema religiosidad: cuando un sacerdote le reclamó algún gasto en material perdido por causa de sus diseños, Gaudí le respondió: “Cada uno a lo suyo, padre. Yo a construir casas y usted a decir misas y a rezar”. Su obra es interminable y empapa a Barcelona; es notable por la distinción vibrante y complicada de su diseño de elementos

medievales e hispanoárabes retorcidos de modernidad. El hierro forjado y la cerámica en trozos de intenso color forman parte característica de su bella arquitectura, lo que muchas veces pareciera esconder un deseo de hacer escultura. Su casa Milá tiene torres semejantes a las figuras secretas del Klan, con ojos oscuros de antifaz que se aprietan haciendo formas que se amoldan al momento sin perder movilidad y mucha fuerza.

Pareciera que cada cuadra o cada sector fuera suyo, pues su obra ya sea de desmesurada dimensión o pequeña, se hace del lugar que ocupa y atrae la mirada por lo estrafalaria y extraña. Pero la obra espectacular y única en el mundo que más cautiva es su catedral: el templo expiatorio de la sagrada familia. Gaudí señaló que se requerirían 200 años para concluirarla; ya habíamos visto fotos de aquella obra, jamás pensamos que impactara tanto tenerla al frente. Gaudí es allí prodigiosamente singular y extravagante.

Se eleva con el gótico, que hace nuevo en el acopio exterior de un curioso e insólito acicalado que él engalana con tanta rareza, y lo hace lucir atractivo por la riqueza y singularidad que le aporta el colorido de mosaicos, a los que le imprime una fuerte inspiración cromática barroca. Sin duda, Gaudí para quienes le aplauden o para quienes lo rechazan, es novedad de impacto universal. Su modernismo medieval y Mediterráneo está en todos sus detalles, siempre con formas distintas y con colores impactan en la complementación de su concreto simple, que él modela como lo haría un escultor convencido de la forma. Adorna su obra con el hierro que domina tanto como el concreto y el color. Gaudí viaja con ellos y los coloca donde él quiere, con una personalidad pasmosa y absolutamente distante y separada de la concepción común, lo que nos obliga a pensar que en su tiempo debió ser muy polémica.

La forja de su hierro es simplemente sensacional. No teme modelar los hierros más poderosos y pesados, su forja artesanalmente es medieval pero está al mismo tiempo impregnada y anegada de modernidad exótica e inconfundible, sobria e imponente a veces, surrealista y poderosa siempre, pues Gaudí pareciera acercarse decidido al increíble Dalí. Pega el hierro como adjetivo, con vida y da fuerza aplastante a su moldeado y esculpido concreto. Hace golpear el hierro al rojo, con diseños imposibles, lo retuerce en abstracciones hermosas y fuertes, coloca figuras legendarias jamás imaginadas. Sus balcones parecieran arrancar del interior de sus edificios, salen de ellos como olas sucesivas de acero que buscan vaciarse hacia el abismo de la calle.

Aceros cuadrados y redondos, se retuercen y fruncen sumisos y mansos por agobios persistentes y nítidos de martillo y fuego. El hierro forjado de Gaudí, – una de sus maravillas, sin lugar a dudas– cobra vida, se hace intenso a los ojos, obliga a mirar sus fachadas extrañas y las delinea, haciendo sus diseños absolutamente diferentes. Sus bancos, las barandas de concreto, las columnas

inclinadas que nacen de una aglomerada base de cemento de alturas variadas, todos sus detalles, son formas no vistas, sólo son suyas. Los bancos rodean los lugares como serpientes vigorosas y mitológicas del mar, que Gaudí enriquece con miles de colores escamados con trozos de cerámicas realizadas o partidas, que arma en amalgama sin repetir colores, formas y recorridos.

Su concreto es sorprendente. Con un diseño estructural pesado y denso se hace agradablemente sostenido en la vista y el uso; las conchas livianas que crecen entre columnas las esculpe como si fueran de madera. Con el concreto y más que con éste, con su forma, Gaudí se separa drásticamente de lo común convirtiéndose en exótico e inconcebible, alcanzando así la difícil belleza de lo estafalario. Un extravagante que hechiza por su forma tremendamente innovadora y diferente. Monolítico en su diseño monumental, se hace admirablemente ligero de apariencia, ágil, con inmensas plantas libres y espacios únicos de grandes proporciones. La mayoría de las veces Gaudí es profundamente artesanal, lo que sin duda lo proyecta más valioso. Está en todas partes de la bella Barcelona, tiene varias obras ya decretadas como patrimonio de la humanidad: La Pedrera, el Parque y Palacio Güell, un urbanismo que las personas de su tiempo no entendieron, una urbanización de 60 parcelas que desarrolló con el conde Güell y de la cual sólo se habitaron dos parcelas, el proyecto era el de una ciudad jardín, ocupó esas dos parcelas una para él mismo, pero es en la catedral, insistamos, donde su pesada monumentalidad se hace ligera, como salida de las manos de un escultor.

Las formas que cautivan son las que ostentan más fuerza, mayor misterio, tal vez por su formidable poder estructural que mágicamente agiliza, sacando de esos monolitos una esbelta figura neogótica que impacta al mirarla verticalmente desde abajo. Cuando esta obra llena de inmensidad concluya, será, sin duda, una de las atracciones de España, de Europa ¡y del mundo! ¡Ya lo es!

En la grandiosa catedral la base es muy grande, desde abajo Gaudí la va adelgazando; sus 18 torres que se adornan con cuadros y bolas de colores revestidas con sus mágicos trozos de cerámicas son evocadores de la luminosidad y vida de los diseños de Walt Disney. Esta verticalidad de agujas góticas modernas con promedio de cien metros de altura, es impresionante y la hace eternamente protagónica, sea cual fuere la construcción que coloquen a su lado. Las agujas parecen truncarse y se interrumpen en geometrías disímiles que brotan de cada eje y se coronan finalmente en esas esferas rosadas, azules, rojas de restos de cerámicas. La variedad ilimitada de volúmenes, torres y alturas diversas, producen la sensación de rocas esculpidas. El signo fundamental de aquel templo es el colosal cimborrio de 170 metros de altura, que la identificará para siempre ganando sitio a las bellas y fuera de serie Catedrales de la Barcelona catalana.

Los muchos años del proceso constructivo de esta impactante maravilla de Gaudí, que él recibió ya iniciada y adaptó genialmente a su estilo, cuenta hoy con el aporte de otros equipos de arquitectos que han seguido el diseño gaudiano, enriqueciéndolo y adaptándolo a la modernidad que la monumentalidad de esa obra obliga. Este trabajo ocupó 40 años de la vida productiva de este hombre singular que se revolucionó en la sencillez del gótico, sacando de él esa maravillosa mezcla medieval y mediterránea, artesanal y moderna, tan poderosamente novedosa que hoy es emblema tan distante de lo común en Barcelona: el Templo Expiatorio de la Sagrada Familia de Antoni Gaudí, un arquitecto único en el mundo a pesar del tiempo transcurrido.

El neogótico gaudiano, es una expresión más de la rebeldía y autonomía que se respira en la hermosa ciudad de los catalanes, que ha hecho posible el nacimiento y la cultura de ese pueblo cuyos hijos tienen un tremendo sabor de autonomía, que profundizan en su literatura, en la lucha por su lengua. Gaudí es un excelente representante de lo catalán, con la personalidad de su arte.

En los muchos trozos evocadores de su obra está la sencillez personal que contrasta con lo genial. Gaudí tenía permanentemente en su taller un esqueleto para disponer de una referencia inmediata a los requerimientos diarios de sus diseños.

Su “originalidad inusitada”, ha dado a Barcelona una privilegiada personalidad que se suma a su poderoso y amplio espectro cultural. La imaginación y los sueños de Gaudí rebasan lo común y lo hacen inobjetable representante de una vigorosa modernidad, enmarcado dentro de la corriente del “Art Nouveau” señalado por el profundo personalismo que delinea su obra. Barcelona fue desbordada en su riqueza cultural por la imaginación de este mago, que no temió a la exageración, en su búsqueda plástica quien se sumó a otros catalanes admirados y seguidos como Dalí, Picasso o Miró para señalar sólo tres.

Como el gran arquitecto canadiense Frank Gehry, quien realizó el proyecto del gran museo Guggenheim de Bilbao realizado en una escultura prodigiosa de titanio, de líneas onduladas que se alejan del rectángulo y el cuadrado, acercándose con prodigio a los milenios futuros que llegarán más tarde, tal como lo hizo Antoni Gaudí desde finales del siglo XIX, son y forman parte incuestionable de la dimensión de lo distinto que llegara como novedad futura que ellos ya invitaron genialmente.

CRISÓSTOMO EL SOLITARIO

El pueblo seco era pequeño y su lugar desértico; al abandonarlo la gente, el suelo de sus terrenos se llenó más de tunas, cactus, y cujies que se iban extendiendo sedientos de rutina pero voluntariamente verdes, para ocupar los enrojecidos contornos de tierra. La soledad era dueña de sus anchas calles de tierra gredosa e insoportable en los latigazos de charco que el paso de vehículos entregaban los días de lluvia cuando esta se volvía pegajosa en esos encuentros rojos con la tierra. Los recuerdos de un gran río seguían pasando junto a él, estaba depositado en un gran lecho ancho y profundo de rocas rojas volcánicas, colocadas en el mismo lugar durante siglos idos; caminando muchas horas sobre él llegábamos a unos restos de bosque y de selva que habían vencido con el milenar milagro de su nacimiento en aguas transparentes y tempranas desaparecidas la sequía que los agobiaba.

Una iglesia extensa y alta, prueba de su grandeza colonial, se erguía ruinosa estaba aún techada, ocupada con los pocos santos respetados por las redadas de los anticuarios de la gran ciudad cercana, que habían diezmado casas y lugares de aquella provincia lejana. El Cura la asistía el último fin de semana de cada mes, fecha en la cual los campesinos de las secas aldeas del derredor visitaban aquel pueblo y obligaban a un “quórum” para dar la misa; el resto de los domingos la obligatoriedad de asistir había sido contemporáneamente dispensada por el propio Cura ante el alejamiento de la gente.

La plaza central grande, tenía jardineras para plantas diseñadas por el Municipio que estaban repletas de monte, lo que no dejaba de ser positivo dada la esterilidad del suelo y el semi-desierto que estimulado por la polvareda con el paso vehicular ocasional recorría el pueblo. Sólo un banco en buen estado –los demás estaban ruinosos e inservibles– permitía una visita allí en las tardes y noches donde el sol apagaba su agresión de calor diario y daba más ventaja al único cují que cerca prodigaba su sombra mezquina. El banco brillaba en sus descansa– brazos, sobados asiduamente por la mugre generosamente entregada por las manos sudadas de los parroquianos ocasionales que lo visitaban.

El cementerio estaba en el callejón que moría frente a él, partiendo del extremo sur de la plaza. Estaba lleno de cruces sencillas, la mayoría eran de madera, tenían los nombres de los difuntos y su fecha de “viaje”, eran casi todos escritos en pintura de aceite negra y brillante, amparados por el pote de pintura oficial de la Municipalidad que manejaba con privilegios de apoyo el Secretario Municipal. Algunas tumbas tenían viejos mosaicos y lozas de baño rosadas o azulito pantaleta, alguna que otra tenía un jarrón desportillado expulsado de alguna vieja casa y con un amasijo de horribles flores plásticas que contrastaban con el desértico lugar, evocaban mentiras de foresta y ausencia total de agua,

usadas por lo “confortable” de su rutina para recordar a los difuntos, tal vez momificados cómodamente en aquel lugar casi de sequías eternas y sin mayor costo.

Mucha de la población vivía de cazar conejos e iguanas y de la producción artesanal de objetos de barro quemado en pequeños hornos, ubicados en el fondo de las casitas de tejas y carruzo que hacían las dos únicas calles lineales y tres transversales, que llenaban aquel pueblito venezolano de recuerdos y austeridades vaciado ya de gente por fracasos continuos.

La casa de los Casanare era tal vez la más grande; que se mantenía en pie, frente a otra casi tan grande como ella: la de los Villavieja. Las dos familias habían llegado desde la colonia cuando el pueblito había nacido como consecuencia del desarrollo de fincas más o menos lejanas y como cruce de caminos que desarrolló allí seis u ocho bodegas a las que acudían los campesinos de los lugares cercanos. Los Villavieja estaban casi todos en el cementerio local y otros se habían ido a Caracas con importantes destinos públicos. Hay que recordar que el centralismo venezolano lo construyeron, los interioranos que se inflaban caminando miserias en las calles provincianas con los presupuestos desproporcionados de Caracas. El centralismo absorbente de la capital es siempre reconstruido por provincianos que le dan oxígeno.

Los Casanare habían sido más consecuentes; dueños de una gran hacienda quemada en los remotos días de Zamora, unos se habían ido a la ciudad cercana: sólo quedaba en la casona de aleros de ancho corredor en el frente un patio lleno de monte y de ladrillos partidos, Crisóstomo, un viejo veterano que caminaba ágil y rápido por cuartos, patios, solar y sala de la casa, vivía con sus 82 años, en una disciplina mental incomparable. Su rutina la vivía con sus viejas hermanas Cleotilde y Esperancita, quienes lo habían acompañado con lealtad “machista” por años para hacerle de comer, lavar su ropa, tender su cama y cada 2 de enero acompañarlo en su visita a la ciudad cercana para hacer el mercado anual requerido: telas para alguna camisa o vestido, nuevas linternas o algún capricho ocasional como una buena botella de brandy y muchos fósforos y velas. Todo el culto al machismo que convencía a las viejas mujeres criollas sustentaba.

Crisóstomo era misterioso desde los doce años, recuerdan sus hermanas dedicadas a él. Visitaba sólo la sala de la casa, se encerraba en ella y conversaba por horas con un personaje enigmático que ellas jamás pudieron ver, menos saber quién era.

Ya tenían relatos increíbles sobre esos encuentros de Crisóstomo. En la pulpería, “Torniquete”, un viejo y legendario borrachito, aseguraba que allí llegaba una mujer bella y bien hecha que disfrutaba amores de fría eternidad con Crisóstomo, que no era otra que su legendaria prima Gretel, una rubia, amor eterno de la virginidad de Crisóstomo, muerta a los 20 años de peste y que él

visitaba mensualmente en el cementerio del pueblo para ponerle alguna flor. Decían que la flacura de Crisóstomo se debía a que hacía el amor con muertos y esto lo había destruido anímicamente. “Torniquete” se enfurecía cuando desconocían su historia o pretendían desecharla con dudas para sostener que con quien Crisóstomo hablaba horas era con el demonio...

Otros, como Pancho, el gordo bodeguero que financiaba el mes de comida de los pobladores, sostenía que Crisóstomo tenía un pacto de existencia con el demonio porque éste le garantizó la vida como a Fausto cuando la peste mató a su amada prima Gretel, Pancho llegaba a decir que el demonio era muy visto en los alrededores de la casa de los Casanare, y entraba a ella para conversar en la sala de Crisóstomo y alertarlo de sucesos. Vestía de paltó levita negro, su cara estaba cortada en varios sitios y al pasar la calle el calor insoportable de aquel lugar aumentaba hasta casi calcinar la carne si no se procuraba la protección de una inmediata sombra.

Otros decían que Crisóstomo hablaba era con su madre y su padre muertos indistintamente en sus frecuentes y sucesivos retiros por horas en la soledad de la sala de su casa grande. Los demás sostenían que Crisóstomo, en su oculta soledad, hablaba indiferentemente con los tres: su prima Gretel, el demonio y su difunta madre.

Lo cierto es que la sala era misteriosa, un ritual en la casona de Crisóstomo: amplia, dos sofás y cuatro butacas de esterilla componían los asientos, algunas fotos de abuelas y tíos ocupaban las paredes, al fondo un inmenso espejo de marco dorado apolillado, sostenido en su fragilidad ruinoso por las persistentes ausencias de aseos mobiliarios, duplicaba las áreas adyacentes adulterando la profundidad de los espacios. En el centro, una vieja alfombra raída y deshinchada en sus puntas, tapaba los antiguos ladrillos del área. Dos ventanas centenariamente cerradas daban a la calle con los postigos entreabiertos que otorgaban alguna luz al salón, pero que no permitían mirar desde la calle pues estaban demasiado altos en relación con la acera. Un reloj sin hora y alguna estatuilla de bronce que alguna vez había servido de soporte a la lámpara, completaban aquella decoración centenaria; a las cortinas el tiempo las había transformado en flecos incompletos y raleados que dejaban pasar oscuridades de claridad, la puerta de acceso era alta y podía cerrarse desde dentro con un pesado pasador de hierro y también con una gruesa vara de samán llevada al lugar por Crisóstomo, para usarla como tranca de la pesada puerta pintada de verde, cuando él se encerraba allí con sus compañías, por horas.

Crisóstomo, contaban sus hermanas Cleotilde y Esperancita, tuvo a los 10 años dos amigos excepcionales: Jacinto, de su misma edad, jugaba y estaba inseparablemente unido a él, y Valdo, quien era un alemancito un poco menor, hijo de un matrimonio joven alemán que vivía en el pueblito atendiendo un

negocio mayorista de fique que el padre exportaba a Alemania. Valdo pronto los abandonó pues las crisis económicas obligaron a su padre a regresar a Alemania, de donde jamás volvieron. Aurora, la madre de Crisóstomo, los trataba como a sus hijos, comían en casa de los Casanare, y en las vacaciones escolares prácticamente los amigos se mudaban a la casa grande.

La costumbre misteriosa de Crisóstomo empezó desde entonces. Crisóstomo, Jacinto y Valdo entraban a la sala y daban un cerrojazo colocando la tranca. De nada valían las advertencias de Aurora y las hermanas, se encerraban allí largo tiempo; entonces comenzaban a oírse algunas voces y conversaciones extrañas a la edad de los actores: Crisóstomo y Jacinto: –“Cómo vas creciendo, Jacinto”, –“tú más, Crisóstomo”. “Pronto podrás estar en la Guerra Federal, podrás entonces quemar, matar, odiar”. “No lo haré, –escuchaban–, mi padre me enseñó el amor no el rencor” y así pasaban hasta dos horas. La costumbre crecía y aunque la madre Aurora indagaba en todas las formas para que Crisóstomo le contara con quién hablaba, éste, en años y años, jamás le relató los extraños encuentros que casi siempre se le llevaba sus tardes. Jamás pudieron saberlo.

Pasaron los años. Aurora, la madre, murió después de una dolorosa y prolongada enfermedad; y la prima Gretel, que era pimentosa y joven, visitaba en vacaciones la casa de los Casanare; era alta, bonita, muy citadina y una lectora empedernida; los jóvenes la seguían como perros de caza a todas partes, sin duda los había impactado hasta el punto de no visitar más la vieja sala para sus tertulias, coloquios y a veces sólo murmullos que desde fuera todos escuchaban. Pasó un tiempo largo en el que Crisóstomo y Jacinto compartieron amigablemente la compañía de la instruida Gretel. Una mañana, Jacinto amaneció con fiebre alta, el médico le diagnosticó un agudo y severo caso de paludismo que se fue complicado y agravándose sin poder enfrentarlo; intentaron llevarlo a la ciudad pero la distancia lo impidió y Jacinto murió. Esto fue tremendamente impactante para Crisóstomo, todos vieron que se le fue parte de la vida, y esta le cambió totalmente; esto se agravó con depresiones que se hicieron más crónicas después de la muerte, –en un accidente de tránsito– de la prima Gretel. Crisóstomo se abandonó en su persona, desaliñado y sucio transitaba del corredor al solar de la casona ya ruinoso y multiplicaron notablemente sus visitas diarias a la sala. Había perdido Crisóstomo dos trozos vitales y trascendentes para él y su vida: Jacinto y Gretel.

Crisóstomo continuó “los encierros de sala” que ya el pueblo conocía. Cleotilde, la más vieja de las hermanas, relataba los diálogos que escuchaba a hurtadillas: “No entiendo por qué dejaste partir tan bruscamente a Jacinto, ahora entiendo más el breve tránsito de la vida, apenas se organiza y ya debes irte, además te veo más deteriorado, pareciera que has iniciado un violento consumo vital, ya ni la bella prima puede venir a verte y eso que ahora ella sería para mí

solo”. “Ten paciencia, sé tolerante, no te intranquilies”... “No puedo lograrlo”. Así eran los misteriosos diálogos de sala, incomprensibles para todos que alimentaba Crisóstomo.

Las hermanas se habían ilusionado con Gretel, la prima ahora muerta; Crisóstomo la había despedido con unos zapatos estrenados y traídos de su último viaje anual a la ciudad, el 2 de enero; y las dos hermanas se codearon entonces picándose el ojo animosas, esto duró minutos; la despedida cordial mostró una prima fría y astuta que simplemente se fue para no regresar. Ello hundió más a Crisóstomo en su estado deplorable y descuidado, pasando días casi enteros en la sala, el diálogo ahora era más silente y por esta causa más misterioso; a veces escuchaban gritos y más tonos de voz diferentes. Las hermanas trataban de mirar por las hendijas de la puerta, era inútil, cualquier comunicación visual al interior de la sala resultaba imposible, pues Crisóstomo cerraba todo acceso.

–“¡La muerte! ¿Sabes cuándo vendrá a buscarme?” –“Me contestarás que no, nunca sabes nada de nada, necio, ni de mi padre, ni me aclaras la muerte del tío Evencio, tú me ocultas todo, peor aún, creo que tú no sabes nada por eso nada me cuentas que yo ya no sepa, pedazo de carape”: eran parte de los diálogos escuchados.

La edad de Crisóstomo avanzaba con la rapidez del rayo; Cleotilde había ya muerto; la hermana joven Esperancita se veía ya demasiado vieja.

Un día de octubre, serían más de las cuatro de la madrugada, ya la vela de la mesa de Esperancita había muerto totalmente derretida cuando un remezón increíble sacudió las paredes de tapia y resquebrajó el bahareque de la cocina. El temblor sonó como si estuviera distante, y un ruido seco se concentró en la sala y el comedor abierto; todavía sonaba cuando Crisóstomo en calzoncillos y, desesperado, atravesó el patio en dirección a la sala. Esperancita gritaba buscando una luz para envolverse en su bata. El murmullo en la calle se hizo tan fuerte como el de los domingos de fin de mes, antes de la misa. Crisóstomo llegó a la sala y desesperado, vio la rola de cedro central que había caído destrozando algunos retratos y el gigantesco espejo vuelto añicos que antes cubría la pared del fondo, al desplomarse, había prácticamente molido aquel colosal espejo; Crisóstomo quedó atónito, no tuvo repuesta emocional alguna. Se vio aturdido, inconsciente, como si un vendaval hubiera devastado de pronto su cerebro golpeando, demoliendo sus posibilidades de discernir. Esperancita llegó al lugar y estupefacta vio, la figura derrotada de Crisóstomo: el viejo la miró lánguido y con una tristeza que le brotaba de todo su ser. –Vamos –le indicó la hermana envejecida–, vámonos de aquí que se puede caer otra pared...vamos, Crisóstomo. Este le obedeció dejándose llevar hasta el patio: resguardo de temblores y terremotos.

Muchos hombres limpiaron el lugar. El pueblo había sufrido destrucción en dos o tres viviendas más. Amaneció, y el día se extendió envuelto en el polvo de las tapias caídas, la tarde pesada y caliente aceleró la fiebre de Crisóstomo, había subido casi a 40°, y el médico recomendó sorbos de agua para Crisóstomo cuyos ojos fijos en el techo parecieran ausentes del alrededor, estaba pálido, la fiebre subió indeteniblemente; Esperancita miró el reloj, serían las 11:30 de la noche cuando Crisóstomo expiró. Nadie se explicaba la muerte, sólo el médico de acertada experiencia le aseguró a la hermana que Crisóstomo murió de la conmoción, el estrés por el impacto de los daños que ocasionó la destrucción por el terremoto en la casa... fue su sentencia. Había desaparecido, su lugar de vida.

Esperancita contestó: –Pero doctor, no fue tanta la destrucción ni en el pueblo ni aquí, sólo perdimos parte de la sala que hoy mismo el maestro Donato empezó a reconstruir, ya sacaron los restos del viejo gran espejo del bisabuelo que será irremplazable.

El silencio general envolvió el entierro del misterioso dialogador Crisóstomo, lo acompañaron unas 30 personas en silencio.

Esperancita continuó su vida. Se trajo a Adina, una amiga contemporánea de la ciudad para apagar su agravada soledad. El pueblo se hizo más rutinario, la sequía devoraba los vegetales audaces que osaban enfrentársele. Esperancita recordaba los diálogos de Crisóstomo con enigmas de alma y sigilos de cariño que duplicaban sus sospechas de contactos con el más allá.

Un día tejían, cuando llamó a la puerta un viejo alto y fuerte muy rubio que llevaba un pequeño sombrero negro; Adina le dejó pasar y lo recibieron en las sillas del corredor pues la sala estaba en construcción.

–Soy Valdo –dijo el viejo “alemán” animado. – ¡Valdo! No puede ser dijo Esperancita– al ver de nuevo al viejo amigo de niñez de Crisóstomo tan alto y tan gordo no te hubiera conocido, han pasado más de 70 años desde que ustedes se fueron a Alemania; Valdo, ¡70 años!

–Así es, Esperanza. Vivo allí y tengo muchos nietos y bisnietos –dijo el viejo con voz gomosa de teutón. Vine desde Caracas sólo para verlos, a saber de ustedes, le escribí varias veces a Crisóstomo y al no tener respuesta dejé de hacerlo.

Esperancita le contó todo. La vida y milagros, la muerte de Aurora, la de Cleotilde. La soledad de Crisóstomo al morir Jacinto y Gretel, y el terremoto reciente.

– ¿Destruyó la sala? –indagó el “alemán” Valdo.

–Así es –respondió Esperancita. Esto parece que mató en horas a Crisóstomo.

– ¿Y destruyó el espejo grande? –le preguntó Valdo, el amigo de niñez de Crisóstomo.

–Sí, lo destruyó –contestó ella secamente.

–Entonces destruyó la vida de Crisóstomo, Esperancita. Recuerdo de niño que el espejo guiaba nuestras visitas secretas a la sala. Allí nos encerrábamos los tres: Crisóstomo, Jacinto y yo. Crisóstomo pretendía enseñarnos a hablar con el espejo, a nosotros eso no nos entretenía tanto, pero para él eran indispensable esas visitas a la sala y sus coloquios y encuentros con el gigantesco espejo. Los diálogos de Crisóstomo con el espejo eran curiosos –agregó Valdo observando detenidamente a Esperancita. –Se paraba por horas frente a él y le hablaba con voces de los mil reclamos, y temas que él hacía misteriosos.

El “alemán” notó que perpleja la mujer, se fue del lugar mentalmente, estaba aturdida, desconcertada le ofreció un café y dijo a Valdo: –Desde sus pocos años vi a Crisóstomo entrar y encerrarse en la sala a sostener diálogos interminables, nunca pude saber con quién. Pasé con los demás de la casa una vida de interrogantes angustiosas. Con los años sus diálogos fueron más densos y profundos, a veces o muchas veces, no los podía hilar pues llegaban silenciosos y con interrupciones y voces diferentes de hombres y mujeres.

Valdo escuchaba conmovido y callado.

Esperancita calló, para agregar: –Debí esperar tantos años para saber que Crisóstomo se encerraba horas y horas en la sala para conversar consigo mismo; Valdo, qué impresión más grande. Menos mal que viniste, –le agregó– me dejás profundamente conmovida con los recuerdos que ahora me llegan.

El alemán también confundido y torpe se levantó para marcharse. Un impacto misterioso lo había también igualmente sacudido.

Valdo, con la cabeza baja, caminó por la calle para encontrarse más allá, en medio de un polvo que penetraba su traje de lino, con el taxi que lo esperaba para llevarlo de regreso a Caracas; miró la casa y; moviéndose inquieto y lleno de vacíos, penetró en el vehículo que arrancó perdiéndose entre las partículas de tierra que ocupaban los espacios y paredes masivos de aquel pueblo, ahora más solo que nunca... los amigos de Crisóstomo habían desaparecido.

¿GENIOS O MEDIOCRES?

Hace poco tiempo en un corto viaje visitábamos una ciudad norteamericana importante, conducía con mi esposa que me acompañaba un pequeño auto japonés arrendado, al detenerme en un semáforo para dar paso a la masa de peatones; observe a dos jóvenes en especial; iban bien vestidos, y limpios en relación a las exigencias incongruentes del siglo, al detener mis ojos en uno de ellos lo vi engreído, caminaba autosuficiente y observaba, a los lados pedante; pude ver, que llevaba una franela blanca al pasar la calle, vi que su espalda blanca enseñaba en letras de unos ocho centímetros cada una y en color rojo subido, muy sólido, la frase: HIJO DE PUTA, mi sorpresa me esterilizó por unos segundos, mire a mi esposa buscando explicación a mi confusión, ese instante permitió ordenar mi mente para razonar y preguntarme ¿Será el joven el que se reconoce así? o ¿me estará indicando él, claramente que yo lo soy? o la más fácil conclusión, ¿es puro, sincero y en consecuencia el hijo de puta es él? Por un buen rato continué perplejo mientras recordaba hace unos años otros jóvenes similares a él en una plaza enorme de Ámsterdam, sólo que aquellos tenían pelos de colores y unas cadenas y gruesos hierros con los que amedrentaban o agredían (sólo en gestos) a la gente, pero recordé que aquellos jóvenes arrogantes –a pesar de serlo– no llevaban la frase de este joven en su espalda y franela, aquellos punks se ofendían menos así mismos... pensé: ¿Eran más dignos...tal vez...?

Por días esto me intrigo, no podía ordenar mi deducción: Si aquel joven se sentía así por conocerse así mismo o simplemente creía que yo era y el me lo decía. Pasado un tiempo me convencí de que él creía que el hijo extraño era él por llevar el letrero en su mera espalda con desparpajo y el no haberse vuelto hacia mí para enseñármelo lo que hubiera sido una forma valiente y frontal de gritarme... no lo hizo.

Aquel hijo de puta o hijoeputa como algunos los nombran o “hijo de la grandísima puta” como se repetían los astros peleadores en las disputas de boxeo tan apasionadas del colegio, absorbió por momentos y días mi recuerdo. Un “¿hideputa?” pensé, no merecía que lo llamaran así, “hideputa” es una palabra con demasiada prosapia castellana, de” buen español” para usarla con aquél joven pensé.

También pensé que era demasiado hijo de puta para nombrarlo “hideputa”, así concluí y así trate de tranquilizar el coloquio que me embargaba por la sorpresa dada con la tal franela blanca de letras rojas de aquél muchacho ¿mediocre o genial? Aquel joven hijo de puta, me había tomado y lavado mi cerebro buscando prostituir aquella frase tan especial como defensa personal, fácil, irrespetuosa y agresiva. Pensé seriamente que aquel joven no podía ser un genio, o sin duda era un mediocre suelto y vacío... pero original. “Hijo de puta”

repetía mi cerebro, no termine de inculparlo pues el “hijo de la grandísima puta que te parió”, era un texto demasiado extenso para su blanca franela, entonces entendí que ser simplemente hijo de puta era lo máximo a lo que aquel joven podía aspirar en su mundo deteriorado, vacío y en total decadencia. Sin duda el hijo de puta era él, así razone más en firme aquel mensaje pendenciero e intimidador de esta nueva forma de comunicarnos que pensé irresponsablemente ligera.

Otra vez de visita en una playa vi una lindísima muchacha, cuyo porte detenía los vehículos que circulaban pegados casi dentro de la arena, la distinguida y ágil muchacha llevaba el pelo recogido, era muy, muy alta y sobre su traje de baño llevaba un pantaloncito blanco muy cortito y estrecho que en la parte superior correspondiente a las bellas asentaderas dejaba mecer un letrero en su tela que pretendía envolver sus caderas y decía en letras gruesas ZONA LIBRE. La promoción me pareció osada pero la reconocí económica, brillante y definitivamente efectista y efectiva. La comunicación en este tiempo no solo tiene el apoyo de satélites y celulares, insiste en ese medio artesanal que llega tal vez más lejos que la tecnología novedosa... y es pronto, rápido.

En Venezuela y en Mérida de manera especial, existe una ufanía obsesiva por la calidad y buen gusto de las hallacas hechas por nuestras madres y las discusiones y rivalidades por esta razón son legendarias, pues bien, en una pared blanca y larga de nuestra vieja Universidad leí un grafiti que decía “las hallacas de mi mamá son una mierda” y una firma ilegible. Confieso que reí mucho al leerlo y pensé que el grafiti realmente enseñaba la frustración de la mano que lo escribió que mostraba seriamente el fracaso de las hallacas de la vituperada madre, que realmente debían ser intragables. De cualquier forma el grafiti era genial... ¡y nada mediocre!

Estos relatos y muchos más que me convencieron del error de mi idea de pensar al conocer los hechos que rodean mi tiempo vital ya envejecido, como singularmente normados por la violencia, con asomos y espacios de abundante mediocridad. Veo más desparpajo, tal vez más autonomía y libertad, más precocidad y sin duda mucho más vulgaridad, ordinariez y ramplonería. Todo esto sucede tal vez porque el hombre ha dejado muchos de sus espacios y decisiones a la máquina y a su insensible tecnología, el hombre por esta acción se vacía por dentro, ¿o se vació? Se vacía de espíritu y cultura.

La violencia siempre nos acompañó, pero jamás con la fortaleza y aceptación de la violencia del siglo XXI... que se ha convertido en una razón de vida.

Nací en 1937 un 22 de noviembre. Los japoneses atacaban a los chinos. España llevaba adelante su guerra civil y Stalin purgaba el ejército para dominar la Rusia Soviética similar al zar y también con armas. Se daba el ataque

sorpresivo a Pearl Harbor y Mussolini metía a los italianos en la guerra, “la misma cosa Bernardo decía mi primo letrado y brillante”. Comenzaba la Segunda Guerra Mundial pues Hitler había ocupado Austria y pretendía como Stalin someternos a todos. Aquí pensamos también en nuestra propia y buena violencia decía alguien cuando a Hitler se le ocurrió la hermosa y salvadora idea de meterse un tiro, era el 8 de mayo de 1945, pero este tiro no fue suficiente para que Japón se rindiera debieron explotar antes dos bombas atómicas una el 3 de agosto y la segunda seis días después el 9 de agosto, las dos lanzadas por un hombre absolutamente común, mediocre y corriente, agricultor y empleado de banco: Truman, que no paso a la historia como criminal de guerra, simplemente porque gana esta y los vencedores como los difuntos son siempre buenos... o casi siempre... Sino, asista a un funeral y verá que mientras más “grande” es el muerto, éste será más bueno en los comentarios de su entierro.

Con todos estos muertos regados por el mundo toma consistente presencia por sus consecuencias de violencia política el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en Colombia y como contraposición a esta el hombre que se le ocurrió ganar la Independencia de la India con el arma desconocida de la desobediencia civil y la no violencia: Gandhi, la excepción de la regla humana.

Terminada la Guerra Mundial y cuando en Yalta los dueños de aquel mundo extenuado (era 1946) Inglaterra, los Estados Unidos y Rusia se lo distribuyeron –sin estar Francia presente, ausencia aquella que sesenta años después cobran los franceses “Degolistas” y no “Degolistas” a los gringos, este aparte para los que estén muy sorprendidos por las posiciones antiyanquis Francesas de hoy, –aquel reparto que creo la cortina de hierro, separo y dejo la Europa oriental aislada del progreso y el bienestar del resto de los europeos occidentales de hoy, beneficiados con el milagroso plan Marshall. Todo dio paso inmediato a una nueva guerra: la guerra fría tal vez más costosa humanamente que la otra entonces terminada y también más radical, hasta llegar a la guerra cruel, morbosa y “caliente” del terrorismo de hoy que no sólo mata inocentes, y abarata la muerte bélica, sino que espanta con eficiencia la paz.

El plan Marshall fue tan efectivo que Arturo Uslar Pietri lo usaba como papel de comparación para criticar en Venezuela el desastre gerencial del Estado en sus gobiernos y múltiples inversiones sufragadas con el prodigio financiero del petróleo, Uslar decía: “tal y tal cosa... no sólo no sirve y es un desastre que perjudica gravemente al país... sino que se invirtió en ella tres veces más que el costo total del plan Marshall”... Esta era su brillante y persistente idea para convencernos de que cada desastre nuestro sucedido en cualquier momento y con cualquier inversión; no habíamos entonces inventado todavía regalar “dólares políticos” a terceros países, cuando no tenemos con que pagar lo que debemos y se cuelgan de nuestro cerros millones de ranchos que viven tragedias de angustia

cuando las lluvias cubren el país arrastrando cuerpo de niños, asesinando también hombres pobres que siguen esperando que el petróleo les entregue lo que les debe como venezolanos... por lo menos antes de dárselos a otros pueblos ajenos, cuando debería ser para los nuestros primero. El padre que regala comida a los hijos del vecino, mientras sus hijos van muriendo de hambre y desesperanza lentamente... ante sus ojos perpetuamente irresponsable de padre o de gobernante.

CARNE PROHIBIDA (cuentos y relatos)

La crisis que azota el mundo no sabemos si representa el final de una civilización o el inicio de otra, pero indudablemente estamos ante un inicio o un final extremadamente rápido y volátil que nos obliga a pensar que no es una fase intermedia.

Lo angustioso del siglo XXI es el monopolio de la tecnología y el bienestar que hacen olvidar al hombre su imperfección por la limitación, la muerte, la tristeza, la utopía y la esperanza que son persistentemente los elementos que hacen la condición de hombre y los que pueden humanizar realmente nuestra existencia.

Estos quince discernimientos, cuentos y relatos están presentados con la simplicidad que permite llegar más a la trascendencia de cada cosa por caminos más sencillos, con herramientas menos complejas y utilizando otras formas más ligeras que toleran más amenas profundidades y que se ligan al proceso existencial de cada uno. Los relatos de Celis Parra se acercan hasta fundirse con lo cierto y sucedido con la singular creatividad y animación que el autor imprime.